

Equipo multimedia de apoyo a la formación inicial y continua de docentes

Pensar las culturas juveniles



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

DIRECCIÓN NACIONAL de
**Gestión Curricular y
Formación Docente**

**Equipo multimedia de apoyo
a la formación inicial y continua de docentes**

Pensar las culturas juveniles

por Jorge Elbaum

MINISTRO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA
Lic. Daniel Filmus

SECRETARIO DE EDUCACIÓN
Lic. Juan Carlos Tedesco

SUBSECRETARIA DE EQUIDAD Y CALIDAD
Lic. Alejandra Birgin

DIRECTORA NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR Y FORMACIÓN DOCENTE
Lic. Laura Pitman

COORDINADORA DEL ÁREA DE DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE
Lic. Silvia Storino

Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Área de desarrollo profesional docente

Proyecto "Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza"

Coordinación general

Silvia Storino

Esteban Mizrahi

Coordinación ejecutiva

Liliana Calderon

Martín D'Ascenzo

Supervisión

Patricia Bavaresco

Corina Guardiola

Mercedes Potenze

Claudia Rodríguez

Adriana Santos

Teresa Socolovsky

Verónica Travi

Producción editorial

Viviana Ackerman

Raquel Franco

Karina Maddonni

Adriana Martínez

Sergio Luciani

Nora Raimondo

Liliana Santoro

Mario Pesci

Agradecemos especialmente a Raquel Gurevich, Beatriz Masine, Javier Trímboli. Expresamos asimismo nuestro agradecimiento por la lectura crítica de los módulos a los siguientes profesores de nivel medio: Matilde Carlos, Sergio Carnevale, Horacio Fernández, Marcela Franco, Emilce Geoghegan, Rubén Guibaudi, Julián Insúa, Gertrudis Muchiute, Claudia Paternóster, Andrea Paul, Mónica Pianohoqui, Gustavo Ruggiero, Alfredo Sayus, Adriana Valle.

Estimados colegas:

Una de las preocupaciones compartidas por los profesores de escuela secundaria es la de generar en sus aulas mejores condiciones para la comprensión y apropiación de los saberes que la institución esta convocada a transmitir.

Los alumnos que habitan nuestras escuelas transitan una época en la cual la producción audiovisual ocupa un lugar protagónico: los jóvenes y también los adultos formamos parte de un mundo que se comunica, divierte, informa y conmueve por medio de las imágenes. Desde esta perspectiva, nos hemos planteado la tarea de encontrar nuevos lenguajes y formatos que tornen posible un mayor acercamiento entre docentes, alumnos y contenidos de enseñanza.

En esta oportunidad, buscamos poner a disposición de los Institutos de Formación Docente un conjunto de materiales que faciliten la comprensión de problemáticas específicas del mundo contemporáneo relativas al mundo del trabajo, las culturas y los vínculos juveniles. Los mismos potencian el uso de la imagen como recurso para la reflexión sobre temáticas clave que atraviesan nuestra época.

Creemos que introducir nuevas narrativas en la escuela puede ser una excelente ocasión para abrir debates acerca de los múltiples cambios históricos, sociales, políticos, económicos y de la vida cotidiana que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

La Ley de Educación Nacional dispone la obligatoriedad de la Escuela Secundaria. El desafío que se nos plantea como sociedad es garantizar la inclusión de los adolescentes y jóvenes en la escuela desde una justa distribución de los bienes culturales de los que disponemos. En este sentido, esperamos que los materiales que aquí presentamos enriquezcan la tarea de enseñar y aprender en la escuela media.

Cordialmente,
Lic. Daniel Filmus

Equipo multimedia de apoyo a la formación inicial y continua de docentes

La cultura audiovisual es mirada muchas veces con recelo por la escuela, cuya cotidianeidad transcurre entre escrituras y lecturas. Sin embargo, los avances producidos en el pensamiento pedagógico y en cada uno de los campos didácticos sugieren que es posible favorecer los procesos de aprendizaje en los alumnos introduciendo nuevos lenguajes en el ámbito escolar.

Dado que el cine y otros medios de expresión visual han alcanzado un lugar destacado en la cultura, pueden servir como vía propicia para acceder a las problemáticas cuyas múltiples transformaciones afectan la vida cotidiana en las sociedades actuales y que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

Nos referimos a los medios audiovisuales como recursos para la enseñanza de contenidos pero a la vez reserva espacio para realizar una alfabetización audiovisual en acto, en tanto el encuentro que supone genera oportunidades de interacción entre los jóvenes y la imagen, en un ambiente claramente marcado por la intencionalidad pedagógica.

El equipo multimedia de apoyo a la formación inicial y continua de docentes que aquí presentamos, está conformado por cuatro ciclos temáticos. Cada uno de ellos se compone de cuatro films y un cuadernillo para el docente que profundiza los temas abordados en las películas, a saber:

El cuidado del otro

Pasado argentino reciente

Los jóvenes y el mundo del trabajo

Pensar las culturas juveniles

Este material está acompañado por un CD interactivo con información adicional.

Esperamos que este material acompañe el trabajo de los docentes y colabore potenciando los procesos de enseñanza.

Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Índice

Introducción	11
Tradiciones de investigación sobre los jóvenes	21
Socialización y grupo de pares	29
Culturas fragmentadas	35
Etapas sustantiva y no transitiva	41
Luchas por el sentido de la palabra joven	45
Nostalgias contraproducentes	47
Sexualidad adolescente	51
La escuela y la familia	55
Los medios	59
La ciudad de la juventud	65
Culturas juveniles urbanas	77
Tribus	81
El capital de la autenticidad	93
Jóvenes en disputa: maneras de nombrarse	97
Bibliografía	101

Introducción

“La juventud latinoamericana actual tiene rasgos que la hacen diferente de la de otras regiones, y diferente también de las juventudes de la región en el pasado. Se encuentra en la conjunción entre dos grandes procesos históricos: uno es el ciclo de la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas, que cambiaron, con diversa intensidad y ritmo, a partir de la posguerra; el otro es el de la crisis económica de los ochenta, que puso de relieve las insuficiencias de los modelos de desarrollo existentes. La juventud tiene un papel crucial en ambos procesos. Por su enorme peso en la estructura de edades de la región, fue primero objeto del proceso de incorporación a las formas modernas de organización social; luego, cuando la recesión frenó o desarticuló la modernización, pasó a ser un grupo de edad particularmente afectado por la exclusión.”

GERMÁN RAMA¹

En los últimos años la sociedad se ha visto atravesada por cambios enormes en su configuración y en la forma en que se realizan los procesos de socialización de los niños y jóvenes. Desde el final de la hegemonía del Estado benefactor hemos atravesado mutaciones que han dejado huellas profundas en las biografías, memorias y experiencias individuales y colectivas.

El keynesianismo, en crisis desde los años 70 hasta fines del siglo XX, se caracterizó por la generación de una sociedad basada en el consumo de las masas y en un mecanismo de elaboración "fordista", de estandarización, de líneas de montaje y de producción en serie que ha dejado paso, a inicios del siglo XXI, a la flexibilidad, la innovación permanente, la segmentación de los mercados y el culto del *packaging*, la publicidad y el consumo simbólico.

El Estado de bienestar keynesiano brindaba previsibilidad y un contrato social sustentado en la posibilidad de integrarse y ascender en la escala social. Pero en los últimos treinta años este esquema se derrumbó dejando la hegemonía productivista del sector secundario, basada en la producción material, en una situación de debilidad frente al crecimiento del mundo financiero e informático y constituyendo así una nueva hegemonía: la del imperio de los intangibles, los bienes simbólicos y la sociedad de la información.



La digitalización, la interconexión y la profusión de la información caracterizan el presente en el que los jóvenes se encuentran insertos.

1. Citado en Bolívar Franco, "Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate", texto mimeografiado, Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, 2005.

Los resultados de este proceso se relacionan íntimamente con el perjuicio sistemático y permanente de la educación, motivado por la devaluación de los conocimientos, su perpetua obsolescencia y consiguiente sustitución. Además, se ahondan las distancias entre quienes forman parte de las juventudes globales integradas a las redes de información, a la configuración de estéticas de vanguardia juvenil y a modas de pertenencia generacional. Esas brechas vuelven heterogéneas a las distintas juventudes y exigen nuevos parámetros de interpretación y, probablemente, originales acciones



Los signos estilísticos y estéticos configuran el nuevo lenguaje de los jóvenes. Se comunican y se identifican con señales cómplices con las que se pretenden diferenciar del mundo adulto y de otros grupos juveniles.

orientadas hacia y desde los propios jóvenes.

La participación de los jóvenes en las tecnologías de la información y la comunicación pone en evidencia el cambio que se ha dado en el capitalismo tardío, donde el dinamismo más elocuente se observa en el sector de servicios más que en la producción fabril. A este fenómeno se lo ha denominado "la emergencia de la sociedad posindustrial", y su correlato es una nueva división internacional del trabajo en la que los países centrales se insertan en la globalización especializándose en la alta tecnología y dejando a los países subordinados la parte "sucia" del armado de los productos o la participación minoritaria en la producción tecnológica de los productos y los servicios.

Los "intangibles" simbólicos (como el propio conocimiento y la cultura en general) se constituyen en los factores causales más importantes de la producción económico-social.² Este nuevo paradigma pone en foco, desde otra perspectiva, el universo cultural de cada una de

Los beneficios del desarrollo tecnológico no favorecen por igual a todos los estratos sociales. Esto ha influido en la polarización socioeconómica en el interior de las sociedades nacionales y en la ruptura de fronteras para los grupos económicamente más privilegiados. Así, los jóvenes con mayores recursos económicos se empiezan a parecer más a los jóvenes con las mismas condiciones económicas de todas partes del mundo. Tienen acceso a la informática, a los conocimientos vigentes y más exposición a los adelantos. Los grupos de menores recursos van quedando alejados de los avances. Ese proceso de reordenamiento de las sociedades en el planeta aumenta la dualidad en el interior de los países y plantea un gran desafío en la concepción de las políticas y programas para la juventud. Se hace necesario reconocer la situación de los jóvenes, la heterogeneidad de los grupos.

Krauskopf, D., "Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes" en La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo, Buenos Aires, GT Juventud, CLACSO, 2000.

2. Algunos de los elementos característicos del nuevo modelo tecnoproductivo son: la creciente segmentación del mercado, la diferenciación de los productos, el acortamiento de su ciclo de vida, la alta demanda de calificación de los recursos humanos, la creciente globalización de los mercados, la importancia de la innovación de los procesos, productos y formas de comercialización: diseños, envases y construcción de imagen corporativa. En este sentido, ver: Miguel Lengyel, La organización moderna, más allá del fordismo, Editorial Mercado, Buenos Aires, 2000.

la sociedades y su capacidad para adaptarse -o no- a las nuevas lógicas hegemónicas. La cultura, la comunicación, la estética, el diseño, la estilística, el conocimiento y la información ocupan un nuevo lugar en la sociedad.



La estética, la forma, el diseño y el estilo, tanto en una zapatilla como en un celular aparecen como el elemento central de las identificaciones juveniles.

Los jóvenes tienen mucho que ver con este proceso al ser portadores de determinados saberes que se vinculan fácilmente con la nueva lógica de producción social y económica. Este estatus de conocedores y "aborígenes" de una nueva forma de producción los pone de alguna manera en el centro de la escena productiva y cultural.

Pero la integración a este nuevo paradigma no es fácil ni para los jóvenes ni para los adultos, y menos en los países subdesarrollados. El primero de los rasgos que caracteriza la emergencia de un nuevo paradigma es la creciente brecha entre los países centrales y los periféricos. La segunda se observa en el interior mismo de nuestras sociedades donde se generan estructuras ocupacionales duales

que fragmentan crecientemente la sociedad, dejando a amplios sectores por fuera del nuevo formato hegemónico productivo.

Esta brecha creciente ahonda más las desigualdades económicas y simbólicas generando una "sensación de riesgo", en la que priman el individualismo, la incertidumbre, la desconfianza y la paranoia social. La paradoja es que un crecimiento sin precedentes en la historia humana se ha visto acompañado por una crisis de las instituciones tradicionales de socialización de la niñez y la juventud, como la familia, la escuela y el tiempo libre.

Esta crisis se hace más compleja por el tipo de inserción de los jóvenes en la "mundialización cultural", que los hace más vulnerables a contingencias sociales como la violencia, el embarazo adolescente y el abuso de sustancias, que van de la mano del aumento de la pobreza, el desempleo, la informalidad, el déficit en la salud pública y la exposición creciente a prácticas y convivencias cotidianas con la criminalidad.

Esta inserción crítica se expresa, por ejemplo, en el aumento sostenido de las tasas de embarazo adolescente en todos los países latinoamericanos, en la proliferación de la violencia entre los jóvenes y la que tiene a los

Los consumos adictivos, sea de sustancias o de prácticas compulsivas (como el vínculo con Internet o el síndrome de *shopping*), aparecen como cercanos y posibles en el desarrollo juvenil, lo que supone riesgos crecientes.





jóvenes como víctimas. Y, obviamente, en la desesperanza que conlleva y genera. La desestructuración familiar que acompaña a los procesos de desempleo y el efecto que produce, sobre todo en el deterioro de las trayectorias biográficas, no es superado tampoco por el aporte del sistema educativo, que tiende a generar otro tipo de desajustes, entre los que figuran la deserción escolar, la repetición y las crecientes brechas de calidad que alejan a los sectores populares de la formación a la que acceden los sectores medios.

La sociedad se ve atravesada por cambios que no logra procesar y tiende automáticamente a rechazarlos anunciando una "crisis de valores" cuando se trata de nuevas normativas ajustadas a los cambios sociales y tecnoproductivos. Los cambios son vividos con expectativas pero también con malestar porque desestructuran viejos esquemas poniendo en crisis modelos de socialización, educación y organización familiar.

La velocidad que acompaña a estos procesos genera una sensación de permanente incertidumbre y de riesgo permanente que es funcional al aceleramiento con que viven los jóvenes en la actualidad. Como ya ha sido dicho en muchas circunstancias, pero ahora con mayor énfasis, "todo lo sólido se disuelve

en el aire", y quienes se aferran a viejos formatos estabilizados tienden a sentir que el ritmo de la vida se les hace incomprensible e incluso agresivo.

Lo que más rápido cambia es la propia percepción del tiempo. La velocidad de los cambios hace que sea necesario anticiparse a ellos y orientar el conocimiento en relación a escenarios futuros. Es necesario ser capaces de adaptarse y de anticiparse a las consecuencias de esos cambios. Los costos también son visibles cuando la incertidumbre y la ansiedad llevan a los sujetos a sentirse aislados o solos frente a un movimiento que no pueden prever y al que no pueden adaptarse.

Así llegamos a la paradoja de la modernidad tardía, sobre todo en contextos de subdesarrollo y/o exclusión: la promesa de una inserción en un mundo de múltiples oportunidades y la concomitante imposibilidad de acceder a ellas por no contar con recursos simbólicos y materiales adecuados.³ Se profundiza así el aislamiento y la sensación de soledad (claramente visible en la película *Nadar solo*) que lleva a exacerbar la reducción de los lazos solidarios y a desmembrar las prácticas de socialización tradicional que privilegiaban la construcción ciudadana por sobre la multiplicación de particularismos.

3. Manuel Castells, "Tecnología de la información y capitalismo global", en *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Anthony Guiddens y Will Hutton (editores), Kriterion, Tusquets Editores, Barcelona, 2001.

En síntesis: la ausencia de recursos adecuados -capaces de acompañar y procesar la velocidad y el carácter de los cambios- hace que la modernidad tardía no logre cumplir la promesa de multiplicidad vital, de apertura y de "aventura" que la hace tan seductora y que le ha dado su legitimidad social. Esto supone una sensación frustrante que hunde aún más en la marginalidad a quienes no acceden al mundo del consumo y repercute directamente en la autoestima de los carentes.



La cumbia villera aparece en los 90 como la expresión brutal de la exclusión: la reivindicación del delito, el machismo y las drogas se convierte en la contracara de la fiesta neoliberal.

El individualismo extremo y multiforme, aunque no es exclusivo de los jóvenes, adquiere en ellos una especial agudeza. La dimensión más preocupante es la profunda desocialización que se instala como corolario de los procesos de inestabilidad: una juventud insegura por su futuro adopta la mentalidad de una fortaleza asediada y el fraternal dicho popular "haz a los otros lo que quisieras que te hicieran a ti" se transforma en un inquietante: "haz a los otros antes de que te lo hagan a ti".

Antonio Santos Ortega, *Jóvenes de larga duración: biografías laborales de los jóvenes españoles en la era de la flexibilidad informacional*, en <http://www.fesweb.org/revista/archivos/reso3/05.pdf>, p. 2.

Pensar la juventud implica entender aspectos que no sólo tienen que ver con el crecimiento biológico, la rebeldía o el cuestionamiento de los padres y la sociedad adulta. Implica aceptar que la juventud es una etapa tan importante como cualquier otra en el desarrollo biográfico y no puede ser definida o evaluada como una etapa transitiva, como un "puente" entre la niñez y la adultez. Implica "comprender" aquello que el padre de Lola no puede incorporar: que el utilitarismo es difícilmente procesado tanto por su

hija como por la juventud en general.

La juventud es una etapa sustantiva, igual que la niñez y la ancianidad. Cuando se postula a la juventud como un simple tránsito, y se le quita su especificidad, se contribuye a deslegitimar la etapa como un período válido del crecimiento subjetivo y se

tiende a despreciar sus producciones y sus actos. Una primera conclusión de esta mirada adulta sobre los jóvenes debería ser la de valorar lo que ellos hacen, desde su lugar biográfico, y no desde la perspectiva comparada de códigos adultos.

Esto no implica aplaudir las transgresiones inútiles sino intentar comprender sus causas desde el lugar en que éstas se producen. Quizás una primera conclusión sea la de no desvalorizar esta etapa asociándola a una especie de enfermedad, denominada "edad

del pavo"; la juventud no es una patología, a pesar de que así parece ser percibida, divulgada y promocionada por algunos sectores adultos.

Sabemos que la construcción de la autonomía personal requiere pensar con la propia cabeza y ser capaces de cometer equivocaciones; supone también la realización de experiencias que sean el resultado de elecciones personales y, también, tomar decisiones cuya motivación deberá ser interna y no el producto de las influencias familiares. Las instituciones deben tener en cuenta estos procesos y colaborar con esta producción de una autonomía juvenil que no requiera una pelea onerosa entre los adolescentes y sus padres. Exige entender que el "grupalismo" de los jóvenes -y la negación rebelde hacia los consejos paternos- es una etapa que es necesario transitar para que pueda desarrollarse una voz interior que no sea un calco de la escuchada durante la infancia.



Los procesos de exogamia requieren que los jóvenes "construyan" junto a sus amigos una "familia" alternativa para lograr construir una identidad individual alejada de la mirada parental.

Trabajar con jóvenes presupone comprender los cambios corporales y la alta emocionalidad que caracterizan el período. Exige reconocer a la sensibilidad como un territorio prioritario y comprender que ser joven implica muchas veces, casi necesariamente, la crítica de la doble moral, la hipocresía y el "caretaje" social. Involucra el cuestionamiento de las "maneras", la política, las relaciones públicas, las escenificaciones familiares, las buenas formas, etcétera. Y este posicionamiento no debe entenderse como una forma de desprecio sino como un síntoma de la necesaria ruptura con el mundo adulto para poder construir el propio espacio de crecimiento. Cuando un joven se enfrenta al "orden" familiar, cuando transgrede las reglas del juego, está exigiendo límites pero está pidiendo también que éstos se construyan desde algún lugar legítimo y no simplemente desde la autoridad, la imposición o el sinsentido.

Otra característica que debe ser tenida en cuenta es la necesaria exogamia que la etapa supone: todos los jóvenes, desde su pubertad, necesitan "ir rompiendo" los lazos de dependencia temporal con su familia. Esta ruptura implica muchas veces conflictos y perpetuos cuestionamientos de los hijos hacia los padres. Por supuesto que esta confrontación puede darse -según el vínculo que se haya establecido entre padres e hijos- de una manera más o menos violenta. Pero lo que no puede dejar de darse es ese enfrentamiento; el tema es si conlleva efectos autodestructivos - como en el caso de la protagonista de *A los trece*- o se evidencia en términos de proyectos

de vida y de búsquedas de caminos subjetivos creativos.



Existen diferentes formas de "separarse" de los padres. Algunas de esas maneras son riesgosas para los jóvenes.

Es necesario colaborar para que ese proceso de exogamia se desarrolle de la manera menos conflictiva posible, menos dolorosa y más creativa: cuando un joven "sustituye" a su familia por un grupo de amigos lo único que intenta hacer es constituir su subjetivi-

dad, su personalidad, sin la mirada influyente y endogámica de su familia. De hecho, si la familia se opone a este proceso exogámico se corre el riesgo de que el joven se someta a reglas del juego que hagan de él alguien tímido, introvertido e incapaz de enfrentarse con el mundo de las reacciones afectivas, amistosas o de pareja.

Los jóvenes suelen percibir que la presencia de sus padres en el mismo espacio, lugar o ámbito los convierte en seres dependientes, inmaduros e incapaces de relacionarse con el sexo opuesto de un modo seductor. La conclusión obvia es que las instituciones deben contar con espacios específicos para los jóvenes en los que puedan sentirse fuera del área de control de sus propios padres: si estos "lugares" no son construidos por las instituciones los jóvenes tenderán a irse porque se sentirán "contagiados" por una mirada adulta que los anaña, los desexualiza y los convierte en *nerds*, incapaces de relacionarse con la lógica adolescente del deseo.



Como educadores tenemos la responsabilidad inicial de aprender su idioma, aunque ésta no sea una tarea fácil. Y menos aún cuando tenemos que aceptar que nuestro "idioma" y nuestras prenociones son cuestionadas por jóvenes que consideramos que tienen mucha menos experiencia vital que nosotros.

Sin embargo esto no puede ser una escapatatoria para no asumir que debemos interactuar con otras generaciones: los adultos tenemos que reeducarnos, aprender Internet, entender qué es la cultura digital, comprender los mensajes latentes en esas letras musicales que muchas veces tendemos a desvalorizar y describir el fenómeno del crecimiento juvenil como una producción de autonomía generacional, innovación, creatividad y rup-



Internet es para los jóvenes mucho más que una fuente de información o de interconexión. Es un lugar de identificación y de presentación al mundo, como queda en evidencia en la creciente cantidad de páginas web en las que los jóvenes pueden presentarse ante los otros y difundir sus gustos y sus elecciones personales.

tura que tiene dentro de su espíritu mucho de vitalidad, de cambio y de energía que debemos valorar y respetar.

El caso del ciberespacio es quizás un buen ejemplo de la apropiación juvenil de una herramienta cultural de forma compleja y no reducible fácilmente a un único uso. La problemática del uso de la Internet, sobre todo entre los jóvenes, ha sido investigada en los últimos dos decenios, desde diversas perspectivas teóricas y abordajes disciplinarios, desde su fundación como red de información militar del Pentágono hasta su generalización en los ámbitos académicos, a fines de los años 80.

Algunos de estos acercamientos, ligados a la llamada "universidad invisible" y al grupo de Palo Alto, abordaron la relación entre el hombre y la máquina desde una perspectiva cognitivista, intentando develar el efecto que esta interrelación produce en las capacidades intelectivas de los sujetos sometidos a un intercambio sistemático con las máquinas "pensantes". En este marco se han desarrollado importantes experimentaciones, tanto desde perspectivas neurolingüísticas como psicológicas, que sugieren la existencia de modificaciones progresivas, luego de usos perdurables de interconexión a la red, tanto en la conducta como en los comportamientos lingüísticos de los individuos.

Otros enfoques han sugerido, bajo la influencia de Nicholas Negroponte, que el uso de Internet supone el acceso a la comunicación universal y a la potencialidad de un mundo unificado en un denominador



común, garante de la horizontalidad comunicativa, que también supone la ausencia futura de la sumisión comunicativa y la producción democrática de significaciones, de definiciones del sentido del mundo. Los llamados abordajes estructurales, influidos tanto por Mattelart como por Castells, suponen a los usuarios como receptores de emisores cada día más concentrados y globalizados, cuya práctica implica la estandarización de estrategias de dominación de sentido a través de hegemonías discursivas y el establecimiento de agendas de lo que es discutible / difundible / consumible y qué no.

Otros rumbos de investigación han intentado develar las formas subculturales que se han generado a través de la red y las neoidentificaciones que ha generado su uso por parte de grupos de interés. Estos relevamientos se han caracterizado por poner la mirada en los aspectos expresivos, artísticos y estéticos característicos de muchos grupos virtuales. Algunas de las comunidades virtuales descritas han sido los *hackers*, los *ciberpunks* y otros conglomerados unidos por identificaciones culturales, musicales y de orientación sexual.

Por último, existen investigaciones en las cuales se pone el énfasis en los sujetos y en las mediaciones (y los capitales) que éstos ponen en juego a la hora de establecer contactos y rumbos en sus "navegaciones" y sus orientaciones en la red. Sustener que el eje del relevamiento no es la red (por sí misma), ni tampoco las configuraciones perceptuales que el

modelo tecnológico sugiere (cognitivas o lingüísticas), sino la relación que se establece entre sujetos y estructuras comunicativas supone dirigir la mirada hacia las culturas cibernéticas y hacia las formas -no necesariamente unificadas ni comunes- de definir los sentidos y las significaciones de lo que aparece en la red.



Conclusión: todo vínculo con otra generación, sobre todo de quienes usan esta herramienta tecnológica innovadora, tanto en lo cultural como en lo comunicacional, debe incluir un aprendizaje humilde por parte de los adultos. Esto no significa que debamos convertirnos en jóvenes, ni que corramos detrás de la última cirugía estética para "desdibujar" nuestra edad ni que nos abstengamos de ser críticos con respecto a prácticas, procedimientos y percepciones de los jóvenes. Simplemente conlleva la necesidad de

Los usos culturales que los jóvenes hacen de la web probablemente no han sido abordados ni investigados con la suficiente sistematicidad por parte del sistema educativo. El "chateo" es algo más que un estímulo a la reducción silábica de las palabras. Expresa una nueva temporalidad asociada a la velocidad.

dialogar desde un territorio común, y ese territorio no lo podemos imponer de facto, no puede estar basado únicamente en nuestro idioma.

Es necesario entender, además, que la juventud es un proceso que tiende a extenderse cada vez más en el tiempo de la biografía de un sujeto. Se extiende años. Esto significa que hay una "moratoria social" más duradera y que la entrada en la adultez tiende, crecientemente, a ser más tardía: las parejas se constituyen más tardíamente y las "prácticas emocionales" de parejas diferentes se estiran en el tiempo. El ingreso al mercado laboral y la permanencia en el sistema educativo es más larga y aparecen cada vez más etapas en el interior de la juventud.

Muchos jóvenes pueden no tener muy claro qué es lo que quieren, pero saben qué es lo que no quieren. Y eso no es poco en un mundo tan homogeneizante. Quizás esta sensación de rechazo a ser cooptado por un mundo que no parece representarlos del todo es lo que expresa Sumo cuando cantan: "No sé lo que quiero, pero lo quiero ya".

Lo quiero ya

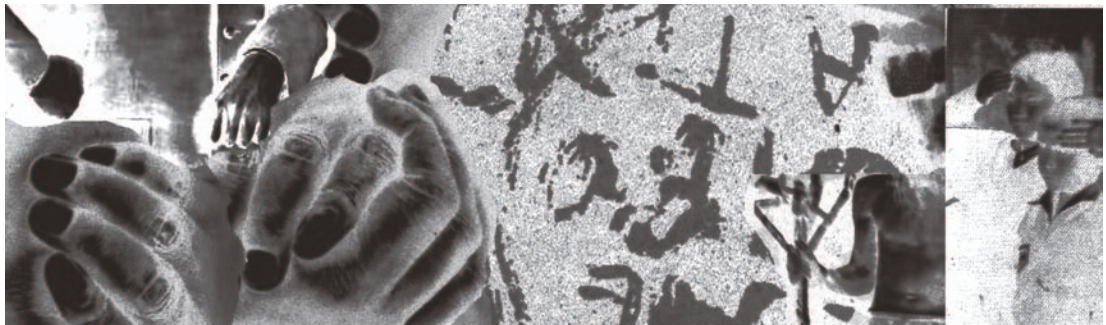
Hasta que choque China con África,
Te voy a perseguir,
Sería bueno que pidieras,
Que la tierra se mueva.

Hasta que choque China con África,
Te voy a preguntar,
No sé lo que quiero,
ipero lo quiero ya!

Si yo fuera tu esclavo,
Te pediría más,
No sé lo que quiero,
ipero lo quiero ya!

Nada te ata a leer la novedad,
Nadie te pisa, nadie te pica,
Ni te van a chupar,
No sé lo que quiero,
ipero lo quiero ya!

¡No sé! ¡No sé!



Tradiciones de investigación sobre los jóvenes

Para tener un panorama sobre cómo se han "mirado" las culturas jóvenes en el último siglo convendría trazar un panorama sobre las diferentes tradiciones que investigaron las configuraciones juveniles, y cuáles son las consecuencias que se desprenden de cada una de esas escuelas.

Territorialidad y pandillas: la escuela de Chicago

Uno de los primeros abordajes que visualizan la problemática juvenil, y que continúan influyendo hasta la actualidad, es la denominada Escuela de Chicago. Heredera de la tradición de Simmel y Weber focaliza como dimensión central el territorio y las ocupaciones simbólicas del espacio urbano, generando pertenencias e identificaciones barriales, sobre la base de grupalidades como las "barras" (los gangs).

Estos colectivos expresaban, por un lado, un desfasaje de significaciones entre los tradicionales controles informales de la comunidad, y, por el otro, la anomia provocada por el individualismo fragmentario de la sociedad industrial al que las pandillas se oponían intuitivamente. Esta dicotomía cultural, presente en la disputa de simbolismos espaciales,

aparece como el factor más importante del desarrollo de una pequeña comunidad con códigos de honor y lealtad reactivos y específicos.⁴

*"El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de una tradición, solidaridad moral, conciencia de grupo y vínculo en un territorio local."*⁵

Los investigadores urbanos de Chicago consideraban que existía un nivel de "contagio social" y una especie de "región moral" en la confluencia de intereses y respuestas agresivas que tenían las bandas en relación al resto de la sociedad. Estos estudios, desafiados por el sentido común de los abordajes criminológicos lombrosianos -muy extendidos en las primeras décadas del siglo en EE.UU.- que veían en las prácticas de dichos grupos síntomas de degeneraciones biológicas,⁶ privilegiaban un marco interpretativo basado en la problemática clásica de la anomia y la desintegración social.

Tanto Trasher, en su trabajo *The Gang* como el famoso *Street Corner Society* (La sociedad de las esquinas), de William Foote Whyte, puntualizaron algunos aspectos centrales del análisis sociológico orientado hacia los jóvenes, relacionados con la creciente autonomía que suponen los espacios

⁴ Sobre códigos de honor y afirmación masculina ver: Jorge Elbaum, "Abordajes de investigación orientados sobre la juventud", documento de trabajo del Taller de Sociología de la Cultura, Instituto Gino Germani., texto mimeografiado, Buenos Aires, 1996, p. 12.

⁵ Trasher, citado por Santi Crisante, *La rivolta dello stile*, Editorial Franco Angeli, Milán, 1985, p. 29.

⁶ Carles Feixa Pampols, "De las bandas a las culturas juveniles", *Revista de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, ITESO, México, 1993.

urbanos sin los tradicionales controles sociales, puestos en crisis al evaluar la realidad, oposicionalmente entre padres e hijos: de esta manera la calle se convierte en la "nueva casa" y la pandilla o la soledad en la única "familia". En la película *Nadar solo* queda en evidencia que la lucha -a veces- es por escapar de la incomunicación, la soledad y la ausencia de sentido de la vida.

“Martín tiene diecisiete años y es un estudiante de colegio privado, abandonado al desastre académico. Para él y para su compañero y amigo, el estudio es incomprensible, y no hablamos de contenidos sino del sentido general de ir a un determinado sitio para tomar clases. No hay comunicación entre el mundo y Martín, como tampoco la hay entre él y su familia. Sus hermanos, único refugio posible para muchos adolescentes, tampoco lo ayudan. La hermana ha cerrado sus puertas a cualquier tipo de afecto y su hermano mayor no está. Esa ausencia es un tema para Martín, quien sale a buscarlo como si de ese modo pudiera encontrar una respuesta”.

Santiago García, "Nadar solo", revista El Amante, en http://www.elamante.com/index.php?option=com_content&task=view&id=727&Itemid=64

En *Street Corner*, Whyte afirma que existen ciertas formas de consumir alcohol que hacen referencia a una búsqueda denodada por diferenciarse crecientemente de los adultos. Consumos que se caracterizan por su práctica horizontalizadora y no verticalizada como exigían las relaciones familiares. En el

"tomar juntos" -como se evidencia en *A los trece*- hay experiencias emocionales iniciáticas, lazos emotivos que se diferencian de los vínculos disciplinarios de la educación:

*"La generación joven ha formado su propia sociedad, relativamente independiente de sus mayores. En las filas de los jóvenes hay dos principales divisiones: muchachos de las esquinas y muchachos de colegio."*⁷

El trabajo desarrollado por la escuela de Chicago sigue siendo destacable, sobre todo por uno de los enfoques que continúan en cierta forma los estudios de Chicago: el abordaje de redes sociales -caracterizadas por la activación de capitales sociales, en palabras de Bourdieu-, y por aquellas otras investigaciones orientadas al relevamiento de las configuraciones intra e intergrupales de colectivos



Los jóvenes que dejan la escuela suelen integrarse a colectivos que hacen del tiempo libre una continuidad sin ruptura.

7. William Foote Whyte: *La sociedad de la esquina*, Editorial Diana, México, 1971, p. 19.

orientados a actividades delictivas de baja intensidad.⁸ Uno de sus méritos más elocuentes es la capacidad para el estudio de experiencias localizadas -estudios de caso- en contextos urbanos de las configuraciones juveniles, así como de su génesis y de procesos específicos.

estructural-funcionalismo, que enmarca la problemática juvenil en relación a la cultura de masas y a la emergente figura del consumidor adolescente. Talcott Parsons es el primero en hablar de “cultura juvenil” en un artículo aparecido en 1942 –“Age and sex in social structure of the United States”–,⁹ a

partir de los estilos diferenciados de los jóvenes urbanos, tendientes a expresar el conflicto psicosocial que genera el cambio desde formas tradicionales a una sociedad moderna.

Lo importante de esta tradición remite al hecho de que la “cultura juvenil” –analizada básicamente a partir de una mirada hacia los jóvenes de clase media– permitiría un ajuste, una adaptación valorativa en el nivel de la personalidad de los jóvenes urbanos a la sociedad

moderna. Colaboraría de esta manera en la “equilibración” social, convirtiendo en irrelevantes las diferencias sociales y étnicas de origen, al integrarse en la exigida racionalidad secular, en el *melting pot* (mezcla homogenei-

En sus inicios, la investigación sobre la subcultura juvenil –monopolizada por los investigadores americanos (Escuela de Chicago)– asociaba invariablemente los grupos juveniles a la delincuencia y a los estilos de vida marginales; en otras palabras, atribuía la responsabilidad del problema al ambiente urbano degradado. Según Carles Feixa Pampols, el Chicago de principios de siglo reunía las condiciones idóneas para “la aparición espectacular de gangs juveniles, que ocuparon algunas zonas de la ciudad y provocaron la preocupación de las instituciones por su apariencia extravagante y su conducta delictiva”. Los investigadores de la Universidad de Chicago consideraban que la formación de grupos juveniles y su posterior degeneración en conductas desviadas no era explicable por causas de tipo patológico, sino que estaba condicionada por distintos factores de carácter social.

María Jesús Martín, *Violencia juvenil exogrupal. Hacia una construcción de un modelo causal*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 2005, p. 16.

Los chicos de las escuelas: cohesión por el consumo

Una segunda tradición de abordaje de las problemáticas juveniles se relaciona con el

⁸ Pierre Bourdieu, *La distinción*, Taurus, Madrid, 1991 e Irving Sperger, *The youth gang problem. A community approach*, Oxford, 1994.

⁹ Talcott Parsons, “Age and sex in social structure of the United States”, en *American Sociological Review*, vol. 7, nº 5, 1942, pp. 604-616.



zante) capaz de generar un equilibrio social uniforme del sistema social.

Desde esta perspectiva, si la cultura juvenil genera algún tipo de conflictividad eso se debería, según Parsons, a unas crecientes expectativas de desarrollo social, a un optimismo motivado por la valoración positiva del ascenso social, más que a una transgresión o rebeldía frente al sistema.

La orientación general de la juventud parece ser, en esta dirección, un afán por aprender, lejos de lo que podría ser una conformidad pasiva y en favor de una disposición activa para trabajar en el interior del sistema y no fuera de (o contra) él.¹⁰ Esta tradición se ha desarrollado sobre todo en los EE.UU. a partir de la denominada “sociología de la desviación”, que privilegia los análisis criminológicos y que se orienta al desarrollo de herramientas político-sociológicas equilibradoras del conflicto que originan esos desarreglos (disfunciones) sociales.

Estructuralismo francés: ritualizaciones y homologías

La tradición francesa de los 50, desarrollada inicialmente por discípulos de Marcel Mauss y Lévi-Strauss privilegia una mirada

sobre las ritualizaciones juveniles, partiendo de un sistema binario que los jóvenes estipulan: clasificación bipolar que se instaura a partir del par “nosotros y los otros”, expresión estructural de un mito fundante que se encuentra depositado en los orígenes de lo social, y que es ritualizado o reenviado al mundo de los conflictos simbólicos.

“La juventud pone al día la contradicción central que estructura la relación de la sociedad con ella misma [...] se convierte en una metáfora críptica en la cual los conflictos sociales escamoteados resurgen bajo formas muy ritualizadas.”¹¹

De alguna manera, los jóvenes ponen “sobre la mesa”, “actúan” lo que la sociedad calla. O, para decirlo de otra manera: los jóvenes expresan aquello que los adultos no logran poner en palabras o no logran transparentar. Los jóvenes son los actores del conflicto social que la sociedad tira “debajo de la alfombra”. Hacen de las contradicciones sociales silenciadas una evidencia y una actuación. Dicen lo que los adultos callan aquello que está disimulado detrás de las rutinas y las regularidades. Son los actores que hacen explícito lo que la sociedad adulta intenta disimular: son el síntoma y la representación de las contradicciones éticas y culturales de las sociedades complejas.

¹⁰. Talcott Parsons, *Youth in the context on America Society*, en E. Erikson (editor), *Youth, change and challenge*, Basic Books, Nueva York, 1963, p. 130.

¹¹. Jean Monod "Un air marginal", en *L'Homme et la société, Revue trimestrielle internationale de recherche et de synthèse en sciences sociales* París, 1970, p. 14.

Contracultura y bohemia social: los herederos de la Escuela de Frankfurt

A partir de los años 60, en reacción a las visiones integradoras y “homeostáticas” del estructural-funcionalismo, las investigaciones sobre juventud se orientan hacia la tradición crítica de la Escuela de Frankfurt. En este caso los abordajes al problema de la juventud fueron de carácter ensayístico y político, focalizados en una crítica a la sociedad de masas y a la supuesta capacidad de los jóvenes para desafiar sus designios.¹²

Estos acercamientos retoman la problemática central del racionalismo instrumental sugiriendo que las nuevas generaciones ponen (y deben poner) en duda su valía. Reivindican así ciertos usos hedonistas como forma de cuestionamiento del individualismo mediatizado y alienante y una política de lo cotidiano como forma de quebrantamiento de la lógica unidimensional. Al mismo tiempo, aduciendo que las contraculturas

niegan de alguna manera la posibilidad de la creatividad humana y que someten sistemáticamente a los hombres a una frustración permanente, visualizan en las actitudes transgresoras una nueva política moral antisistémica.

En este marco los jóvenes se convierten no en objetos sino en sujetos de demandas a partir, sobre todo, de un desafío a la moral institucionalizada, recreando nuevas formas de ciudadanización, básicamente relacionadas con la valorización del comunitarismo y el fin de la ética puritana.¹³

Etiquetamientos y codificación ritualizada: Goffman y Becker

Dos abordajes muy influyentes en la teorización y la investigación empírica sobre temáticas de juventud fueron los herederos de Garfinkel y Schutz, formulados por un lado por Howard Becker y su revalorización de la “definición social” —expuesta en *Outsiders*—, a partir del concepto de “*labeling*” (etiqueta-

12. Para un análisis de las visiones contraculturales de las grupalidades juveniles ver Theodore Roszack, *El nacimiento de una contracultura*, Kairos, Barcelona, 1973.

13. Las contraculturas expresan la herencia del movimiento *beatnik*, del *peace force*, del orientalismo, la revolución sexual, de los panteras negras, del movimiento por los derechos civiles y del feminismo. Estos son —según Tricia Roce y Andrew Ross, en *Microphone friends. Youth music and youth culture*, Routledge, 1994, p. 25— los antecedentes más importantes del denominado movimiento multiculturalista actual, defensor de las perspectivas de la “diferencia” y la heterogeneidad cultural, más pendiente de las diferencias étnicas, “tribales” —en el sentido cultural— o de las de género que de las de clase social, y del abordaje de los movimiento sociales.

miento).¹⁴ Y por el otro, por Goffman y la conceptualización del *frame*, es decir el enmarcamiento de la situación y las comunidades de interpretación cotidianas. Desde esta perspectiva las investigaciones tuvieron un carácter más empírico, hecho que ha generado una larga tradición de exploraciones etnográficas en los barrios marginales de las grandes ciudades norteamericanas y canadienses. En algunos casos estas investigaciones han desarrollado una visión pormenorizada de las codificaciones y las ritualizaciones inconscientes de la cotidianeidad, aportando un conocimiento detallado sobre las prácticas juveniles en relación a sus vínculos familiares y al establecimiento de creativas formas comunicativas.

Clases sociales y hegemonía político-moral: la Escuela de Birmingham

A partir de los trabajos de la denominada Escuela de Birmingham, también llamada Escuela de los Estudios Culturales se postula a las culturas juveniles como expresiones del conflicto con la hegemonía cultural adulta. Frente a las significaciones dominantes los jóvenes postulan alternativas acerca de cómo

concebir lo real y lo posible. En este marco, los jóvenes pertenecientes a las clases subalternas suelen elaborar diferentes y creativas tácticas culturales para enfrentarse a un orden social que evalúan como “vacío”, “artificial” e “hipócrita”.

De esta manera, reenvían el conflicto de clases a un territorio más ligado a lo simbólico y cultural: cuestionando el vínculo entre política y moral y la relación entre lo cotidiano y el capitalismo. Según los autores de la Escuela de los Estudios Culturales este desafío es percibido por la sociedad civil –y no sólo por las clases dominantes– como un peligro y un desafío provocado por la barbarie juvenil que evidencia la decadencia ética de la sociedad. Se genera así un “pánico moral” –motorizado por los medios de comunicación masiva– y una estigmatización creciente de los diferentes grupos juveniles.

A diferencia del estructuralismo –con el que entablan una disputa teórico-metodológica– visualizan a la cultura como un teatro de conflictos y de construcción de identidades muy ligadas a la resignificación de las clases sociales. En este sentido, más que la visualización de estructuras dignas de ser evaluadas en forma deshistorizada, suponen

¹⁴ El concepto de etiquetamiento se vincula al “teorema social” de W. Thomas, sobre la definición de situación, estipulado en el trabajo realizado junto a Znaniecki sobre los inmigrantes polacos en Estados Unidos. Ver Carles Feixa Pampols, “De las bandas a las culturas juveniles”, en *Revista de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, ITESO, México, 1993. En relación al *labeling* (etiquetamiento), ver Irving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1987.

Gracias a la apertura de perspectivas adquirida desde los años setenta comienzan a aparecer elementos como el papel de los medios de comunicación, la identidad personal y la violencia propiamente dicha. Cohen, por ejemplo, evidencia cómo las bandas del *East End* de Londres eran producto de las subculturas juveniles ligadas al tiempo libre, mientras que la delincuencia juvenil de banda “a la americana” se presentaba de modo menos generalizado. Las aportaciones de la literatura inglesa al tema de las subculturas juveniles ponen de manifiesto que, en primer lugar, es la clase social, y no la edad o la generación, el elemento que explica la producción de subculturas; y, en segundo lugar, que son estas subculturas, y no la desviación, las que explican el comportamiento de las bandas.

María Jesús Martín, *Violencia juvenil exogrupal. Hacia una construcción de un modelo causal*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 2005, p. 17.

la investigación etnográfica como el medio más adecuado para desentrañar esos microconflictos que constituyen la ideología y la moral dominante. Es en este marco que se profundiza en los estilos como modos de identificación generacional y al mismo tiempo como formas de clase:

“La juventud como categoría [...] surgió como una de las manifestaciones más visibles del cambio social del período de mediados de los 60. La juventud fue el foco de atención de informes oficiales, legislaciones e intervenciones públicas, fue divulgada como problema social por parte de los guardianes de la moral y jugó un papel importante como piedra de toque en las elaboraciones de acontecimientos, interpretaciones y explicaciones sobre el período.”¹⁵

Culturas juveniles y fragmentación: la tribalización urbana

En el marco de la crisis de las totalizaciones sociales y de cierto enfoque celebra-

torio de las particularizaciones, durante los 80 se desarrollaron una serie de relevamientos –en ocasiones más vinculados al ensayismo filosófico que a las ciencias sociales, que puntualizaban, entre otros fenómenos ligados a las culturas juveniles urbanas, el cariz democratizante y en cierta manera creativo del consumo. Creatividad emancipadora que se enmarca en un movimiento de individualización creciente que seculariza absolutamente la vida social, desprendiendo a los sujetos de las identidades y de los lazos sociales sólidos para dejarlos enmarcados en una productividad y reflexividad inagotable.

Lo que se dio en llamar “el estallido de lo social” rompe con los criterios asociados a “proyecto”, liberando a los jóvenes de un deber ser individual, característico del espíritu del capitalismo, y de otras identificaciones rígidas como los colectivos sindicales o políticos. Maffesoli desarrolla esta interpretación a partir del concepto de “econo-

¹⁵ Stuart Hall y Tony Jefferson, *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Hutchinson, Londres, 1993, p. 9. La traducción del inglés me pertenece.

mía emocional”, mediante el cual se conceptualizan los deseos inmediatos y no futuros de los jóvenes.

Los adolescentes están juntos sólo por afinidades, por ciertos consumos y gustos en común. La posmodernidad juvenil es justamente la expresión de ese desprendimiento a futuro. Todo es hoy: el narcisismo, el hedonismo, el espíritu lúdico, el descreimiento de los colectivos “forzados”, etcétera.

La identidad se entiende como un inadecuado y antiguo constreñimiento y se postulan las identificaciones múltiples como la descripción más ajustada a la nueva realidad social, vinculada a una este-

tización creciente y a una búsqueda “artística” por la transgresión simbólica.

Desde esta perspectiva la ciudadanía es el producto de prácticas, gustos e identificaciones por consumos, considerándolos como configuraciones de placer genéricamente ajenos a los condicionamientos sociales de valor o significado.

“Cada vez es menos cierto que adquirimos objetos para obtener prestigio social o para desmarcarnos de los grupos de estatus inferior. En esencia el consumo ha dejado de ser una actividad regulada por la búsqueda del reconocimiento para desplegarse en vistas al bienestar, la funcionalidad y el placer en sí mismo.”¹⁶



16. Stuart Hall y Tony Jefferson, *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Hutchinson, Londres, 1993, p. 9. La traducción del inglés me pertenece.

Socialización y grupos de pares

Los grupos de pares, los amigos, las tribus de pertenencia constituyen a menudo un lazo afectivo y de referencia para adolescentes cuyo universo familiar intergeneracional no logra ya acompañar las fuertes mutaciones subjetivas en curso.

En tiempos en que la familia ha perdido terreno como agente de socialización y transmisión, la velocidad de las transformaciones, al reemplazar al ritmo de la moda los códigos, los valores y los modismos, convierte a menudo a padres e hijos en habitantes de mundos disímiles entre los que los intercambios y la comunicación tienden a debilitarse. Así, la transmisión intergeneracional cede lugar a modalidades de transmisión exogámicas que sustituyen las identificaciones otrora centrales por otras extrafamiliares. Para bien y para mal es innegable que esto ha de producir mutaciones sustanciales en las condiciones actuales de producción subjetiva.

La diversidad de los modelos identificatorios exogámicos y la fortaleza de los vínculos de paridad (el grupo, la banda, la tribu) a menudo generan fuertes lazos de solidaridad y reciprocidad: brindan seguridad en tiempos de búsqueda de certezas y un reconocimiento social garantizado por la inclusión en un grupo que brinda sentido y defensa común ante una sociedad que muchas veces sienten como extraña o agresiva.

Esos colectivos construyen “reglas del juego” específicas que, sumadas, conforman el campo en el que los adolescentes, ávidos

de acceder a vidrieras de reconocimiento social negadas por la moratoria, la dependencia económica y moral de los adultos, promueven una forma escenográfica de existencia social. Las diversas tribus urbanas poseen ideologías débiles, percepciones del mundo que les permiten posicionarse en el presente más que en un proyecto. Sentidos comunes que los hacen percibirse como “salvajes” urbanos amparados por pasiones musicales y rituales que muchas veces buscan indignar.



El grupo de pares se constituye en uno de los organizadores privilegiados de socialización. Brinda referencia, protección y significaciones culturales compartidas que brindan seguridad cultural a todos sus integrantes.

La búsqueda de la publicitación y la convocatoria a la convergencia de miradas no es ajena, además, al proceso de mediatización social que suele espectacularizar con lentes de pánico moral el destino y las acciones de las futuras generaciones. Los medios no sólo dramatizan el “peligroso” destino de la juventud sino que “instituyen” tribus (como si fuesen aborígenes) al darles difusión social. Reflejos videograbados que los mis-

mos adolescentes buscan para imponer una visibilidad pública que les es negada de otra forma: las tribus necesitan de los periodistas y de los medios para subsistir como fenómeno social.

Los grupos de pares y las tribus suelen conformar comunidades territoriales que poseen lenguajes y estéticas comunes y que se caracterizan por llenar el tiempo libre –o el llamado “tiempo muerto”– en esquinas, plazas, bares, etcétera. Estos colectivos, además de brindar un ámbito de pertenencia social, terminan proponiéndose –ante ciertos grupos juveniles– como únicas alternativas frente a las instituciones que tradicionalmente han sido catalogadas como “prestadoras o constructoras de identidades”, entre ellas la familia, la escuela, los partidos políticos o las organizaciones sindicales.

Esta dificultad para “entrar” en la sociedad de la mano de las instituciones encargadas de socializar y ciudadanizar lleva habitualmente a “percepciones comunes de la realidad” que pueden generalizar formas de resentimiento y de oposición ciega a cualquier forma de integración social.

La relación entre la escuela y los integrantes de muchos grupos de pares marginales

(de cumbia villera, por ejemplo) suele ser conflictiva y se encuentra instituida en una desconfianza recíproca: el abandono escolar es producido “por problemas de conducta” y por mecanismos autodesvalorizantes donde la frase más elocuente es: “estudiar no es para mí”.

Incluso en los sectores medios –como queda retratado en el filme *Nadar solo*– se pone en juego cierta lejanía del sistema escolar con las ilusiones y las demandas de sentido juvenil: el “conocimiento” aparece como anodino e incapaz de dar respuestas. La escuela aparece ante los ojos de los jóvenes como una máquina burocrática de aprobar materias y los docentes como empleados de un sistema que los fragmenta y los despedaza. La institución escolar parece, así, no lograr manejar las particularidades culturales de estos jóvenes y ellos dejan la escuela con la sensación de que esta institución “no da lo que sirve para la vida”.

Hay que repensar, por ejemplo, la enseñanza media o secundaria y concebirla como un espacio privilegiado de socialización juvenil, procurando acercar cultura juvenil y cultura escolar (y así superar el abismo que hoy existe entre ambas) y apostar decididamente a la formación ciudadana y no sólo a la transmisión de saberes en función del acceso a la educación superior (para brindar así, por tanto, alternativas “terminales” más concretas en relación con el mundo del trabajo).

Ernesto Rodríguez: “Juventud, desarrollo y democracia en América Latina”, revista *Nueva Sociedad*, Nº 200, Caracas, noviembre-diciembre de 2005.

Los integrantes de una barra *saben* que “mirar la escuela desde afuera” es permanecer en la rutina creciente del tiempo barrial, de la esquina y la cerveza, y aceptar las miradas públicas patologizantes, medicalizadas o criminalizantes que tienden a hacer fatal –el final del ciclo escolar para determinados jóvenes– aquello que sería solucionable desde un esquema comunitario más contenedor y desde instituciones más valorativas de los “conocimientos” o de las potencialidades creativas de determinados grupos juveniles. Este proceso de autoexclusión educativa se relaciona con un inmovilismo social que repercute en su subjetividad y en la capacidad que desarrollan para pensarse como sujetos de derecho.



La sociedad adulta tiene dificultades para entender que la identidad de un grupo etario debe constituirse con la construcción de signos propios diferenciados y distintivos con respecto a los padres y mayores.

El pánico moral hacia ciertos pilares estéticos –tatuajes, indumentarias, cortes de pelo, etcétera– contribuye a una polarización clasificatoria en la que se ubica al otro –en este caso al joven reñido con la estética del orden adecuado– en el lugar del desvío, de la enfermedad, de la violencia o del peligro. Como en reiteradas oportunidades lo han sugerido las diferentes corrientes teóricas del *labeling* (etiquetamiento), el actor estigmatizado contribuye a su identificación a partir de la mirada que le devuelve la sociedad.

Grupo como comunidad

Muchos grupos de pares realizan prácticas que suponen riesgos para sus integrantes. La sensación de “inmortalidad” que caracteriza al crecimiento adolescente suele generar en algunas ocasiones situaciones de peligro al incentivar el “juego” con los “márgenes”, sobre todo cuando se perciben en situación de diversión nocturna y de envalentonamiento grupal. De esta manera, “probando” sustancias o relacionándose con la velocidad y la producción de adrenalina, creen sentirse parte de una vida con mayor “sentido” que la vivida por los adultos.

Esto es coherente con el juicio que hacen de la cotidianeidad adulta a la que perciben como una traición de la creatividad y la imaginación. Es así como muchos grupos de pares expresan un rechazo visceral por todo aquello que asume la expresión



de una institucionalidad “abstracta”: todo lo que no es atravesado por el contacto con lo corporal o lo concreto merece algún tipo de desconfianza.

Esto es lo que expresan diferentes grupos juveniles –sobre todo de los sectores populares– cuando se sienten ajenos a las instituciones que tradicionalmente son las encargadas de su ciudadanización y de su ingreso en el mundo adulto: la escuela, la familia y el mercado laboral son algunos de los espacios resistidos y asociados con una adultez que rechazan. En muchas ocasiones estos ámbitos son resignificados como representativos de un orden social anónimo y enmarcado en un racionalismo instrumental artificial e inauténtico.

Lo que muchas veces demandan los jóvenes es un comunitarismo grupal autonomizado de la lógica parental, enfrentándose a lo que perciben como insensible, aburrido y repetitivo del mundo adulto, tal como –por ejemplo– es percibido por el protagonista de *Nadar solo*. Frente a esto postulan modismos, estilos, músicas y consumos que se encuentran orientados a la conformación de una expresividad “salvaje”, dedicada a indignar moralmente a los portadores de las percepciones y las prácticas de la “urbanidad social”.¹⁷

En clave de la sociología clásica, las grupalidades juveniles ponen nuevamente en discusión la vieja antinomia de “comunidad” versus “sociedad”. Es a través de la comunidad de pares que se critica el individualismo social característico de la “sociedad”. Pero esta comunidad, a diferencia de la noción integradora (o integrista) postulada en el nacimiento de la sociología en el siglo XVIII y XIX, sólo comparte una economía emocional, un orden expresivo y estético más que un orden cultural.

La adolescencia y la juventud actuales se caracterizan por la denodada búsqueda de referencias, pertenencias afectivas, emocionales y grupales enmarcadas por fuera de las instituciones que tradicionalmente proveían un ingreso al mundo adulto. Buscan un proceso de individuación que logre sacarlos de los disciplinamientos sociales que tradicionalmente configuraban las identidades sociales.

¹⁷ Son fundamentales, entre los jóvenes urbanos, los códigos de afirmación masculina que se desarrollan durante el ocio y el tiempo libre, donde se ponen en evidencia estos mecanismos.

Ya no es tanto el medio ambiente social lo que marca el estilo de vida que alguien considera apropiado para sí mismo, sino más bien la decisión individual a favor de una vía de formación, una profesión, una forma de habitar, de consumir, etcétera. Valores como la “autorrealización”, la “autonomía” y la “competencia en la acción” (*Handlungskompetenz*) desplazan a valores tradicionales como la “disciplina”, el “respeto a los mayores”, la participación organizada, etcétera. Sobre la base de una serie de necesidades básicas ya satisfechas, la búsqueda de calidad en lo referente a la educación, el trabajo y las relaciones interpersonales así como en el consumo, va desplazando a la cantidad.

René Bendit, “Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea”, ponencia presentada durante la Reunión del Grupo de Trabajo “Juventud”, CLACSO, Buenos Aires, 14 al 17 de diciembre de 1999.

En los inicios del siglo XXI el “presente” hedonista y las trayectorias personales son las realidades que orientan las acciones: las realidades se fragmentan y los microclimas sociales y culturales se constituyen en lógicas más abarcativas que los grandes consensos sociales. No sólo los mercados se segmentan, también se parcializan las valoraciones y las opciones individuales como una creencia de elección y de libertad individual.

Los códigos de iniciación a cada grupo de pares tienen cada vez más un carácter fragmentario que no es reconocido ni legitimado por el resto de la sociedad. Al no existir “rituales de paso” postulados y legitimados por el mundo adulto, los grupos de pares juveniles construyen sus propios modelos de ingreso.

Estos rituales dependen cada vez más de la inventiva y creatividad de cada grupo y son generalmente portadores de un alto nivel de diferenciación simbólica. Esta

transgresividad, característica de ciertos grupos, es reconocida como un “mojón” de paso, es decir como marca que atestigua una pertenencia distintiva o un ingreso a la vida adulta. Determinadas adicciones o salidas grupales, ocupaciones de territorios, realización de *graffiti* o actos vandálicos se constituyen en prácticas que hacen las veces de rituales de iniciación y de ingreso en el mundo adulto.¹⁸

Cuando la sociedad no postula ni convence a los adolescentes sobre la necesidad de contar con “traspasos” legítimos y aprobados por los propios jóvenes lo que sucede es que proliferan diferentes modelos de pasaje, algunos de los cuales se caracterizan por estar al borde del riesgo y del peligro de un daño, propio o hacia el resto de la sociedad.

“[...] los ritos de iniciación, tan estudiados por los antropólogos en las mal llamadas culturas primitivas, aun cuando homogeneizaban a una edad, cuando probablemente no todos estaban preparados para enfrentarlo, dejaban una marca. Marca que oficiaba de referencia ordenadora, de jalón de pertenencia a un cierto contexto social.”¹⁹

¹⁸ Robert Castel y Anne Copel, “Los controles de la toxicomanía”, en Alain Ehrenberg, *Individuos bajo influencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.

¹⁹ Rubén Efron, “Subjetividad y adolescencia”, en Konterllnik y Jacinto, *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1996, p. 40



Culturas fragmentadas

*“... es nuestro talento narrativo el que
¿Sabes, compañero, lo que es no tener
horizontes a los veinte años? Las manos
se crispan en el vacío de los ideales. Y
alargan las brazadas de tinieblas para
la apagada hoguera de la fe...”*

NICOLÁS OLIVARI

A pesar de que la “juvenilización” es un proceso hegemónico, es decir, totalizador, posee en relación a los jóvenes de los diferentes sectores sociales una característica desigualadora: mientras los jóvenes de los sectores medios y altos permanecen en total suspensión de responsabilidades durante creciente cantidad de años, los jóvenes de los sectores populares deben afrontar su incorporación al mercado del trabajo y las responsabilidades familiares en formas más aceleradas.

De esta manera se produce un fenómeno que ha sido estudiado reiteradamente y que remite a la llamada “exclusión de juventud”, fenómeno por el cual amplios sectores sociales se ven privados del acceso a los códigos (las marcas, los consumos, los rituales y los usos de la ciudad) que definen la pertenencia a la juventud.

Es más, para la mayor parte de la juventud contemporánea la movilidad económica y social –piedra angular del pacto corporativo en la sociedad fordista– ya no es una promesa legítima, tal como lo fue para generaciones anteriores. El mercado del trabajo ha experimentado cambios fundamentales. Ha desaparecido, en general, la estabilidad laboral mientras que la disminución global de empleos, como producto del desarrollo tecnológico, no ha experimentado una recuperación. Desaparecen plazas de trabajo, pero no aparecen otras nuevas.

De alguna manera la juventud parece ser un proceso del cual se es expulsado en la medida en que no se posean los recursos aptos para transitar en ella: si no se portan las marcas de la legitimidad juvenil, si no se tienen las zapatillas “de onda”, si no se va a bailar a los lugares de moda, se “es menos” joven. Y como la juventud aparece como un privilegio social se produce una especie de exclusión de juventud que priva a quienes no acceden a sus símbolos de una vivencia plena de dicho período etario.



Habitualmente se considera que la juventud es un período festivo en el que las responsabilidades están acotadas, limitadas o “suspendidas”. Sin embargo la mayoría de los jóvenes de los sectores populares e incluso de los sectores medios bajos “miran” desde la carencia la valorización creciente de las prácticas culturales de los jóvenes de los sectores medios.

En el aspecto territorial, los conflictos por la definición de los saberes legítimos (y los consumos) amparan cierta cultura de “escape”, sobre todo entre los sectores populares: la decisión por parte de muchos jóvenes de perma-

necer largos lapsos de tiempo fuera de la casa buscan, por un lado, evitar los reclamos familiares, algunos de ellos vinculados al rendimiento escolar o a la colaboración en ciertas tareas domésticas, y por el otro a ser indiferente a la cultura laboral. Al recibir las presiones del hogar y enfrentarse con una oferta laboral restringida se completa el círculo de la profecía autocumplida: se convierten en los “vagos de esquina”.

En su gran mayoría los adolescentes y jóvenes de nuestra sociedad se encuentran vinculados de una forma muy desventajosa con la globalización y la “mundialización cultural”: por una parte porque existen importantes brechas entre las diferentes “juventudes” y por otra porque la integración a los capitales culturales legítimos se produce de una forma tardía e incluso parcial.

La fragmentación juvenil posee, entre otros atributos, la característica de que la innovación tiene un aceleración creciente y que los bienes culturales tienden a desvalorizarse rápidamente: cuando los sectores más desfavorecidos acceden a determinados capitales simbólicos éstos ya han sido “abandonados” y despreciados por los sectores de mayores recursos. Esto lleva a un creciente ensanchamiento de la brecha y a una sensación de impotencia por parte de quienes pretenden acceder a la legitimidad cultural y se ven privados de integrarse.

El mundo de los bienes simbólicos—como los filmes, los programas radiales, la música, los programas informáticos— se comporta en forma cada vez más similar al mundo de la moda indumentaria: las inno-

vaciones rápidamente se desechan exigiendo a quienes pretenden seguir su ritmo una carrera consumista que sólo deja en posesión de la novedad a los que tienen más recursos de apropiación. Se consolida así un mecanismo de exclusión fomentado por el contacto con lo distintivo: quienes pueden acceder a los productos exclusivos logran excluir al resto de estos consumos que funcionan como emblemas de pertenencia.

De esta manera—como se evidencia en la publicidad mediática de los jóvenes “legítimos”— se cierra el círculo de la marginación cultural, que a su vez refuerza las inequidades materiales. Pero estas barreras que impiden el acceso a los bienes culturales poseen un carácter mucho más impactante que el que se le suele dar: los jóvenes que no acceden a las “marcas de moda” son etiquetados socialmente como inaptos para acceder a la legitimidad, a los bienes materiales y a los grupos de pares con mayor acumulación de capital social (relaciones, contactos, etcétera).





Esta marginación cultural tiene una particular expresión en el mundo juvenil, donde muchos adolescentes intentan adquirir las marcas que los hacen “pertenece” al mundo juvenil más legítimo. Así, un par de zapatillas o el conocimiento de un novedoso grupo de *rock* puede ser la forma de acceder a una tribu juvenil o al pleno derecho de participación en un grupo de pares. Por el contrario, el desconocimiento de determinados códigos lingüísticos o de escenarios urbanos los hace sentirse solos y desprovistos de brújulas culturales.

El conocimiento de determinadas canciones y grupos musicales, pertenecientes a diferentes géneros, es muchas veces un prerrequisito imprescindible para ser parte de un colectivo. Es por eso que cada joven tiende a acumular conocimientos específicos, porque éstos le permiten integrarse a un universo simbólico común que contiene dichos gustos y que expresa una estética o una percepción del mundo.

Cuando muchos jóvenes de los sectores populares se sienten privados de acceder a determinados recitales o a marcas indumentarias se perciben a sí mismos ante una doble exclusión: a la fragilidad que supone la exclusión social, la dificultad de acceso a un primer empleo y la precarización, se le agrega la enajenación en diferentes bienes simbólicos que caracterizan la pertenencia a la ciudadanía juvenil y global.

La exclusión genera desaliento y la soledad y la incomunicación también: los jóve-

nes menos integrados socialmente se encuentran más sometidos a la exposición de las culturas de la violencia, el delito, el embarazo adolescente, el abuso de sustancias y las prácticas de riesgo. Se cierra el círculo de la marginación cuando los jóvenes se excluyen de aquello de lo que ya están previamente excluidos: afirman que la educación “no es para ellos” cuando el sistema educativo, previamente, parece haberlos estigmatizado como ajenos e incapaces de socializarse en su cultura letrada. En la película *Nadar solo*, el protagonista se siente aburrido porque no encuentra lugares para desarrollarse: porque todo está “estipulado”, incluso las trayectorias de las bandas musicales (como la suya); sólo le queda el escape, el *road movie* hacia Mar del Plata o –más certeramente– hacia sí mismo.

La autoexclusión también puede tener un perfil de desprecio, por parte de los jóvenes, a todo lo que remita al Estado, la autoridad o el orden. Ése es el caso de la recurrente conflictividad entre los jóvenes y la policía, que se ha constituido en algo más que una simple reiteración de enfrentamientos. En nuestro país una parte de la identidad cultural de los jóvenes se constituye con el presupuesto de que los organismos de seguridad interior son la expresión más acabada de la “guerra” contra los jóvenes. Muchas canciones dicen que se es joven, auténticamente, si se desprecia a la policía. Y eso es lo que se canta a coro en los recitales y en los encuentros culturales, mientras una gran parte de la sociedad, y

sobre todo las instituciones políticas, parecen no querer escuchar.

B.A.D

(Letra del grupo de punk rock argentino Ataque 77 incluido en su primera placa *Ataque 89/92*)

iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! No queremos más
iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! Nunca más

En los bares toxicomanía
en tu casa el asistente social
en la esquina el comando radioeléctrico
icontrolándote, controlándome,
vigilándote, molestándome!

iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! No queremos más
iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! Nunca más.

Unos dicen: –iVamos a enfrentarlos!
Otros dicen: –iQuédate en tu lugar!
Sacan los bastones y empiezan las corridas
iSiempre termina igual!

En la tele dicen que son nuestros amigos
yo no sé por qué será
Mamá llora cada vez que voy a la cancha
y me dice: Nene, cuidate nene de la Policía
Federal

iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! No queremos más
iOh! iOh! iOh! Brigada antidisturbios
iOh! iOh! iOh! Nunca más

¿Ellos o nosotros?
¿Quién es más criminal?
iPolicía Federal: la vergüenza nacional!

Estas expresiones no son simples enfrentamientos caprichosos con la autoridad policial ni miedo paranoico e infundado que postulan en las letras de las canciones o en los insultos dedicados de los recitales. Son síntomas de la incapacidad social por negociar formas de enfrentar la violencia sin generar más violencia. Llamativamente los padres temen tanto a las agresiones suscitadas por los propios jóvenes como a aquellas producidas por quienes se supone que están para evitarlas.

Si bien la pobreza que afecta a grandes segmentos de la población de América Latina y el Caribe es uno de los grandes problemas y de los grandes retos, el tema de la exclusión y de la inequidad es otro, tal vez más grave. América Latina ostenta el nada honroso récord de ser la región más inequitativa del mundo. Esta situación afecta el desarrollo homogéneo e integral de nuestras sociedades e incide de manera particular en la población joven. Las diferencias en educación, en salud, en ingreso, son mucho más evidentes en los jóvenes que en los adultos. Las grandes brechas que existen en nuestras sociedades hacen que convivan mundos paralelos que a veces tienen muy poco que ver entre sí. Sociedades que excluyen no son sociedades integradas. “Una sociedad integrada es aquella en la cual la población se comporta según patrones socialmente aceptados y existe un ajuste entre las metas culturales, la estructura de oportunidades de que se dispone para alcanzarlas y la formación de capacidades individuales para aprovechar tales oportunidades.” Entre la diversidad de “juventudes” que coexisten en el interior de los países latinoamericanos y cari-

beños podemos ver una gran diferencia en la estructura de oportunidades, la formación de capacidades individuales para aprovechar esas oportunidades, y los espacios para realizar esas aspiraciones individuales y sociales. No comparten beneficios, no comparten metas, no comparten futuro. Casi podríamos agregar que no comparten el sentido de pertenencia a la misma sociedad, porque evidentemente no se trata de “la misma”. Esta situación atenta seriamente contra el desarrollo de nuestro capital humano, de nuestra estabilidad y de nuestro futuro. La pobreza en general, pero muy particularmente la pobreza de los jóvenes, además de ser una deuda social pendiente, de ser un grave riesgo, es una amenaza para la gobernabilidad y la democracia. Al ser los hogares pobres en todos los países los que mantienen las mayores tasas de fecundidad, son estos hogares los que evidentemente tienen el mayor número de niños y jóvenes.

“Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y el Caribe”. Primera reunión técnica preparatoria. 22 al 25 de julio de 2003; “XII Conferencia de Primeras Damas, Esposas y Representantes de los Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas”. 15 al 17 de octubre de 2003, Santo Domingo, República Dominicana, preparada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)

La cultura y la práctica de la exclusión es acompañada por procesos de deserción escolar, repitencia y exposición a crecientes brechas de calidad educativa, profundizando aun más las distancias entre las diferentes juventudes. Las “marcas” que dejan la exclusión se hacen presentes también en el vínculo de los sectores más desposeídos con el mercado del trabajo: la informalidad, la desocupación, la ausencia de cobertura de salud y la desesperanza enmarcan una situación de “sufrimiento social” que muchas veces invita al desconocimiento –o la crítica “actuada”– de las reglas sociales de convivencia.

Vulnerabilidad y sufrimiento social que se ven reforzados por un clima cultural convocante de “pánicos morales”²⁰ y de exclusiones crecientes, expresadas en tres niveles distintos²¹:

- (a) Segregación: en relación con la incapacidad de las instituciones para canalizar y contener conflictividades y carencias o dotar de identificaciones sólidas y/o recursos aptos para insertarse e integrarse socialmente;
- (b) Patologización: Miradas públicas que suponen enfermedad en las actitudes ado-

20. La categoría de “pánico moral” fue constituida como categoría descriptiva en Gran Bretaña en los años 70 para denominar la actitud del establishment, los medios y la sociedad en general en relación a los jóvenes. Sintéticamente remite al miedo que causaban los jóvenes con sus transgresiones y cuestionamientos a la moral reinante.

21. Por sufrimiento social entendemos las formas de autodesvalorización y acostumbramiento a lo aleatorio, que son consecuencias de la exclusión.

lescentes y que tienden a encontrar soluciones en la medicalización (caracterizadas por etiquetar a los jóvenes como enfermos psíquicos, portadores de un desorden bioquímico o transgresores incurables), y

- (c) Confusión: percepciones sociales “esquizofrénicas” que por un lado endiosan la etapa juvenil y por el otro consideran a sus integrantes –sobre todo a aquellos que pertenecen a los sectores populares– como constantes amenazas sociales.

Este panorama se refuerza con la difusión de culturas tribales –también llamadas subculturas juveniles– que tienden a reforzar las

distancias entre los diferentes grupos de pares, postulando luchas estilísticas, territoriales y culturales.

Las adolescencias, entonces, se ramifican y diversifican en función de múltiples dimensiones como la extracción socioeconómica, el lugar de residencia o la tribu que conforma el grupo de pertenencia. Por eso nuestro punto de partida es el de referirnos a la noción de adolescencias o juventudes “en plural”. Es decir, en términos de una multiplicidad de formas de transitar por dicho período.



La juventud es asociada y representada por dos escenas contradictorias: la escenificación de la fiesta permanente y la peligrosidad de los consumos adictivos.

Etapa sustantiva y no transitiva

Los símbolos de prestigio se encuentran menos en la cultura clásica (libros, cuadros, conciertos); se desplazan a los saberes tecnológicos (computación, sistemas), al equipamiento doméstico suntuario, a los lugares de ocio que consagran la alianza de las tecnologías avanzadas con el entretenimiento

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

A diferencia de lo que se suele creer (y postularse desde las tradiciones evolutivas) la juventud es una etapa “sustantiva” igual que la niñez, la adultez o la ancianidad. En realidad, cuando se postula a la juventud como un simple “tránsito” —y se le quita su especificidad—, se contribuye a deslegitimar la etapa como un período vital y trascendente dentro del crecimiento subjetivo. De esta manera se tienden a despreciar sus producciones y acciones: se dice que es un “tránsito” hacia la adultez y se la caracteriza como una “edad del pavo”, deslegitimando sus demandas y despreciando la rebeldía o crítica que pueda provenir de sus acciones.

La juventud es una etapa tan trascendente como cualquier otra y no es menos relevante porque suponga momentos críticos, confusiones o búsquedas de caminos personales. Lo mismo puede decirse de la adultez, la tercera o la cuarta edad, incluso hoy, cuando el imperio de lo “juvenilizador” irrumpe con tamaña fuerza que deja a aquellos períodos como secundarios o tributarios frente a la “cultura joven” y sus correlatos tecnológicos, mediáticos y digitales.

“La edad es otro criterio que causa confusión, ya que muchos pretenden definir a la juventud delimitándola por rangos de edad, como punto de partida para la interpretación de la misma. Pero la juventud, como ya dijimos, tiene diversas formas de manifestarse y sólo una de ellas es su duración. Se deben agregar a ellas diversas variables como la clase social, el género, la región y, desde luego, el momento histórico. La juventud no tiene la misma duración en el campo que en la ciudad, en las clases altas que en los sectores marginados, en las sociedades modernas que en las tradicionales, incluso en ambos géneros. No podemos establecer, por ello, un criterio de edad universal, que se aplique al conjunto de la juventud, que sea válido para todos los sectores y en todas las épocas.”

Roberto Brito Lemus, “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”, *Revista de Estudios sobre Juventud*, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud de México, Cuarta Época, año 1, N° 1, México, 1996.



Los procesos de juvenilización cultural llevan a que muchos adultos quieran modificar sus cuerpos haciendo desaparecer las huellas del paso del tiempo por el cuerpo.

Ubicar a los jóvenes como sujetos plenos de derecho implica dotar a la juventud de un carácter “sustantivo” y no “transitivo”. Implica asumir que toda etapa vital es un transcurso hacia otra etapa y que cada uno de dichos períodos tiene una especificidad e importancia central en las trayectorias biográficas: no hay etapas carentes de importancia. La voz de un joven tiene tanto valor como la de cualquier otro sujeto y la etapa evolutiva en la que se encuentra no invalida sus posicionamientos y opiniones.

La cultura de la que formamos parte sugiere que a los jóvenes hay que tenerles “paciencia” porque se encuentran transitan-

do por una etapa intensa que merece vigilancia. Esta misma cultura hegemónica también sugiere que sus opiniones y percepciones no deben ser tenidas muy en cuenta porque sus valoraciones son “transitorias”, dependientes de esa situación biográfica que no es confiable.

Hacer sustantiva la etapa adolescente y juvenil implica asumir que la juventud no es una “enfermedad o locura pasajera” que la adultez debe encargarse de combatir o disolver. Exige comprender que la construcción de la identidad personal y social de los jóvenes es, también, una lucha y una confrontación para construir valores propios, diferentes de los del mundo adulto. Supone aceptar que una manera de configurar sujetos plenos, autónomos e independientes de la modelación acrílica es enfrentarse, debatir, confrontar y discutir aquello que la sociedad adulta pretende de ellos y aquello que los jóvenes puedan proponer como superación, mejoramiento o escenificación futura del mundo.

Esto implica, a su vez, aceptar nuevas formas de protagonismo juvenil, innovadores mecanismos de vincularse con su grupo etario y con las otras generaciones. Implica, tal como se expresa en el filme *Corre, Lola, corre*, la aceptación de originales maneras de transitar la juventud, formas que exigen un nuevo posicionamiento de los adultos, de la familia y del sistema educativo. Sugiere la aceptación de un espacio para que los jóvenes construyan el futuro de una sociedad que, tarde o temprano, les pertenecerá.

“Un mito hace énfasis en que no tiene sentido plantearse como tema de análisis y acción la juventud. Que no implicaría un tema específico. Que los jóvenes lo son temporariamente, y no deberían ser objeto por tanto de un abordaje que los examina en función de un criterio de edad. Este tipo de mito tiene serias implicancias prácticas. Desde él se objeta con frecuencia la existencia misma de políticas para la juventud, de programas para jóvenes, de instituciones especializadas en esa labor. [...] Con las excepciones y variedad características de las realidades humanas es posible observar que se especule como se especula sobre ellos, los jóvenes sí desarrollan percepciones, razonamientos, opiniones, conductas, que les son propias. Tienen un mundo diferenciado del de otros sectores y se conducen a partir de los códigos, lenguajes, reglas tácitas y creencias que se generan en dicho mundo. Un rasgo peculiar de su universo suele ser el de sus búsquedas acuciosas de valores. Los jóvenes parecen tener mayores posibilidades de reaccionar ante las injusticias, las discriminaciones, de buscar afanosamente utopías, en definitiva, de soñar con un mundo mejor.”

Bernardo Kliksberg, “Introducción. Hora de superar mitos”, en Dacil Acevedo, Marcelo Peralta, Valeria Tallarico y Marcelo Wiñasky (compiladores), Primer Foro de Jóvenes del Mercosur, Bolivia y Chile. Alternativas Frente al Desempleo Juvenil, INTAL-BID, 1998.



La actitud de oponerse a las reglas sociales no es nueva entre los jóvenes. Recuperar las significaciones que llevan a grupos juveniles a desarrollar actividades de enfrentamiento con las pautas establecidas y respetar sus iniciativas de cuestionar el mundo permite generar sociedades más plurales y juventudes más participativas.

Sugiere también que su modelación futura requiera ejercitarse, entrenarse y establecer juegos de “ensayo y error” para elegir los modelos de convivencia social en los que se sentirán más cómodos.

Aceptar este espacio de desarrollo juvenil no implica desatender el crecimiento o cercenar el rol educativo de los adultos. Sugiere “abrir” los espacios para la participación juvenil, la creatividad y la crítica del mundo que hemos configurado, incluso, con el aval y la oposición de quienes fueron nuestros antecesores. Invita, por último, a recuperar sus producciones culturales, sus modismos, rituales, códigos, innovaciones, no como elementos despreciables sino como configuraciones dispuestas a mostrar que tienen existencia propia, que no necesitan copiar al mundo adulto sino que pueden ir intentando construir uno propio.

Una primera conclusión acerca de esta mirada adulta sobre los jóvenes debería ser la de valorar lo que hacen desde su lugar histórico-biográfico particular, desde el lugar en el que crecieron, y no desde la perspectiva comparada de códigos adultos o de “antiguas” y melancólicas representaciones de la juventud. Confrontar “viejas” juventudes dotándolas de una superioridad moral

indudable –característica de quienes fueron jóvenes sesentistas o setentistas– es un ejercicio anacrónico y al mismo tiempo injusto: quienes transitan hoy por la juventud no vivieron la cosmovisión de un mundo “revolucionado” ni se vieron influidos por sus múltiples mensajes de revueltas y “destinos” de “hacia dónde” debía orientarse la sociedad y la política.

La juventud actual, por el contrario, es hija de la fragmentación social, cultural y tribal en la que se reivindica la multiplicidad de identificaciones, el hedonismo y las nociones de velocidad y de “presente”. Es tributaria de cosmovisiones ligadas a la estética, la estilística, lo tribal, lo cultural y de la creencia de que el presente es la temporalidad más sugerente y vital. Las nociones de futuro, de progreso y de destino han sido suplantadas –por las juventudes actuales– por las de contingencia. Los adolescentes actuales desconfían de la planificación porque sospechan que esas elaboraciones acotan la sorpresa e impiden el horizonte abierto del futuro.

¿De cuántos tipos de “jóvenes” se está hablando y cuáles son las características de su “jovialidad”? ¿Qué agrupamientos constituyen, cómo plantean sus diferencias con los adultos o cuáles son las fronteras cronológicas o culturales que estipulan para trazar las divisorias de aguas? Estos interrogantes son fundamentales para entender procesos que en la mayoría de los estudios son englobados como parte de una única cultura juvenil, y que sin embargo son claramente

antagónicos en sus prácticas y sus percepciones.

Ya no existen las grandes “identidades juveniles” que acompañaban la totalidad del proceso de crecimiento juvenil. Ya no hay identidades sino identificaciones y las identificaciones son más fluctuantes, más débiles, más cambiantes. Un joven puede ser en los comienzos de su pubertad un “roquero” y pasar a ser, tiempo después, un ferviente *punky* que reniega sistemáticamente de sus gustos precedentes.

Los adultos que culpabilizan a los jóvenes por estas percepciones fragmentarias, express, “hedonistas” o “presentistas” deberían entender que dichas configuraciones del tiempo son también el resultado de cosmovisiones del mundo que han “triunfado” luego de que los jóvenes de generaciones anteriores hubieran intentado cambiar el mundo.

Tenemos que tener en cuenta que el adolescente actual cuenta con ventajas y desventajas respecto al de generaciones anteriores: por un lado tiene abiertas posibilidades que a sus antecedentes generacionales les estaban vedadas. Entre ellas pueden puntualizarse: una menor cerrazón endogámica marcada por el grupo primario de pertenencia, menos autoritarismo patriarcal y mayor libertad en múltiples aspectos, sobre todo en el uso del tiempo libre y en el acceso a variados productos de la oferta cultural.

Sin embargo, no debemos soslayar que las propuestas culturales contemporáneas

vienen acompañadas de novedosas formas de malestar y de problemáticas inéditas para los jóvenes: las adicciones, las patologías alimentarias, las prácticas de riesgo, el juego a veces autodestructivo con los límites, el sida, el embarazo adolescente y la violencia son algunos de los nuevos desafíos con los que tiene que lidiar la sociedad en general y los jóvenes en particular.

Los distintos desafíos que viven los adolescentes y los jóvenes expresan evidentes desfases culturales entre una sociedad que alaba permanentemente la etapa juvenil pero que al mismo tiempo hace muy poco para que sus integrantes dejen de ser lo vulnerables que son.

Contradicción que se expresa también en la disputa de los adultos con los jóvenes por los espacios propios de la juventud y, al mismo tiempo, en el juzgar como carente de responsabilidad a ese período vital. Los jóvenes suelen sentir la ambigüedad de esta catalogación: por un lado se busca ser como ellos, vivir sus mismas experiencias (muchos adultos se visten como jóvenes y utilizan sus signos y modismos) y al mismo tiempo se los etiqueta de irresponsables.

El doble malestar vivido por los jóvenes, el que deviene de una sociedad con grandes contradicciones internas y el que ubica a los jóvenes en la paradoja de felicidad/peligrosidad es el terreno en el que deben transitar complejamente quienes viven su pubertad y adolescencia en la actualidad.

Luchas por el sentido de la palabra joven

*Mi héroe es la gran bestia pop,
que enciende en sueños la vigilia
que antes que cuente diez, dormirá.
A brillar mi amor. Vamos a brillar mi
amor.*

*Mi amigo está groggy sin destilar.
Pero yo sé que hay caballos que
se mueren potros, sin galopar.
Voy a bailar el rock del rico Luna Park
y atomizar la butaca y brillar
como mi héroe: la gran bestia pop.*

La gran bestia pop

LOS REDONDOS DE RICOTAI

Existen culturas de nominación. Formas culturales para definir quién es joven y cómo se es joven. Nuestras percepciones dominantes, nuestro sentido común nos llevan a pensar que la juventud es un período de tránsito hacia otra etapa más “sustantiva”. Sin embargo la juventud supone una etapa tan importante como cualquiera otra en el desarrollo biográfico y no puede ser definida o evaluada como una etapa transitoria, como un simple “puente” entre la niñez y la adultez.

Es, incluso, una etapa crecientemente relevante en la configuración subjetiva debido a que es percibida socialmente como una de las más trascendentes (en términos de vínculo con el consumo y con la construcción de “identidades”) por los medios de comunicación masiva y por los propios adultos que se sienten atraídos (y muchas veces amenazados) por las formas que asume la juventud en la actualidad.

Esta ambivalencia –atracción de la “fiesta” adolescente y rechazo o pánico a los cambios morales que conlleva– queda claramente expresada en la película *Caterina en Roma*, donde se deja a los jóvenes frente a una ambigüedad angustiante: por un lado presiones que exigen definir caminos, postulando los riesgos que sugieren, y, por el otro, “miradas” de rivalidad adulta –por un estilo de libertad juvenil que no pudieron disfrutar–.

La ambivalencia cultural que “marca” a los jóvenes con la doble etiqueta de peligrosos y a la vez dignos de “envidia” adulta los deja en el peor de los territorios, que es el de la angustia de no saber qué se espera de ellos: si se les demanda que sean los organizadores de la “fiesta social” –enarbolando estéticas indumentarias, estilísticas corporales o códigos tribales– o si se espera que cometan suficientes errores como para someterlos a una ortopedia social autoritaria.



La sociedad actual y el mundo adulto suelen tener una mirada contradictoria sobre la juventud: por un lado se la observa con simpatía, valorando su capacidad afectiva y de disfrute del tiempo libre. Por el otro se la condena por sus excesos y por sus postulados morales alternativos a los hegemónicos.

Al mismo tiempo, los adultos suelen hipervalorar la corporalidad juvenil (y su cotidianeidad) buscando artificial o forzosamente recuperar cuerpos juveniles, llegando incluso a medidas quirúrgicas o químicas para su obtención. Esta señal no es obviada por los jóvenes. Dicha búsqueda de la “juventud eterna” es percibida por la juventud como una autodesvalorización del mundo adulto y una convocatoria a que la llegada de la adultez no supone más que un abandono de la celebración juvenil.

La extensión de la juventud –medida en años de duración– no es más que una expresión cronológica de este proceso en el que los adultos quieren seguir siendo jóvenes y los jóvenes no quieren ser adultos. Pero al mismo tiempo genera una disputa por el territorio juvenil en el que los propios jóvenes se sienten amenazados ante la “ofensiva” de muchos adultos que pretenden comportarse como jóvenes “sin serlo”.

Este complejo proceso también implica una dura lucha por la definición del térmi-

no “juventud” en el que participan tanto las definiciones profesionales/académicas, el sentido común y los propios jóvenes que pretenden hacer de “su” juventud un territorio que escape a las catalogaciones del mundo adulto.

A esto se agrega la paradoja de que a los adolescentes se les exige que tomen decisiones. Al ser una etapa en la que se presentan muchos y nuevos desafíos y se dispone de muy poco tiempo para resolver dichos problemas la “carga de responsabilidad” que pesa sobre sus espaldas puede llegar a ser demasiado grande en relación a los recursos que poseen para resolver esos problemas.

La sociedad demanda a los jóvenes que se fijen un derrotero en relación a su identidad sexual, que ordenen estratégicamente su carrera profesional y que decidan el tipo de persona que desean tener al lado para conformar una familia en el futuro.

En síntesis, muchas decisiones y poco tiempo para dictaminar cuál de los escenarios es el más adecuado y cuál es el camino más aconsejable. Tal exhortación del mundo adulto desorienta y hace incluso más difícil toda decisión. Más aún cuando el mundo adulto muchas veces “alaba” la suspensión de responsabilidades y celebra la fiesta juvenil al mismo tiempo que pretende imitarla. Fiesta que tiene como soporte fundamental el cuerpo, la sensibilidad, la emoción, la erotización y la capacidad de resistir ante los ataques externos.

“Los propios jóvenes son protagonistas activos de esas disputas acerca de los sentidos que prestan al tema de la juventud pues, aun como actores, imponen significados que traducen diversos modos de pensar sobre sí mismos y sus pares, cuentan diferentemente sus demandas y establecen proyectos personales o colectivos, muchas veces reproduciendo discursos dominantes adultos en el ámbito social.”

Marília Pontes Sposito y Paulo Carrano, “Juventud y políticas públicas en Brasil”, texto mimeografiado, Observatorio Joven de Río de Janeiro, Río de Janeiro, 2003.

Nostalgias contraproducentes

El punto de partida fue plantear que el metadestino dominante hasta hace dos décadas, por el cual los jóvenes se insertaban en la vida adulta mediante la trayectoria lineal: familia-escuela-empleo-participación, es un circuito que se ha ido quebrando y fragmentando en múltiples trayectorias, que se tendrían que conocer de acuerdo a los nuevos circuitos o las adaptaciones que ha sufrido el anterior, tanto en las prácticas como en los significantes para los distintos conglomerados de jóvenes.

ANA DÍAZ ALDRET ²²

Aceptar los cambios de autopercepción del cuerpo, de visión sobre la realidad y el mundo que los circunda por parte de los jóvenes no implica aplaudir las transgresiones inútiles ni autodestructivas sino intentar comprender las causas de sus acciones y la significación atribuida.

Implica descifrarlas desde el lugar en que se producen, desde una configuración “epocal” que nunca puede ser equiparada con otras formas de ser joven. Y esta tarea de “diálogo” intergeneracional e intercultural sólo puede llevarse a cabo tomando en cuenta los códigos comunicacionales y los lenguajes utilizados por los jóvenes sin desvalorizarlos ni creer en forma crítica que nuestras herramientas comunicacionales adultas son por se

más adecuadas, más elaboradas o más eficaces. En este sentido, un diálogo comprensivo con los jóvenes desde una perspectiva carente de prejuicios implica la necesaria inmersión en sus manifestaciones culturales y en sus maneras de comprender el mundo.



Una de esas manifestaciones se relaciona con los cambios comunicacionales, con la creciente velocidad con la que hablan y la permanente detención en muletillas que de alguna manera ofician como contraseñas generacionales. El “todo bien” que acompaña al saludo habitual, con su obvia contrapartida del “todo mal”, para dar cuenta ya sea del desánimo, la angustia, la tristeza o la depresión, constituye una muestra de dicha configuración lingüística. La respuesta rápida condensa los matices de una frase com-

Comparar las diferentes juventudes es una actividad anacrónica. Cada etapa contribuye a forjar juventudes que no pueden ser comparables. Las influencias sociohistóricas modelan o ayudan a modelar perfiles juveniles diferentes.

²² Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta nacional de juventud 2000, Instituto Mexicano de la Juventud, Querétaro, primera edición, octubre 2003, en <http://www.imjuventud.gob.mx/ENJ/Regi%F3n%20Baj%EDo/REGION%20BAJIO%20Queretaro.pdf>



Los nuevos lenguajes juveniles pueden caracterizarse como “limitados” o como creativos. Su uso, y el sentido en el cual se orienten, definirá cuál de las dos definiciones es la más ajustada.

pacta, sin sujeto ni verbo, que sólo transmite significado a través del acompañamiento estilístico y la comunicación gestual y no verbal.

Lo mismo ocurre en cierto tipo de comunicaciones escritas, cuyo lenguaje parece remedar el de las máquinas: “slms st nch” (por “salimos esta noche”) puede ser entendida como la expresión apresurada de un nuevo lenguaje más acotado a la velocidad y menos vinculada a la reflexividad.

La construcción de la autonomía personal no sólo requiere nuevas herramientas lingüísticas sino que debe empezar con el “pensar con la propia cabeza”, es decir, ser capaz de equivocarse, de llevar a cabo experiencias cuyo resultado sea el de elecciones personales y de tomar decisiones cuya motivación sea percibida como auténtica y no como producto de una imposición familiar o institucional.

Las instituciones, los adultos y las familias deben tener en cuenta estos procesos y colaborar con una producción de autonomía juvenil que no requiera –para su configuración– de una “pelea” costosa entre los adolescentes y las regulaciones sociales. A su vez esto exige entender que el “grupalismo” de los jóvenes –y su búsqueda en los “límites”– es una etapa que es necesario transitar para que el joven pueda desarrollar su “voz” interior, para que ésta no sea sólo un calco

de la escuchada durante la infancia: la única posibilidad de que construya una identidad es que adopte caminos que lo hagan sentir “cómodo”. Y no hay otra posibilidad más que la de ensayar caminos antes de elegir los más adecuados.

Comprender las novedosas formas de



Las experiencias juveniles, a veces marcadas por el riesgo y los sinsabores, suponen una búsqueda personal e identitaria necesaria para encontrar un camino personal diferenciado de lo esperado por los adultos. Generar un “camino identitario” permite sentirse “único”, “especial” y no una simple reproducción de lo que se espera de ellos.

transitar la juventud presupone entender, como señalamos anteriormente, el cuestionamiento de las “maneras”, la política, las relaciones públicas, las escenificaciones familiares, las buenas formas, etcétera.

Sin embargo este posicionamiento no debe entenderse como un desprecio totalizador hacia el mundo adulto sino como un síntoma de la necesaria ruptura con dicho mundo. A veces los jóvenes disponen sólo

de la negación de todo lo que no es joven como único camino para poder construir el propio espacio de crecimiento.

Y una gran parte de este proceso se da mediante la exogamización: todos los jóvenes, inicialmente desde su pubertad, necesitan “ir rompiendo” los lazos de dependencia temporal con su familia. Esta ruptura implica muchas veces conflictos y perpetuos cuestionamientos de los hijos hacia los padres. Por supuesto que esta confrontación puede darse –según el vínculo que se haya establecido entre padres e hijos– de una manera más o menos “violenta”.

Pero aunque no se exprese de forma violenta lo que no puede dejar de darse es el enfrentamiento. A veces ese enfrentamiento se encuentra disimulado tras el alejamiento de los jóvenes de la tutela familiar. En otras ocasiones ese enfrentamiento puede darse en términos de indiferencia hacia la voz adulta, e incluso puede carecer de debates y de críticas permanentes de los jóvenes hacia sus padres y hacia todo lo que representa la sociedad adulta.

Aquí aparece una segunda serie de conclusiones para la actividades comunitarias con jóvenes: es necesario colaborar para que ese proceso de exogamia se dé de la manera más sana, menos dolorosa y más creativa: cuando un joven “sustituye” a su familia por un grupo de amigos lo único que intenta hacer es constituir su subjetividad, su personalidad sin la mirada influyente y endogámica de su familia.

De hecho, si la familia se opone a este proceso exogámico se corre el riesgo de que el joven se someta a reglas de juego que hagan de él un ser tímido, introvertido e incapaz de enfrentarse con el mundo de las relaciones afectivas, amistosas o de pareja. De alguna manera el mundo adulto debe favorecer los “rituales de pasaje” y permitir así que los jóvenes puedan incorporarse a las responsabilidades sociales adultas, debe también aceptar las oposiciones, las críticas y las “provocaciones” de los jóvenes en su afán de diferenciarse y de construir creativamente su “lugar en el mundo”.



Sexualidad adolescente

El tema de la sexualidad entre los jóvenes se relaciona con diferentes aspectos sociales, culturales, educativos y familiares. Gran parte de los jóvenes declaran que la información que tienen sobre el mundo de las relaciones corporales tiene que ver con sus vínculos grupales y, básicamente, con las imágenes que provienen de los medios de comunicación masiva (MCM). Estos medios no son sólo el cine, la televisión, la radio o los medios gráficos sino que en los últimos años se ha agregado un nuevo canal que supone una alta exposición a contenidos de índole sexual, erótica y de diferente valor emocional.

De alguna manera, entre los jóvenes, el sexo dejó de ser percibido como transgresor y subversivo y se instaló de una manera publicitada en el espacio comunicacional. El sexo se ha vuelto un producto comunicacional y un elemento de comercialización simbólica que los jóvenes consumen en términos de imágenes televisivas y erotizaciones múltiples. En este sentido, los jóvenes que se sienten incomunicados –como el protagonista de *Nadar solo*– suelen expresar una angustia muchas veces autodesvalorizadora e incluso autodestructiva. La profusión de la información y sus medios no suelen ser garantía ni siempre dejan espacio para que la subjetividad juvenil logre expresarse.

Estos medios son los mismos que se interrelacionan con la cultura del ciberespacio, es decir el *mail*, el *chat* y los *sites* de Internet.



En las discos, “boliches” o bailantas los jóvenes suelen sentirse libres de la mirada adulta y pueden “pensarse” como sujetos autónomos en vías de construir su identidad sexual y personal.

Uno de los grandes problemas se vincula con los contenidos que aparecen en los medios y la capacidad que tienen los adolescentes y los jóvenes para procesar esa información. Se trata de la poca educación crítica en relación a los medios y las dificultades que poseen las familias –en términos generales– para acompañar el crecimiento de sus hijos, expuestos a imágenes y contenidos que no pueden procesar ni crítica ni libremente.

Esto significa que hay diferentes formas de recibir lo que los medios logran enviar. Y que no todos los jóvenes “entienden” lo mismo de los mismos mensajes: los adolescentes que han logrado procesar información familiar –producto de diálogos francos, abiertos y no dogmáticos u oscurantistas– aparecen como más capaces de ligar la sexualidad a un comportamiento más sano, cuidadoso, responsable y al mismo tiempo más ligado al placer y a la vida.

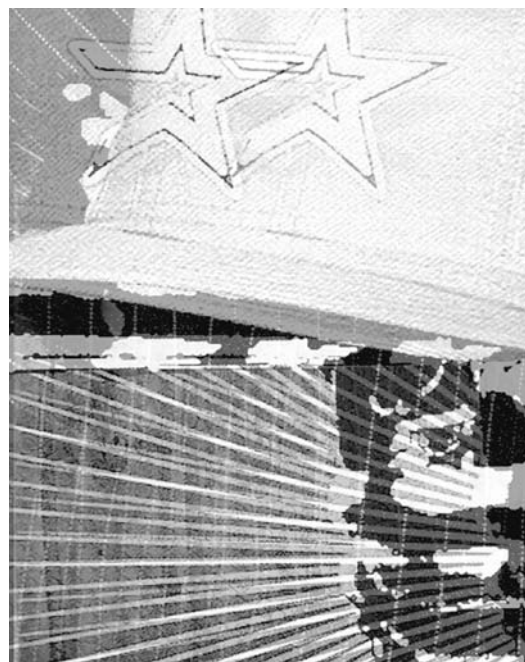
Por el contrario, los silencios familiares o la carencia de recursos críticos disponibles en la familia dejan librado a los púberes y adolescentes a una recepción de contenidos que pueden convertirse en dañinos por asociar la sexualidad a diferentes patrones que hacen de la sexualidad algo ligado al dolor, la perversión, la suciedad, el machismo o simplemente la culpa y la vergüenza. En este sentido no es difícil asociar diferentes conductas dañinas ligadas a la sexualidad: es conocido que una educación sexual ligada a la vida, a la belleza, a los sentimientos y al juego tiene más posibilidades de construir personas ajenas a comportamientos perversos. Por el contrario, la información sexual –que muchas veces se encuentra disponible en forma libre y deshumanizada en diferentes medios– supone altas posibilidades de construir conductas ligadas al patriarcalismo, la homofobia, la deshumanización de la mujer, su constitución en objeto sexual y la asociación entre violencia y sexualidad.

Es sabido que la sexualidad vivida con vergüenza, en el silencio y en el ocultamiento, es más permeable a las conductas cosificadoras de los otros: cuando la sexualidad está ubicada en el terreno de lo pecaminoso y está ubicada en el territorio de lo infernal es pasible de generar muchos más monstruos que cuando la sexualidad es vivida sin complejos y ligada al placer y los sentimientos de valoración de los otros.

Nuestra sociedad genera altos contenidos de erotización. Eso en si mismo no debería tener consecuencias sociales negati-

vas. Los peligros aparecen cuando descubrimos que los conocimientos que tienen los jóvenes sobre la sexualidad aparecen como distorsionados. Aparecen también cuando el producto de esos desconocimientos o esas desvirtuaciones permiten la proliferación de madres adolescentes que han llegado a tal estado por la ausencia de recursos educativos escolares, familiares o simplemente por tradiciones culturales que desconocen el planeamiento familiar responsable.

Se ahondan, incluso, cuando la carencia de recursos informativos y formativos –que el propio Estado debe brindar junto con la colaboración de la sociedad civil y las familias– deja el espacio abierto a males endémicos como el sida u otras enfermedades de transmisión sexual.



El hecho de que los jóvenes se informen básicamente por los medios o por intermedio de sus respectivos grupos de pares no debería generar ningún pánico social si los contenidos que se difundiesen permitieran la generalización de contenidos ligados a una sexualidad vital, humana y cuidadosa de la salud y la belleza.

El problema central radica en que por un lado gran parte de los contenidos culturales que aparecen difundidos están reñidos con estas versiones dignificadoras de la sexualidad humana. A esto se le suma que ni la sociedad ni la familia deciden asumir la educación sexual como tema central de debate que supere el oscurantismo, los tabúes y las versiones que asocian la sexualidad a algo impuro, sucio o digno de ser hablado

en bambalinas o en las catacumbas de lo sórdido y lo vergonzante.

Pero la apertura adulta, incluso hacia al diálogo sobre la sexualidad sana supone debate e incluso una honesta y frontal conflictividad. Los jóvenes demandan este posicionamiento, requieren una construcción crítica de su identidad, necesitan de un “frontón” que permita adquirir los juicios que se sostendrán en la vida adulta. Exigen criterios capaces de resistir la crítica que ellos le deparan. Si no existe ese lugar del cual diferenciarse –por ejemplo por complicidad de los adultos hacia los jóvenes– no les queda “espacio” simbólico desde donde edificar su identidad autónoma, creativa y personal.



La escuela y la familia

El distanciamiento cultural entre el mundo juvenil y el adulto impide una socialización escolar capaz de contener y relacionar los contenidos que los alumnos traen de su socialización familiar y mediática. El producto es, en última instancia, la imposibilidad de contribuir mediante el mejoramiento del clima cultural a una inserción más eficaz en la sociedad de la información y la comunicación.

Son escasas las experiencias, por parte de la escuela, que tiendan a articular el sentido que traen los jóvenes con aquello que históricamente ofrece el sistema escolar: a pesar de los esfuerzos desplegados, históricamente el sistema escolar ha estado más preparado para rechazar las culturas juveniles que para incorporarlas como materia de estudio, investigación y reconocimiento de bienes culturales aportados por los estudiantes.

Los programas de estudio ofrecidos a los alumnos a menudo no otorgan el reconocimiento de esos saberes que traen los jóvenes y en algunos casos sólo figuran para ser estigmatizados o desvalorizados. Además, las diferencias socioeconómicas tienden a ser factores de exclusión escolar no sólo por las carencias y la rápida incorporación al precario mercado laboral, sino porque la escuela ofrece poca flexibilidad y capacidad

Es cierto que la utilidad social de los estudios a menudo parece incierta, que la relación costo/beneficio está demasiado vagamente definida en un sistema donde el valor social de los títulos suele ser bastante difícil de medir. El título puede entonces convertirse en un fin en sí mismo, cuando permite prolongar la condición de estudiante y construir una juventud hecha de afinidades electivas, pequeños empleos y una autonomización progresiva. Por otra parte, las áreas profesionalizadas conllevan a veces cierta frustración intelectual y el temor a salir demasiado rápido de la juventud. De esta forma, los estudios se perciben como una prueba y como una aventura de la personalidad. No marcan verdaderamente la entrada a la vida adulta. Son un espacio al que cada quien se adapta de manera individual.

François Dubet, “Los estudiantes”, en *Revista de Investigación Educativa*, Instituto de Investigaciones en Educación, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, julio-diciembre, 2005, p. 68.

retentiva de quienes se ven obligados a desatender esporádicamente la participación en clase.²³

Tanto los programas escolares rígidos, el vínculo hasta hoy autoritario que caracteriza la interrelación con los alumnos, la inexperiencia del sistema para trabajar con las subculturas juveniles y la preeminencia de modelos individualistas y fragmentarios hacen que no sea fácil la retención escolar y que dicha incapacidad contribuya de alguna manera a reforzar los modelos de exclusión que imperan en el nivel socioeconómico.²⁴

²³ Peter Davies, en “Student retention in further education: A problem of quality or of student finance?”, trabajo presentado en la British Educational Research Association Annual Conference, University of Sussex at Brighton, 1999.

²⁴ Susan Hallam y Frances Castle, en “Reducing exclusion from school: What really works”, trabajo presentado en la Conferencia Europea de Investigación Educativa, Edimburgo, 2000. Una introducción al mismo puede consultarse en <http://k1.ioe.ac.uk/schools/leid/resch/BehavImpro.pdf>

Muchas veces para los jóvenes el mundo escolar no está integrado al mundo que los rodea. Sienten que se trata de dos mundos diferentes. Por su parte, el sistema escolar encuentra dificultades para integrar los saberes que poseen los jóvenes o cuando los integran lo hacen en el marco de condiciones de subalternización, cuando deberían ser relaciones de negociación con los propios jóvenes. Esta distancia se ahonda más porque la escuela no es el único espacio de distribución del conocimiento y existen formatos dinámicos, rápidos y versátiles que logran imponer no sólo contenidos sino metodologías de enseñanza/aprendizaje. Los medios de comunicación masiva y las tecnologías de la información y la comunicación proponen multiplicar las fuentes de saberes pero además disputan un espacio de legitimidad con la propia escuela.

Mientras los nuevos formatos ganan en legitimidad frente a la escuela, ésta a menudo suele desconocer las complejas realidades de la sociedad contemporánea. Los jóvenes advierten en su cotidianeidad que los saberes eficaces dentro del mundo se adquieren en contacto con los medios de comunicación y que la escuela no puede competir con la riqueza simbólica que acumula Internet o con la apertura al mundo que promueve el celular. En ocasiones la escuela también encuentra dificultades para abrirse a los lenguajes estéticos de las imágenes, el video, el diseño, la historieta y la ilustración que aparecen compatibles con la sensibilidad adolescente.

Además, el sistema escolar no logra demostrar, sobre todo a los sectores populares, que el tránsito por la escuela garantiza el acceso al mercado laboral, la movilidad social, ni el reconocimiento social por la obtención de un título. El “éxito” se encuentra cada vez más ligado al mundo del deporte, la televisión o las nuevas tecnologías que suponen, en el mejor de los casos, un aprendizaje informal desligado de la escuela. El éxito económico, además, no está ligado a la escolarización y su acceso puede o suele ser asociado al comercio legal o ilegal, y/o a la vinculación con padrinos políticos o delictivos.

La familia es otra de las instituciones que se ve desestructurada por los cambios de la modernidad tardía. En principio, la familia como institución se ha complejizado al proponer formatos diversos de realización como monoparentales, mixtas, cruzadas, etcétera.

El ideal de familia contemporánea busca reducir la relación institucional, parental y de reproducción económica dejando lugar a la función afectiva de la “pareja”. Al no ser ya un lugar de garantía de reproducción social la familia deja de asegurar las funciones de asistencia que garantizaba hace cuarenta años. La búsqueda de la nueva familia es que la socialización de los hijos sea compartida con otras instituciones. En esta representación, la célula familiar se presenta como débil frente a las demandas de la sociedad dinámica actual.

Al mismo tiempo ha visto reducir la capacidad de los adultos en la imposición de criterios de conducta y el deterioro de la función de los padres en la configuración de las normas sociales, hecho que los desautoriza frente a sus hijos tal cual se evidencia en la película *Nadar solo*, tanto por parte del hijo mayor, Pablo, que se fue de la casa, y del menor —el protagonista de la película— quien busca en el viaje iniciático un sentido a su existencia futura.

La familia contemporánea, además, ha visto cómo la mujer ha ingresado en el mercado del trabajo y se ha reapropiado de su cuerpo conquistando una separación entre la sexualidad y la reproducción.

Ambos cambios han llevado a una pérdida del poder relativo del hombre y a su obvia redefinición de género dejando espacio a la pluralización de los formatos de afectividad y haciendo crecer las familias

monoparentales y los hogares unipersonales en todos los niveles socioeconómicos.

En lo que respecta a la relación con la familia, la escuela se siente “sobrecargada” y cuestiona la poca atención que brindan los padres a la socialización de sus hijos, sin entender los cambios de los formatos familiares y la reducción de los tiempos de contacto entre las generaciones, no sólo por el aislamiento y el distanciamiento provocado por los jóvenes sino por la lógica temporal, que exige mayor cantidad de horas laborales y mayores exigencias sociales de contacto para mantener los capitales sociales en forma productiva.

Diez años después de esta cita se perciben nuevos vientos de cambio en América Latina: la educación vuelve a ser planteada por los gobiernos como un problema “moderno” de integración y ciudadanía social. Sin embargo, esta orientación, a



El sistema escolar suele contar con herramientas limitadas para vincularse con las culturales juveniles.

En estas circunstancias, las escuelas tienen que redefinir sus programas educativos dentro de una concepción posmoderna de la cultura, vinculada a las diversas y cambiantes condiciones globales que exigen nuevas formas de alfabetismo, una comprensión muy ampliada de la forma como funciona el poder dentro de los aparatos culturales y una percepción más aguda de la forma en que se está configurando la actual generación de jóvenes dentro de una sociedad donde los medios de información tienen una función decisiva, cuando no sin paralelo, en la formación de múltiples y diversas identidades sociales.

Henry Giroux, "Educación posmoderna y generación juvenil", Nueva Sociedad, Nº 146, Caracas, noviembre-diciembre 1996, p. 157.

diferencia de lo sucedido cincuenta años atrás, debe enfrentarse con los resabios de una desintegración social probablemente mucho más profunda y –sobre todo– con las reminiscencias aún candentes de un discurso privatista y competitivo donde a los jóvenes sólo les queda el lugar de consumidores o de excluidos.



Los medios

¿Qué percepción se tiene de los “jóvenes” cuando se les “dedica” un espacio, mensajes y/o consejo? ¿Se considera efectiva la sistemática pedagogización informativa de la que es objeto el actor “joven”? ¿A qué tipo de juventud se le habla desde los legitimados megáfonos sociales?

Estas son algunas de las preguntas que remiten a una conjetura central: la existencia de un proceso de homogeneización discursiva destinada a estipular la normalidad de lo que se considera juventud. Caracterización que es estructurada colectivamente incluso con la colaboración (no consciente) de quienes de alguna manera son víctimas de dichas clasificaciones. Enunciaci3nes colectivas que disponen –o intentan (dis)poner– maneras legítimas y modos censurados; estéticas aptas y gustos inadecuados, transgresiones aceptables y rebeldías inadecuadas.

Formas que se instituyen mediante violencias simbólicas específicas y que tienen consecuencias significativas sobre aquellos agentes que no son considerados o visualizados como jóvenes por no poseer los atributos culturales que se esperan en dicho período vital. Al establecerse parámetros cada vez más rígidos y “evidentes” de lo que debe ser un joven se potencian los distanciamientos y las lejanías sociales, tanto simbólicas como materiales, garantizando la reproducci3n

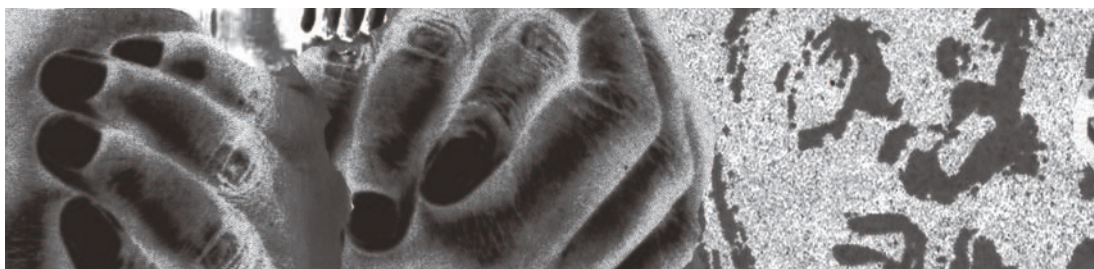
social y las jerarquizadas escalas de dominaci3n.

Señalar las formas que asumen las percepciones de algunos voceros sociales, y los dispositivos de nominaci3n que se utilizan –que de alguna manera incluyen y/o excluyen a diferentes sectores sociales– es imprescindible para explicar algunos de los procesos a través de los cuales se actualizan las diferencias sociales y se establecen los criterios de un “futuro de adulto exitoso” o, en su defecto, de una culpabilizaci3n social basada en una “marginalidad buscada y merecida”.

Las instituciones que definen las “agendas” y los “problemas sociales” –en forma creciente desde los medios aunque también desde la academia, los organismos estatales y las ONG– no poseen la capacidad totalizadora para disponer cómo se procesará o definirá una situaci3n ni qué se opinará sobre una problemática o una discusi3n. Pero sí detentan la suficiencia para imponer la agenda de qué se debatirá, para asignar prioridades de discusi3n, su continuidad o no en el mercado de problemas sociales e, incluso, para definir el tono en que se abordará un tema.

El proceso de naturalizaci3n social referido a “la juventud” ha sido promovido con énfasis evangélico por distintos empresarios morales.²⁵ En los últimos años, desde reite-

²⁵ Se denominan “empresarios morales” a aquellos voceros calificados que promueven posicionamientos puntuales en temas que consideran relevantes por su alto contenido ético, espiritual y humanista.



radas peticiones de principio, se han sistematizado y repetido debates, mesas redondas, encuestas callejeras y polémicas paternalistas encaminadas a aconsejar a los jóvenes y sobre todo a los padres sobre las maneras más adecuadas de una educación para el éxito.

Se sugiere, además, cómo administrar el tiempo de los futuros padres-adultos y cómo regir los pasos de los hijos. Los teleparlamentos donde participan los jóvenes son presentados como una aportación “moderna” a la dilucidación de temas generales o a la profundización sobre cuestiones juveniles específicas. Un rasgo relevante de estos debates es que los encuentros comunicativos se encuentran siempre acotados por contextos de condescendencia, aprobación o puesta en evidencia, mecanismos que funcionan como catalizadores de discursos y promotores de autocensuras.

De las distintas temáticas que están permanentemente en discusión en los programas citados de debate televisivo existen algunas, como las que se relacionan con lo juvenil —o la sexualidad o las adicciones—, que asumen un carácter decididamente doctrinario cuando son abordados. El constante tono de advertencia con el que son presentados y comentados, y la apelación al disciplinamiento que transmiten amenazadoramente, remiten a lo que probablemente sea percibido como parte de un “núcleo duro” de las estructuraciones sociales. Se debe controlar a los jóvenes so pena de convocar el espectro de aquellos sujetos incon-

formistas e iracundos de las generaciones del 60 y el 70. La intimidación presente del ejemplo de aquellos jóvenes funciona como una apelación al pánico y al control social.

Otra de las características de cómo es presentado el/los jóvenes en los debates de actualidad remite a que se nombra —con determinadas características— a una única juventud, segregando a quienes no coinciden con el patrón de integración expuesto. La palabra juventud aparece para presentar a un otro homogéneo (a veces exótico) al que se quiere entender en sus particularidades y esnobismos adolescentes. De ahí que se presenta a los distintos sectores que comparten una edad cronológica como si tuviesen muchas más cosas en común que elementos que los diferencien y se privilegie la pertenencia generacional como un aglutinante de expectativas y necesidades homologables.

Cuando se habla de juventud no se habla más que de una única imagen, aquella que coincide con la evidenciada por los invitados: se invita a los debates a los que se supone que coinciden con la idea dominante de juventud y se caracteriza como joven a todos los que concurren a esos programas. La juventud pasa a ser así una categoría discriminante: los otros, los inadecuados, no son jóvenes, son marginales o simples delincuentes. Se consolida de esta manera un mensaje esquizofrénico que convoca por un lado al pánico moral ante “las tribus salvajes” y, por el otro, a la admiración de lo joven, lo terso, dinámico, alegre, inconfor-

mista y creativo, adaptado a las nuevas formas de la imaginación gerencial y/o tecnológica.

Cuando se habla de los jóvenes en las comedias familiares el imaginario de pantalla pone en acto una virtud que supone la alegría de una fiesta sin compromisos, una cotidianeidad libre de gravedades y tormentos cotidianos. Son pintorescos cuando de la moda y el diseño se trata. Nunca son retratados como sujetos de relatos colectivos. Son congelados en la pasión de entre casa o en las “locuras” de un amor adolescente, inconformista, celoso, posesivo y condicionado por el malentendido permanente: la confusión y el desencuentro “amoroso” aparecen como el máximo de aventura accesible.

Siempre están contenidos por un núcleo familiar para el cual el mundo de la necesidad y las carencias raramente se hacen presentes. Un mundo autorregulado donde el trabajo –cuando aparece– es un tiempo más dispuesto para la proliferación de enredos que una carga habitual exigida por la supervivencia. Enredos vertiginosos, como el expresado en la película *Corre, Lola, corre*, donde el sentido tiene el carácter de una rápida carrera hacia la nada.

Cuando se habla del “joven legítimo” su hogar no posee desocupación. Pero cuando existe –y el joven transita por él– no es más que el resultado de la consuetudinaria y consentida holgazanería de un “loco lindo”. Una realidad donde no se representa el cansancio o es sólo el producto de los enredos.

Una habitualidad donde la presión social y la incertidumbre por el futuro no tienen cabida. Un estado de la vida donde no hay lugar para lo irreversible: todo puede ser solucionado –al ritmo de la decisión personal– porque no existen condicionantes ni determinaciones lo suficientemente fuertes como para vencer la libre voluntad de los agentes.

En ese marco, del voluntarismo más ingenuo, todos los personajes jóvenes son capaces de lograr el éxito, porque ven en la educación una garantía de futuro promisorio al permitir el acceso a la competitividad necesaria para el futuro venidero. La única forma de vida pública que se representa es la que remite a la publicitación de la vida privada. En esta intimidad “publicable” no se manifiestan las discriminaciones familiares, la violencia, el disciplinamiento forzado ni las diferencias generacionales como presencias o problemas: todo es evidencia y naturalidad “democratizada”. Amor filial sin relaciones de dominación.

Lo que el imaginario exhibe no es el conflicto sino los fundamentos estabilizados que lo hacen posible: la propuesta de una docilidad femenina axiomática. La mujer joven, moderna tiene trazado un camino propio, pero en última instancia pondrá por delante los intereses de lo que es “su” institución de pertenencia primigenia: la familia, y junto con ella los atributos contiguos; la emoción, la maternidad, la sensibilidad, etcétera.



La división sexual del trabajo también asume así su representación y cristalización televisiva. La discusión pública de lo joven y de los jóvenes se orienta al mundo masculino “de lo público” (promocionando la denegación confirmadora con la presencia de alguna que otra mujer “interesada” por los problemas públicos; con mayor legitimidad aún si es un área escolar o social, es decir homóloga con la “maternidad”), y la actividad de las jóvenes es canalizada al de lo

privado, encaminado en última instancia al “poder cotidiano” de la casa y el amor filial.

Simultáneamente se prueba que la mujer ya llegó al horizonte deseable de la autonomía. La joven-mujer ha dejado atrás la subalternidad. Ya no existen los problemas de género, son parte del pasado. Se instituye la recurrente exhibición de logros mediante el desfile por la pasarela y los moldes de una reproducción convincente, ágil y moderna: belleza, cuerpo, cirugía, gimnasia y tratamiento facial. Una ortopedia higienista cuyo reclamo más paradigmático es el mandato de la juvenilización eternizada.

La dictadura del ser joven (es decir la impugnación del futuro “absoluto”, la negación de la vejez) se impone como condición para un look donde quedan borradas todas las marcas del paso del tiempo. Las jóvenes pueden continuar con su largo camino. Ya no hay motivo para seguir con una lucha que tuvo su recompensa. De la misma manera que pueden voluntariamente transformar su propio cuerpo están capacitadas para abolir los condicionamientos sociales, sobre todo los patriarcales.²⁶

De la misma manera que las ideas de infancia, pubertad o adolescencia han nacido enmarcadas en nuevas estructuraciones sociales e imaginarios, la noción de juventud ha irrumpido como preocupación polí-

²⁶ No hay mayor garantía de dominación que la que provee una sosegada idea de dominio alcanzado. Cuando el inmovilismo trivial del presente eterno se instaura se hacen más fuertes los lazos de dependencia –las estructuraciones sociales de las percepciones y de las prácticas– que condicionan a la pasividad.

tica en la década del 50 con énfasis reformador (“la necesidad de encaminar a la juventud”) y en ocasiones con asombro expectante: “las nuevas generaciones vienen a poner al día la historia”. Desde esta última perspectiva –presente sobre todo a mediados de los años 60–, se visualizaba a los “representantes de lo nuevo” como los artífices de vanguardias estéticas y políticas.

Hoy se difunden perfiles menos trascendentes: los jóvenes aparecen como los transgresores que permanecen en moratoria y suspensión de responsabilidades hasta tanto se acomoden orgánicamente a las regularidades sociales. Por su parte, en los programas de debate de actualidad se identificaba a los jóvenes como los destinatarios de dos tipos de políticas. La primera de ellas exhorta a la imposición de una ortopedia pedagógica necesaria ante los siempre tentadores caminos del “abismo”: las malas compañías, las prácticas comunitarias, las drogas, la negación de las instituciones familiares; y, sobre todo, el “mal ejemplo” de las juventudes de los años 60 y 70. La segunda convoca a la alabanza técnica e instrumental ante unos individuos promisoriamente penetrados con las nuevas tecnologías de los negocios y la competitividad del mercado.

Estos rasgos intentan instituir una definición y unos atributos de lo que es ser

joven. Dictaminan y trazan las fronteras entre los verdaderos jóvenes y los otros: simplificación binaria que dispone de un lado a los sobrios cultores de las conductas competitivas que el mercado promueve (a quienes permite “el recreo y la irresponsabilidad adolescente”). Frente a ellos –responsables y culpables de la discriminación a priori de la que son objeto al no acceder a los capitales catalogados como imprescindibles para ser definidos como jóvenes– son ubicados los exponentes de la violencia, el crimen urbano, los dealers²⁷ de esquina, el estigma de vereda, el indiferente, el apático, el compulsivo tomador de cerveza o el noctámbulo displicente. Sólo queda ser lo que se espera que se “sea” para que el círculo de la dominación muestre las evidencias de la culpabilidad de la propia víctima.

Un joven así constituido puede rechazar el espejo que se posiciona frente a él. Puede autodesvalorizarse frente a lo que no puede alcanzar. Puede percibir el reconocimiento social de un “ajuste” con sus aspiraciones y percepciones. Puede “quedar afuera” y negar la legitimidad desde donde se construye dicha imagen. Puede suponer, incluso, estar por fuera al desconfiar de las emisiones que intentan pautar la tipología válida de ser joven, sin verse sometido a sus dispositivos de premios y castigos. Pero no puede ser

²⁷ Vendedor de drogas al por menor.

ajeno a lo que se está diciendo de él, a la agenda que se instaló para nombrarlo y constituirlo como agente virtuoso o culpable.



La ciudad de la juventud

Merodear, tirar, yirar, vagar, “salir a pescar” o “trillar” son algunos de los vocablos que se utilizan como sinónimos de salir. Escapar de la rutina es el mandato. Salir, lejos de la familia y de los signos que recuerdan la cotidianeidad. Quedarse aislado de un grupo de pares, sentirse ajeno al amontonamiento puede ser percibido por un joven con una fuerte sensación de ajenez, melancolía y de disfuncionalidad, tal como queda evidenciado en la película *Nadar solo*.

En los últimos años asistimos a un cambio en las formas en que los habitantes de las ciudades se relacionan con ellas. Esta metamorfosis está directamente vinculada con las percepciones, vivencias y hábitos con que se “ocupa” y se transita el espacio público. Para la comprensión de dichos cambios es imprescindible redefinir un mapa cognoscitivo que permita visualizar las distintas formas en que se articulan las matrices culturales, los espacios (el barrio, la vivienda, los centros de consumo, etcétera) y cómo éstos son influidos por los originales modos de percibir la ciudad.

A diferencia de lo señalado por Habermas, en el sentido de que en los orígenes de la modernidad la esfera pública era el lugar paradigmático de la racionalidad determinante del orden social, hoy en día se constata un repliegue hacia los espacios de

Durante el fin de semana los jóvenes acceden a un espacio que viven como propio y lo experimentan como una contraposición del resto de la semana. El fin de semana es cuando pueden estar con sus amigos e iguales de una forma distinta a como se relacionan durante la semana y tienen la oportunidad de expresarse fuera del control de sus mayores, además de elaborar y aprender estrategias nuevas y específicas a su generación de sociabilidad. Por tanto, el espacio recreativo y el del ocio en general, tiene un alcance muy importante como lugar central en el aprendizaje donde se adquiere una parte del bagaje con el que los jóvenes accederán a la vida adulta.

Amador Calafat Far, en Cultura de la diversión y consumo de drogas en España. Características diferenciales con Europa, IREFREA, Comisión Europea, en <http://www.drogascadiz.es/AdminManLaJanda/UserImages/c1141e4c-946c-4bd5-a2ab-ff092c323e77.pdf>



La noche como territorio dominado por los jóvenes aparece como un espacio donde la mirada adulta permanece ajena y los jóvenes sienten que pueden ensayar su identidad sin miradas de censura.

la intimidad doméstica, hacia los lugares que denominamos “público-privados”, y hacia una segmentación del espacio “común” en términos de apropiación material o simbólica: cada ciudad y cada pueblo tiene lugares parcializados para cada sector social. Ya no hay lugares de “cruce” porque cada grupo social transcurre por circuitos diferentes.²⁸

²⁸ Entendemos por espacios “público-privados” a aquellos lugares que ofrecen una fachada de libre acceso pero que sin embargo están asentados sobre la base de diferentes mecanismos de exclusión: materiales, sociales, simbólicos, etcétera.

Históricamente la ciudad suponía la apropiación práctica y simbólica de espacios diferenciados que constituían parte significativa de la memoria colectiva. En los últimos años se han ido diluyendo algunas de las “marcas” urbanas que permitieron en otras épocas configurar las credenciales identitarias más firmes.

Los lugares públicos de socialización –clubes, cafés, plazas, cines de barrio, sociedades de fomento, etcétera–, que desde el siglo pasado habían constituido el referente de la interacción social y del esquema imaginario que articulaba la relación del habitante con el medio urbano (otorgándole un sentido de pertenencia territorial y de diferenciación grupal no discriminatoria), prácticamente han desaparecido como soportes de los procesos de integración urbana.

Simultáneamente, sin embargo, han nacido otros: si utilizamos la analogía dramática para analizar la ciudad –metáfora por otra parte muy exitosa en el campo de las ciencias sociales– podríamos decir que se han redefinido escenarios y se han conformado “espectáculos” que se ofician “con derecho de admisión y permanencia”, configurando claros esquemas de prestigio y exclusión.

La ciudad propone cotos infranqueables, claustros barriales con personal de seguridad en las esquinas, sitios de alto consumo que operan con sutiles o explícitas fórmulas de rechazo, lugares que propician círculos herméticos para evitar la presencia de los “no iniciados”, los “oscuros”, los marginales.

La violencia urbana, los progresos comunicativos de la informática y de los medios de comunicación masiva, la decadencia de la gestión ciudadana como mecanismo generador de propuestas políticas, etcétera, han propiciado que los proyectos colectivos y los imaginarios sociales sean menos influenciados por el espacio público.

La cultura urbana también ha sufrido transformaciones vinculadas a la tecnocultura. Cambios que han promovido un “acercamiento” del espacio público a través de la pantalla y al mismo tiempo un distanciamiento: el territorio se va configurando como lugar visible, como simulacro, más que como sitio ocupable y palpable.

Se tiende a convertir en imagen, en espectáculo, en “ventana” desde donde se desvaloriza la ciudad como trayecto, como interacción, como paseo. La ciudad ya no se vive desde “afuera” sino que puede ocuparse imaginariamente desde las antenas y las parabólicas. La visibilidad de lo que es posible distinguir pasa por la realidad constituida desde una pantalla.

Todo ello promueve la tendencia a que gran parte del nuevo escenario urbano asuma las características de “no lugar”, descrito por Marc Augé: pasajes donde los cuerpos se desplazan en anonimato, siempre de paso, sin referencias de anclaje. Un mundo público que sólo se transforma en tal cuando es consumido desde la TV. Nacimiento de una ciudad virtual que cobra mayor peso en el imaginario que la ciudad tangible. Este proceso es parte de lo

que ha sido nominado como “desterritorialización”, contribuyendo a la conformación de una nueva simbolización urbana que posee originales patrones de registros imaginarios.²⁹

Otro factor a tener en cuenta es el fenómeno de globalización que tiende a planificar ciudades similares, calcadas sobre la base de un patrón singular al costo de desvirtuar las particularidades y los patrimonios culturales que se han emplazado en ellos. Al mismo tiempo se produce una profunda fragmentación y descentralización de los espacios, y con ellos de las referencias de sus habitantes: ya no hay un “centro” único en el que confluyan y se integren las diferentes perspectivas espaciales sino que cada “tribu” se desplaza por entornos limitados.³⁰

Al mismo tiempo, los territorios se constituyen en emblemas o estigmas identificatorios: hablan de distinciones y de discriminaciones, no ya de referencias urbanas “transitables”. En síntesis: los espacios urbanos poseen cada vez más fronteras discriminatorias, generan mayores necesidades de identificación y pertenencia y al mismo tiempo mayor sensación de ajenidad. Los

territorios están marcados por zonas propias y enemigas. Por lugares transitables y lugares prohibidos.

Esta percepción profundiza la sensación paranoica de “defensa y apropiación” violenta del territorio generando en ocasiones conflictos por su ocupación o por la dominación del mismo por parte de diferentes grupos juveniles. Las “marcas” territoriales son asumidas, sobre todo durante la noche, como pertenencias simbólicas, como lugares para dibujar *graffiti* o demostrar una fortaleza espacial.

El tiempo, al igual que el espacio, también esta condicionado culturalmente. En las últimas cinco décadas el tiempo libre se ha industrializado y los consumos culturales urbanos se han diversificado en forma creciente, generando profundos cambios en las formas en que se perciben e interpretan las temporalidades ligadas a su uso. Tanto las ofertas como las prácticas y las formas subjetivas de vivir los tiempos individuales y grupales han visto profundos cambios.

Las tendencias internacionales han generado “maneras” más o menos legítimas de vivir los tiempos no productivos. A nivel

²⁹ La “desterritorialización” es, según Néstor García Canclini: “La pérdida de la relación natural de la cultura con los territorios geográficos y sociales” (véase: *Culturas híbridas*, Editorial Grijalbo, México, 1990, p. 288). Este proceso genera, entre otras derivaciones, la segmentación del territorio al parcializar los centros, otorgando a cada sector social un “centro” particular y evitando de esa manera, en un mismo espacio urbano, el contacto entre diferentes clases o grupos sociales.

³⁰ Tomamos la categoría de “tribu” de Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990. Remite a la conformación de grupalidades que tienen una gran mutabilidad y obsolescencia temporal y que, al mismo tiempo, participan de relaciones guiadas por liderazgos naturales donde lo emocional tiene un rol fundamental en la configuración de los vínculos.



familiar, por ejemplo, los cruces entre padres e hijos se han visto alterados por temporalidades cada vez más limitadas por variables generacionales: existen tiempos específicos para los niños, para los adolescentes y los jóvenes. Tiempos vertiginosos para los jóvenes –como en el caso de *Corre, Lola, corre*– y tiempos carentes de sentido como en *Nadar solo*. Tiempos para la búsqueda del sentido, como en *A los trece* o tiempos en los que la ciudad quiebra la temporalidad semiurbana de la casa de la infancia de Caterina.

La correlación entre los géneros también ha visto mutaciones relevantes: en determinados sectores sociales –seguramente no en todos, aunque esto sólo ya sea un índice de cambio– es considerado aceptable que las mujeres dispongan temporalidades particulares. Esta utilización diferenciada ha configurado nuevos tipos de sociabilidad femenina que seguramente recién en los últimos dos decenios podemos percibir con claridad.

Las configuraciones familiares relacionadas con la organización temporal también han sido atravesadas en el último lustro por la precarización laboral, que ha afectado básicamente a los hombres. Criados con la

obligación de un uso sistemático y responsable de los tiempos laborales, la masculinidad ha sufrido un golpe destabilizador al tener que adaptar los mandatos de jefe de familia a la posibilidad de que la mujer contribuya más decisivamente en el mantenimiento del hogar.

En este marco, el ocio, juntamente con los “tiempos muertos” del desempleo o el subempleo, han generado una serie de ambigüedades y angustias de organización cotidiana que han tenido como víctima a todo el núcleo familiar y especialmente a los hijos.

Con inversión denodada, sin embargo, se trata constantemente de “aprovechar el tiempo”, de dotar la vitalidad de un “aprovechamiento”, de una utilidad marcada por la medida exacta del cronómetro. Lo que el taylorismo laboral supuso en el siglo XIX, como patrón taxonómico de regulación corporal, el tiempo libre actual lo asume como tendencia, como efectividad, como buen uso del tiempo. Las reglas mercantiles de intercambio, el mercado, se expresan así como ritual de uso temporal: superexplotación de las temporalidades íntimas (incluso a nivel de las prácticas sexuales), carrera por un futuro regular y constante, y subjetivida-

des corridas por la velocidad de una economía vital ortopedizada.

¿Qué supone esta hegemonía temporal, este súper yo incuestionado? ¿Cómo se procesa o se decodifican sus mandatos? ¿Cómo sus palabras se hacen carne en la vida cotidiana? Iniciar los ensayos de una respuesta supone comprender la capacidad reguladora de una política (o una anatomopolítica, al decir de Foucault) de la regulación; un autocontrol interiorizado que impide disfrutar –incluso aunque sea presente continuo de la noche sin futuro–, abandonarse en la temporalidad construida desde las necesidades particulares. Autocontrol que muchas veces es la expresión vulgar de un equilibrio mundano.

Supone comprender los efectos de limitación a la creatividad, porque su timing no es mensurable, no es el resultado de una previsión temporal (aunque se le puedan obviamente dedicar “horas”). A diferencia de las rutinizaciones postuladas como único orden, la creatividad reclama (busca) lo que no se tiene, lo que parte de lo creado para ser otra cosa, lo que no se sabe (y por lo tanto no se sabe “cuándo” se encontrará o siquiera si se encontrará). Y eso exige el juego –no importa si sistemático o aleatorio, no importa si obsesivo o indiferente– de la imprevisibilidad; de lo que todavía no existe.

Por el contrario, las inversiones temporales utilitarias (“el tiempo es oro”) son anunciadoras cerradas: necesitan el fin como principio, como corte, como mensurabilidad de inversión. Reclaman la planificación

y su estabilización en una jerarquía donde no hay lugar para la reflexividad o el cuestionamiento de las condiciones de posibilidad de toda objetivación (artística, científica o emotiva); lo lúdico, la economía emocional y la creatividad comparten un rasgo común enfrentado a las temporalidades pragmáticas dominantes: la ausencia de fin como precondition; la ausencia de cronograma. ¿Significa acaso que todas las subjetividades están atravesadas por las mismas variables de economía temporal o su equivalente –postulado como rechazo– de presente continuo? No. Las subjetividades poseen capitales diferenciados que pueden o no resistir, enfrentar, procesar, o someterse a las reglas del juego temporal.

Los condicionamientos sociales nunca asumen el valor de la determinación. Las socializaciones dominantes siempre ofrecen flancos de objetivación y reinterpretación. Pero esta potencialidad no dice nada acerca de su existencia como factor de producción de prácticas y conductas. No dice nada acerca de su existencia como pauta, mito o ritual. Habla simplemente de lo instituido y de los intersticios. Mientras que la lógica de los ritmos temporales reclama un uso estabilizado, su renuncia supone costos, diferenciaciones e incluso (auto)exclusiones.

Paul Virilio comenta en varios de sus ensayos que la aceleración y la velocidad son las características epocales más significativas de nuestra modernidad. La aceleración es el resultado de la obsolescencia creciente de los momentos: existe una inflación de la temporalidad y su velocidad multiplica las



representaciones simbólicas de la realidad hasta “perder el origen” del que provienen. Aunque la cosmovisión viriliana equivoque el lugar del origen, lo cierto es que la simbolización creciente del mundo y la multiplicación de las “realidades” que conlleva permiten agregar una explicación más a la temporalidad “perenne”. El tiempo libre y el ocio (que no son lo mismo, como explicaremos más adelante) son atravesados por la misma lógica de aceleración que sugiere a los padres pensar “actividades” que permitan aprovechar los tiempos muertos de sus hijos (como queda en evidencia en la película *Caterina en Roma*, donde el padre busca “ascender” socialmente mediante el contacto que su hija pueda llevar cabo en su escuela). El “no hay tiempo que perder” no se orienta a la emotividad –o a la vitalidad, al decir de Bergson– sino a la utilidad vertical. Al aquí y ahora de la productividad visible y constatable. Eso es lo que probablemente más diferencia a los jóvenes actuales de los grupos etarios precedentes.

Norbert Elías fue uno de los primeros investigadores que han puesto el énfasis en diferenciar el tiempo libre de otras dimensiones de la vida social, superando su con-

ceptualización como apéndice, resultado o consecuencia del trabajo. Elías se encargó de dotar al estudio del ocio y el tiempo libre de un estatus propio, de un abordaje autónomo, desprovisto de la concepción que explica todo tiempo “no productivo” como una consecuencia directa e inequívoca de las lógicas existentes en otras temporalidades. Abordar las temporalidades no productivas implica sugerir que el tiempo libre también es “productor” de relaciones sociales y subjetividades distintivas.

Tiempo libre no es lo que mismo ocio. El tiempo libre define a aquellas prácticas que se desarrollan rutinariamente, en el marco de condiciones y regularidades preestipuladas. El cuidado del propio cuerpo (bañarse, comer, reposar), la participación en reuniones familiares, la atención de mascotas o el sentarse frente a la televisión implica un nivel de reiteración, previsión y regularidad ajenas a la creatividad o aleatoriedad que caracteriza al ocio. El ocio, por el contrario, describe aquel grupo de actividades que son percibidas, por los mismos actores, como des-rutinizadoras, y que implican una “inversión emotiva” de mayor intensidad que las usuales, como por ejem-

plo la práctica (no profesional) de deportes, la concurrencia a espectáculos, los paseos o las salidas nocturnas no preconcertadas. El ocio supone una serie de actividades informales caracterizadas por una serie de encuentros no previstos.

Otro de los fenómenos recientes es la creciente cercanía y yuxtaposición entre los tiempos dedicados al trabajo (los tiempos regulados/productivos) y aquellos que históricamente merecían una dedicación autónoma: el tiempo libre y el ocio. Si el trabajo remitía a una esfera más o menos pública, su contracara, las temporalidades liberadas de las obligaciones, reenvían su problematización a la interrogación de lo privado. Mientras estas fronteras se hibridan crecientemente, los sujetos aparecen atravesados por la ambigüedad de su tránsito.

El trabajo invade crecientemente la privacidad, y la intimidad se hace transparente detrás de una publicitación especular. La vida privada de los “famosos” se expone como placer visual voyerista, y la modelización corporal correlativa demanda cada vez más cuidados –y tiempos– de gastos estéticos: las inversiones en las presentaciones mundanas se hacen cada vez más importantes en el ocio público. Los capitales corporales son evaluados milimétricamente con una serie de parámetros cada vez más exigentes y jerarquizados. Las huellas de las pertenencias sociales y simbólicas se hacen cada vez más sutiles e iniciáticas: la producción corporal del tiempo libre funda así una nueva serie de exigencias estandarizadas y medibles.

En el seno de las redes familiares las demandas se ven cruzadas por un productivismo eficaz que exige a los hijos constantes esfuerzos de formación/preparación/socialización no institucionalizada para un futuro donde el tiempo asume las veces de un horizonte darwiniano apto para los más capaces. La computadora ocupa el lugar –aunque sea utilizada únicamente para juegos reiterativos– de los saberes necesarios y los tiempos libres bien utilizados. La publicitada superexplotación solemne de la temporalidad infantil se postula como ortopedia básica de control emotivo. Se trata de forjar *handicaps* en una guerra por saberes que pueden conseguirse a mayor velocidad.

El tiempo asume la forma de la inversión primordial, y el ocio contemplativo, relacional, emotivo, deja paso a nuevas formas de tiempo libre productores de jerarquizaciones y exclusiones. Su otra cara, el transcurrir de un presente continuo donde lo importante –como rechazo juvenil– asume un transcurrir sin esperanza, se postula como una alternativa de indiferencia frente a la demanda acumulativa e instrumental. La noche se presenta como uno de los “lugares” más adecuados para oponerse (sin oponerse) a esta manifestación instrumental. Es la cotidianidad sin fin. El presente perpetuo. La ausencia de esperanza. Frente a tanta planificación estandarizadora muchos jóvenes asumen una resistencia que no deja de ser funcional –como consecuencia no querida de la acción– del productivismo temporal. No fundan otras temporalidades, las inmovilizan.



En las últimas décadas esta temporalidad del ocio ha sido mercantilizada en forma creciente hasta imponer modos de utilización y gustos, dando lugar al desarrollo de una industria de la diversión nocturna que ha rutinizado los usos y consumos. Dicha mercantilización impuso géneros, músicas y locales específicos para que cada grupo se identifique. Existen locales para los cultores del *rock* pesado, ámbitos para las bandas *under*, bares de *punks*, boliches de tecno, de *rock*, de marcha, etcétera. La industrialización del ocio fue eliminando cada vez más la creación individual del ocio, la posibilidad del contacto con el diferente.

A pesar de que la temporalidad sobre la que está montado el ocio supondría una negación del tiempo disciplinado, la noche no parece ser vivida con la displicencia que esta máxima aconseja. De alguna manera, los productos de diversión fabricados para gustar consolidan una percepción del tiempo que no parece ser diametralmente opuesta, ni peligrosa o “disfuncional” a la noción dominante del tiempo. La noche tiene sus apuros, sus ansiedades y afanes medidos por un reloj, sus llegadas temprano y sus llegadas tarde. Las salidas nocturnas son vivenciadas con una gran excitación por amplios sectores de la población juvenil, quienes

planifican con esmerada dedicación –incluso con meticulosidad– sus entretenimientos, encuentros, salidas y diversiones.

Esta “inversión emotiva” hace que distintos grupos, y especialmente aquellos que son considerados jóvenes, tengan la exigencia (y el permiso) de salir a exhibirse, de ser parte de un escenario específico en el que sean tenidos en cuenta, mirados, admirados; en síntesis, valorizados. En dichas salidas nocturnas –y en toda la gama de actividades que caracterizamos como ocio–, se intentan maximizar (legitimar, conseguir, mejorar), no siempre en forma consciente, los beneficios del lugar que se ocupa en la sociedad, exponiendo valores mundanos (gustos, estilos; el tener clase) y señales de fortaleza social que concedan una acumulación de juicios positivos por parte de los otros.

En las dos últimas décadas, durante las noches, han proliferado y se han fragmentado las formas de acreditación simbólica y de reconocimiento (de “prestigio nocturno”) a través de la puesta en funcionamiento de múltiples artilugios –muchas veces fabricados en y para la noche y otras tantas “importados” de la temporalidad diurna–, como la indumentaria, la palabra (su pronunciación, acento y sus modismos), las

posturas corporales y/o la posesión de determinados saberes. Unos se distinguen de otros por conocimientos (que son simultáneamente valores, estéticas coherentes y homologables entre sí). En ciertas ocasiones, sólo aquel que está conectado con lo que sucede, con lo *fashion* es quien puede cruzar las puertas de entrada a un “nosotros” feliz, divertido, privilegiado.

Las salidas nocturnas se han convertido en una actividad para competentes, para preparados o iniciados. Para gente que puede decodificar señales, entender lenguajes o reconocer ritmos y locales bailables. Parecen ser, también, un ritual compulsivo regido por un mandato cultural que los medios de comunicación masiva (MCM) se encargan de potenciar y reforzar al sugerir su trascendental importancia y su carácter imprescindible en la constitución de toda afectividad, amistad o sociabilidad. Los MCM sugieren la ropa que se debe usar de noche y extraen sus estéticas de las utilidades e indumentarias de los sectores dominantes.

Los MCM escenifican en las videoimágenes y en la gráfica del “*jet set* de la alegría” las fiestas nocturnas de las elites. Retratan y reproducen los lugares bailables considerados “de onda”, a la vez que aconsejan cuál es la ropa elegante y las formas de comportamiento para brillar en un mundo que se muestra como perfecto. Un mundo cuyas particularidades son el entusiasmo, el desborde, la alegría: el encanto de la seducción y del éxito mundano. En las revistas “de

actualidad”, “del corazón” o en las de “interés general” se reproducen insistentemente las imágenes de las noches brillantes de la alta sociedad y de la farándula del espectáculo político y/o televisivo. La vida social se espectaculariza y se publicita bajo las luces estroboscópicas de los salones de las fiestas privadas y los boliches. La “actualidad” de estas revistas es en gran parte la novedad de la noche. Un alto porcentaje del centimetro total de las imágenes que aparecen en éstas exhiben los vestidos de noche y las sonrisas nocturnas de la ciudad.

En forma coherente con esta difusión, la noche es asociada con la temporalidad donde se constituye la diversión y la alegría.

Salir, lejos de la familia y de los signos que recuerdan la cotidianeidad. No agruparse en determinados boliches es vivido –y sufrido– como una condena a no poder relacionarse con los coetáneos. Una privación o amenaza de ser catalogado como analfabeto en relación a los códigos mundanos, la socialidad “alegre”, “lo bueno de la vida”, etcétera. Salir las noches de los fines de semana es significado como la posibilidad de contacto e identificación con otras personas que comulgan con estéticas u “ondas” similares.

Los locales nocturnos brindan el escenario para este intercambio: juegos de luces que irradian y cobijan un clima de ilusiones y seducciones en el marco de una temporalidad –supuestamente rechazante de la inversión productiva– cuyo transcurso parecería no admitir pasado ni futuro. Un “pre-



sente puro” donde se consolidan formas a veces preexistentes de segregación cultural pero que asumen nuevas y originales expresiones. Formas que están destinadas no solamente a ser comunicadas en el marco de rituales específicos sino que tienden fundamentalmente a aumentar y multiplicar las fronteras y las distinciones sociales. Diferenciaciones que se establecen sobre la base de un imaginario social –que generaliza el modelo “válido” de lo que debe ser un joven– para el cual la noche es la fuente única de realización de los deseos más ocultos: efectivizaciones de todas las fantasías que el tiempo “productivo” o diurno anula, oculta o disimula.

Una de las características de esta expansión de la nocturnidad es la apropiación de los territorios de la noche por parte de distintos grupos que despliegan códigos muchas veces ocultos durante el día. Tribus que comparten, intercambian y oponen sus

lenguajes en el escenario de la noche, alumbrados por las luces intermitentes y rítmicas de los locales bailables o por las metálicas lámparas de neón de las calles, los espacios públicos, las plazas, o las veredas. Para muchos de estos grupos las conductas, las presentaciones en público y los modismos lingüísticos, son los parámetros iniciales a la hora de identificar y diferenciar los gustos que los definen. Para otros, la información que se posee sobre músicas, lugares o locales “de onda” es sustancial.

Los hábitos ligados a la vida nocturna en los últimos años se expandieron y generalizaron, motivados, por un lado, por la multiplicación de las ofertas y, por otro, por la demanda de quienes desde la más temprana adolescencia consideran las noches del fin de semana como momentos en los cuales pueden agruparse libremente y relacionarse con mayor intimidad sin sentir la mirada fiscalizadora de los adultos, sean éstos los padres o los patrones.

Este tipo de salidas ha motivado cambios urbanos en la fisonomía de la ciudad, potenciando el principio que hacía de las salidas nocturnas, y de las zonas de la ciudad a las que se concurría, un parámetro válido para juzgar el prestigio y el ascenso social. Más aún, los locales bailables y los ritmos musicales que allí se escuchan son el principio inicial de medición del gusto vulgar o distinguido.

El prestigio social se busca y se expone, entre otras formas, a través de la asistencia a determinado bar de moda o boliche de

renombre. Poder atravesar la puerta (sortear la frontera que divide, clasifica e instituye) supone la adquisición de un reconocimiento social que es una ganancia simbólica, un crédito que autoriza a formar parte de un colectivo, que erradica una gran parte de la sospecha y de las miradas de desconfianza. La existencia de estas “puertas” clasificatorias tranquilizan a quienes saben que esas son zonas aptas para el establecimiento de estrategias de contacto afectivo o búsqueda emotiva, y que por lo tanto deben concurrir a locales en los que se garantice la presencia de los iguales.

Se percibe la nocturnidad como un territorio exento de coacciones y mandatos, opuesto al tiempo diurno al que se considera más reglado y medido. Se asocia con una ausencia de regulaciones. No están los encargados de recordar e imponer las pautas que regulan las prácticas cotidianas, lo que hace que sea vivida como un lapso carente de compromiso por estar desvinculado de lo laboral y lo familiar. La noche es percibida como lo no utilitario, como el tiempo del desenfreno. Pero esta percepción que afirma la ausencia de regulaciones deja entrever simultáneamente una de las claves de la temporalidad nocturna: la presencia de fuertes regulaciones simbólicas que se tienden a obviar en nombre de una ilusión anómica.

La primera imposición es salir, no quedarse afuera (“si te quedás en tu casa estás ‘aut’ ”) Otras están ligadas a restricciones que exigen una trayectoria social específica y una preparación cuidadosa. Existe, entre

otras normativas, un horario preestipulado para iniciados; condenas para aquellos que son solitarios, o ironías para quienes se acercan al lugar equivocado.

Quienes entre otras concurren a las discos “*top*” suelen construir sus reglas de inclusión/exclusión sobre la base de identificaciones que no son puramente económicas, por ser éstas, de alguna manera, “fáciles” de obtener. Se trata de evidenciar la posesión de un capital social (unas formas de hablar, de dirigirse a los otros, de trasuntar una pertenencia “natural” de elegancia mundana), de la adscripción a un estilo o gusto y a capitales culturales específicos como conocimientos o titulaciones. Estos capitales son portados y presentados, sobre todo por los “habitués” de las discos consideradas de “alto nivel”, como “innatos o inalcanzables” (por incapacidad de origen) para aquellos que no los poseen.

De esta manera los códigos mundanos en general y los nocturnos en particular —las formas, el trato—, aparecen como los atributos únicos que se requieren para ser parte de un colectivo determinado, ocultando y excluyendo el carácter (también) económico que toda práctica de este tipo posee. Esta búsqueda por disimular el carácter económico de las diferenciaciones sociales pretende legitimar los gustos sobre la base de una distinción naturalizada y por lo tanto impenetrable para el vulgo: el “grasa” puede llegar a tener dinero, pero nunca tendrá buen gusto. Constantemente se trata de disimular el trasfondo económico de las prácticas.



La noche ha sido apropiada por los jóvenes. Es la expresión temporal de una supuesta ausencia de controles.

Tanto la inversión temporal productiva de un ahorro obsesivo para el futuro como las imágenes repetidas de un videoclip posado para los flashes o las luces de la noche ponen de manifiesto ritmos no autónomos, carreras o quietismos flagelantes, enajenaciones de impostura y subjetividades condicionadas por algo que se decide siempre desde afuera. La postulación de tiempos propios y plurales remite a repensar construcciones cotidianas alejadas tanto del racionalismo instrumental como del presente eterno característico de los modos hegemónicos del ser adolescente actual.

Culturas juveniles urbanas

Es la fiebre de la juventud lo que mantiene al resto del mundo a la temperatura normal.

GEORGES BERNANOS

El territorio, el acento, el gusto musical y la indumentaria aparecen como las coordenadas iniciales de reconocimiento con las que los jóvenes se hacen una idea de “quién es” y en “qué” lugar del espacio social se ubica a los semejantes y a los extraños. A partir de preguntas como “¿qué ‘onda’ tiene ese boliche?” o “¿qué música pasan?”, los habitués de las discos y de las bailantas disponen y marcan la localización de sus interlocutores. Denotan constantemente un interés y una necesidad por “colocar” al otro en algún lugar, y autoubicarse en relación a lo clasificado.

Lo que hace que estas apreciaciones sean relevantes es el conflicto cultural del que devienen, y el que proyectan a la sociedad al instaurar muchos de estos principios de clasificación en todas las temporalidades. La diversión y la alegría (el ser “divertido” entendido como la utilización adecuada de determinadas reglas de urbanidad y de desenfreno) aparecen como una forma eficaz de reconocimiento social. Las diferencias de lugares dentro de un mismo género suponen diferencias de gustos muchas veces infranqueables.

Cada vez hay más subgrupos juveniles y las distancias que entablan entre sí se establecen sobre la base de signos muchas veces imperceptibles para quienes no son iniciados. A través de esta trama simbólica se etiquetan las trayectorias sociales, los itinerarios, y se le

asigna a los extraños determinada “naturaleza” de acuerdo con los consumos practicados.

En las grandes ciudades de todo el mundo se han expandido en las últimas décadas diferentes grupos juveniles identificados con modismos culturales ligados a los diferentes géneros de la música rock. Algunos de estos grupos han sido investigados en distintos países por la relevancia que asumen en la socialización de los adolescentes y los jóvenes, por la propagación de códigos, estéticas y lenguajes que exhiben y, en ciertas ocasiones, por las formas e intensidad de violencia que promueven.

Muchos de los símbolos que estos grupos portan aún permanecen desconocidos para las ciencias sociales y son abordados asiduamente desde una perspectiva moralizante: se habla de tatuajes, marcas en el cuerpo, de usos de cadenas, aros, alfileres de gancho y otros signos identificatorios sin profundizar en los sentidos que los generan, en la capacidad semiótica de los estilos sobre los que se instituyen, ni en las resignificaciones que les otorgan –luego de las “importaciones”– quienes los usan y les confieren valor.

Las discriminaciones y diferenciaciones que producen estas pertenencias juveniles parecen remitir a los recursos que cada grupo juvenil urbano pone en ejecución cuando produce o adapta sentidos y cuando se vincula con otros agrupamientos, conformando procesos de identificación ligados con una “institucionalización de la transgresión” que los jóvenes tienen permiso para disfrutar en una etapa de su adolescencia.

Esta suspensión de las responsabilidades que ha sido catalogada como una “moratoria juvenil”, supone un contacto y un nexo con quienes otorgan tal autorización. Vínculo que queda expuesto en las espectacularizaciones estéticas que acompañan los usos que de la ciudad hacen estos grupos, y en los mecanismos comunicativos que en ocasiones se convierten en expresiones valorativas de la sociedad.

Manifestaciones que no dejan de fragmentarse continuamente, y que a pesar de su rápida obsolescencia colaboran en la producción de sentidos que van dejando huellas tanto en las prácticas que realizan como en las formas en que los distintos colectivos entienden el mundo que los rodea.

Los ademanes de las diferentes tribus rinden culto y promocionan imágenes salvajes de sí mismos como forma de diferenciación del mundo adulto, al que inscriben críticamente en el mundo de la sensatez y el equilibrio. Por su parte la imagen social hegemónica visualiza las tribulaciones juveniles como movimientos moralmente disruptores difundidos en lapsos de irresponsabilidad inicialmente tolerada o estigmatizada.

Frente a las visiones que los adultos y los medios pretenden hacer de ellos las distintas grupalidades juveniles ejercitan ensayos de autoetiquetamiento expresivo, orientados a convocar provocadoramente la mirada pública con un doble objetivo: competir por el reconocimiento social que les es negado de otra forma y disputar –en el interior del mundo juvenil– la visibilidad en la pantalla mediática, dispuesta como signo urbano.

Las tribus se saben miradas por los medios (y por los miedos sociales) y ejercen una reflexividad intuitiva frente a esa visibilidad. En este monitoreo de los medios, de la advertencia represiva de los adultos y de la resistencia ambigua a las percepciones sensatas de la cultura productivista de sus padres es donde se juega la inversión más evidente. La afirmación social más exitosa aparece básicamente como el producto de una identidad nombrada por el respeto, la atención o el miedo de los otros.

Entre estas tribus aparecen dos que por su vinculación con la violencia han trascendido las simbologías y han pasado a estar en las agendas de las políticas represivas o sociales. Los punks y los skinheads tienen su origen en Liverpool, Manchester y Londres.

Todas estas tradiciones de socialización juvenil evidencian la existencia de un campo simbólico específico en el que se constituyen valoraciones y reconocimientos de signos, músicas y todas las demás formas de capital simbólico eficientes dentro de él. Campo que supone, por lo tanto, la existencia de un espacio juvenil relativamente autónomo, que tiene su génesis aproximadamente en la década del 60, cuando la categoría “joven” asume atributos demográficos y generacionales de diferenciación e incluso de oposición a lo que se supone como el mundo de los adultos. A partir de este decenio las producciones difundidas por las industrias culturales y orientadas a estos grupos etarios empiezan a ser creación específica de grupos juveniles.

Esos colectivos generan formas de relación que permiten escenificar pertenencias y

referencias. Permiten también acceder a las miradas públicas, a ser reconocidos y observados. Permiten, y esto es probablemente lo más importante, tener existencia social para “los otros”, para los adultos. La observación de las instituciones sociales aparece garantizada por la indignación que producen algunas marcas, el *body piercing*, el desorden, los gritos y el salvajismo provocador o el hedonismo que expresan y que buscan denotar.

Estilos que inicialmente se dan por pares dicotómicos centrales, como *mods* versus *rockers*; *hippies* y *stones* o *skins* versus *punks*. Separaciones que en la actualidad asumen un carácter más fragmentario de tribalidades e hibridaciones diversas, coherente con los procesos de desintegración social imperantes.³¹ Estas múltiples tribus urbanas poseen ideologías débiles, percepciones del mundo que les permiten posicionarse en el presente más que en un proyecto, sentidos comunes que los hacen percibirse como guerreros urbanos amparados por sus rituales y pasiones musicales.

La búsqueda de la publicitación y la convocatoria a la convergencia de miradas no es ajena, además, al proceso de mediatización social que suele espectacularizar con lentes de pánico moral el destino y las acciones de las futuras generaciones. Los medios no sólo dramatizan el “peligroso” destino de la juventud sino que instituyen tribus al darles reconocimiento social. Reflejo videograbado que

los mismos adolescentes buscan para imponer la existencia social que les es negada durante la moratoria: las tribus necesitan de los periodistas y los medios para subsistir como fenómeno social.

La ubicación dentro del escenario social es también el resultado de disputas cronológicas por esa atención pública. Se trata no sólo de ser la auténtica tribu moderna sino también de competir con los imaginarios juveniles pasados que vuelven constantemente y retroalimentan las prácticas y los consumos juveniles presentes.

El peso de las subculturas juveniles anteriores –sea la generación del 60, los *hippies* o cualquier otro remedo de historia grupal “exitosa”– pone en evidencia la necesidad de redoblar la apuesta salvaje: la ciudad verá así transitar imágenes provocativas que se postularán como la expresión cruda de grupos que disputan su trascendencia no sólo con la racionalidad productiva de los adultos sino también con otros movimientos juveniles pretéritos que amenazan eclipsar la trascendencia historizable de los presentes.

La voracidad temporal característica de estas grupalidades juveniles (consistente en disfrutar un presente continuo ajeno a la temporalidad productiva del trabajo) se relaciona con la sensación de vacío que perciben en la lógica de la aceleración –y expulsión– del consumo. La emocionalidad comunitaria enfrentada al contractualismo de los “socios”

³¹ El concepto de tribu urbana se encuentra desarrollado en Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Ikaria, Barcelona, 1990, y hace referencia al hecho de compartir tiempos sin objetivos prefijados, con el solo objetivo de una empatía compartida, es decir una “economía emocional” que tiene como temporalidad un presente continuo.

anónimos de la sociedad se evidencia en el gusto por la comunicación física, por el contacto del lugar habitado, por el vitalismo de cierta sordidez nocturna. El cuerpo y su imagen se viven como lo opuesto al discurso “frío y descorporizado” de lo institucional. Su denodada búsqueda por la hipervisibilidad pública es acompañada por los códigos y los rituales para iniciados y también por la imprevisibilidad contraria a la sensatez.

En este doble juego de ofrecimiento para la mirada de los otros (adultos, medios, otras tri-

bus –pasadas y/o presentes–, acompañado por el secreto y el lenguaje iniciático, está la certeza de la homogeneidad pretendida: los otros pueden mirar o admirar, jamás penetrar en la profundidad de la tribu. Cuando lo hacen es tiempo de desprenderse de esa cooptación.

Para instalar un lugar en el mundo, una coordenada topológica de estabilización existencial, las tribus juveniles recurren asiduamente a su indudable alfabetización mediática. Poseen un hábito paracomunicativo que, al mismo tiempo que enuncia su desconfianza de los medios de comunicación masiva, los sabe edificadores de estrellatos tribales. Los medios, por su parte, suelen describir la presencia nocturna de esos grupos plasmando analogías apocalípticas que representan a la juventud como metáfora violenta del futuro de la sociedad.

Para las tribus, sin embargo, la garantía de la afirmación simbólica está garantizada en la reproducción mediática, no en su contenido. No importa que se convoque desde los medios al pánico moral hacia determinadas tribus. Alcanza, para sus cultores, con que su grupo se encuentre en la agenda de preocupación pública o en el rumor problemático sobre el porvenir que enuncia la moralidad civilizada. Existe un colectivo juvenil cuando se ha logrado desprenderse del etiquetamiento público de levedad e irresponsabilidad (momentáneas) adolescente, ofreciendo un perfil de mayor densidad emocional y/o, incluso, de peligrosidad.

Vamos las bandas

¿Y cuánto vale dormir tan custodiado,
de expertos cínicos y botones dorados?
¿Y cuánto vale ser la Banda Nueva,
y andar trepando radares militares?

¡Vamos las bandas, rajen del cielo!
¿Y cuánto vale tu estómago crispado,
y tus narices temblando por el miedo?
¿Y cuánto vale todo lo registrado?
si el sueño llega tan mal que te condena?

¡Vamos las bandas, rajen del cielo!
¿Y cuánto valen todas tus enfermeras?,
y tus temblores de moco súper-carro?
¿Y cuánto valen satélites espías,
y voluntades que creés haber sitiado?

¡Vamos las bandas, rajen del cielo!
¿Y cuánto valen tus ojos maquillados,
y meditar con éter perfumado?
¿Y cuánto vale ser la Banda Nueva,
y andar trepando radares militares?
¡Vamos las bandas, rajen del cielo!

LOS REDONDOS DE RICOTA

La disputa por quién es más rockero puede llevar a una competencia por el éxito y por ser “original”. En este tema de Los Redondos se hace referencia a esa búsqueda que puede llevar a los músicos a creerse estrellas de Hollywood.

*Arriba, arriba, arriba
que se te va la vida
el día, el día
que se va la sopa
ni fría, la sopa
que se te va el bondi
que la combi se va.
Vida, la vida, la vida,
la vida embrutecida
canalla, torcida
avanza enloquecida
y no hay quién la pare
avanza convencida
sobre la gran ciudad.*

Desde lejos no se ve

LOS PROJOS

Los punks, tanto en su origen como en sus resignificaciones locales, tienen como característica la de cuestionar la noción de progreso social, de proyecto y de futuro. Consideran que las promesas del Estado de bienestar y la creencia en la evolución humana son un engaño garantizador del equilibrio y la continuidad social. Reivindican la provocación corporal y el propio nombre, “punk” (en inglés sinónimo de mocososo, basura, inservible), es la expresión que resume el “asco” que pretenden expresar desde su indumentaria y sus actitudes autodestructivas y violentas.

Letra de *Alguien fue muerto*

Alguien fuma un cigarrillo en un coche aparcao,
Otros tipos brindan en la barra de un bar.
¿Dónde estaban anoche? No pueden recordar.
Alguien cayó muerto y nadie se ha enterao.

Alguien... fue muerto.
Alguien... para siempre.

Y tú te ocupas de tu propio rollo, llevando tu papel.
Podría robar a un barbero, pero también tiene que comer.
He estado tentado a robar en cualquier lugar,
He pasado hambre, pero no como para matar.

Alguien... fue muerto.
Alguien... para siempre.

Alguien cayó muerto, no sé quién fue jamás,
En el suelo hay una mancha que pronto fregarán.
Se ha dispersado la gente, luego se olvidarán.
Alguien cayó muerto, ¿ahora a quién le tocará?

Alguien... fue muerto.
Alguien... para siempre.

Suena a crimen, hay disparos,
Están borrachos ahí al lado,
Suena a muerto, se oyen gritos,
Están borrachos ahí al lado.

Si te han cogido, siempre están así.

Suena a crimen, hay disparos,
Sí, es cerca de ti.

THE CLASH, DEL ÁLBUM SANDINISTA, 1979

The Clash, a principios de los años 80, cuando expresaban salvajemente la crisis final del estado keynesiano y los costos sociales que ese final generaba.

Los *punks*, desde su origen, postulan una desconfianza sobre las nociones estándares de belleza y sobre los ídolos aparentemente incuestionables de cada sociedad. Pero no sólo se posicionaban contra los ídolos adultos sino también contra aquellos que hasta mediados de los años 70 los propios jóvenes habían logrado imponer al mercado simbólico hegemónico: los Beatles, los Rolling y las culturas *hippies* o *rocker*. Los *punks* se encargaban de señalar la “podredumbre” de la sociedad y de demostrar que habitualmente se “barrió debajo de la alfombra”, ocultando los costos más terribles que el capitalismo producía en términos de desorganización, criminalidad y anomia.



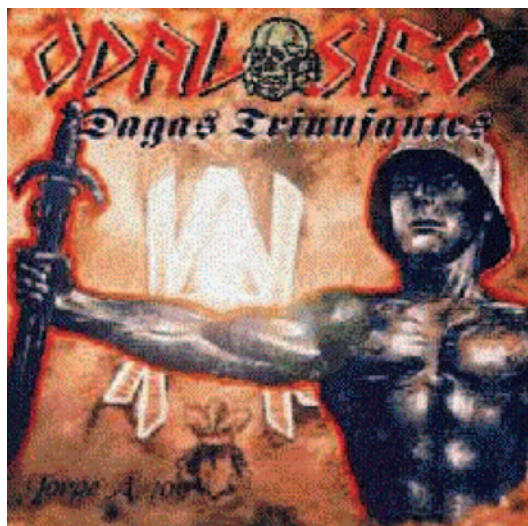
Los Violadores, primer grupo punk de la Argentina, a principios de los años 80.

En el caso puntual de la Argentina lo más significativo y contundente fue sin duda Los Violadores, cuyo Uno, Dos, Ultravioleta, tema inspirado en [la película] La naranja mecánica, fue sin duda la bandera que flameó más alto en el punk de estos lares en épocas en las que era un verdadero compromiso enfrentar a los progenitores para que éstos comprendieran qué eran los ruidos que provenían del garaje. A la primera generación de nombres como Los Laxantes o Los Violadores le siguió una segunda generación punk caracterizada por grupos como Ataque 77, Gatos sucios, Flema, etcétera... y hasta una tercera, como 2 Minutos, que sigue tomando la posta de ideas que con el tiempo siguen vigentes.

“Punk, atentado al supermercado”, en http://www.canaltrans.com/musica/punk_2.html

Los *skinheads* o “cabezas rapadas” se insertan en las grandes ciudades de nuestro país al mismo tiempo que los *punks*, a fines de los años 70 y principios de los años 80. Suelen identificarse con diferentes doctrinas políticas totalitarias de derecha y se visten con pantalones de trabajo, de fajina o jeans que acompañan con botas militares habitualmente atadas con cordones blancos. El signo de “blancura” remite a su identificación con lo que denominan la

raza aria. Cultivan la música Oi! que melódicamente se acerca a los estilos sincopados y rápidos del *hardcore*.



El concepto de Oi! lo asocian a una cultura de “pureza” y de lucha contra diferentes tipos de enemigos, entre los que sobresalen las minorías nacionales, culturales o religiosas como gitanos, coreanos, judíos, travestis, bolivianos o aborígenes. Dicen ser nacionalistas, defender la supremacía blanca y también tienen una relación conflictiva con inmigrantes, grupos *punks*, *hippies*, artesanos y militantes de izquierda. Durante los años 90 se percibió un pequeño crecimiento de estos grupos en algunas grandes ciudades latinoamericanas –concomitantemente con el crecimiento de procesos migratorios internos dentro del subcontinente–, llegando a generar acciones de violencia en algunos recitales al aire libre y plazas públicas.

El klan (del disco Dagas triunfantes)

Escuchen comunistas, negros y judíos/
Deben ya decirle a sus amigos/

Que el klan esta cerca/ Que el klan acabará contigo / Escuchen comunistas, negros y judíos / El poder blanco ha llegado / Y si no salen del país / Considérense acabados.

Estamos orgullosos, orgullosos del klan / No más integración, somos del klan / Estamos orgullosos, orgullosos del klan / Skinhead, white power y del klan.

ODAL SIEG



Los skin hacen culto del militarismo, la provocación violenta y la persecución de minorías.

Preguntarse sobre las relaciones entre la juventud y este tipo de tribu urbana quizás remita a reflexionar nuevamente sobre las formas en que se es joven en la actualidad. O sobre el clima de ingreso a la adultez en el que están insertos los adolescentes. Supone hacerse preguntas como las siguientes: ¿Cuáles son los factores que hacen que algunos chicos/chicas se incorporen a grupos cuya característica identitaria fundamental es la de compartir hechos de prepotencia, provocación, agresión y violencia? ¿Cuál es la causa por la que determinadas grupalidades, como los *skin-heads* de derecha reclutan adeptos dentro de nuestra sociedad? ¿Quiénes son las víctimas de la violencia?

La primera de las preguntas refiere a climas de época: la violencia material y simbólica inunda la vida cotidiana y es ampliada como noticia por los medios hasta el borde del disfrute sádico y obsceno.

La violencia se ha naturalizado como función equivocadamente expresiva y algunos jóvenes creen ver en su despliegue una forma de afirmación en el mundo, una forma de pelear por algo y contra algo (que además puede permitirles una supuesta constatación de éxito). La violencia cotidiana, urbana, se ha transformado en una constante no cuestionada cultural ni socialmente y algunos jóvenes recurren a ella para encontrar un reconocimiento social que no logran alcanzar por otros medios. Los *skin* recurren a múltiples “textos” y relatos sociales donde la discrimina-

ción, la inferiorización, el antisemitismo, el odio a los inmigrantes o a los aborígenes son parte del lenguaje cotidiano, muchas veces escondido detrás de lo “políticamente correcto”.

Otro de los factores asociados al reclutamiento es el hecho de que identifican a la violencia como una forma más exitosa de reconocimiento social: como los *skin* quieren poseer una identidad fuerte creen que la irrupción violenta y su difusión mediática les garantiza una existencia social más plena que otras formas expresivas. Los cabezas rapadas locales suelen pertenecer a los estratos medios bajos y poseen un discurso seudonacionalista que los hace reclutables por parte de las diversas y minoritarias organizaciones falangistas locales.

De hecho, un porcentaje de la militancia de esas sectas nazis hace su tránsito inicial por grupos *skin*, incorporando la fraseología del “orgullo Oi!” y el *physique du rôle* brutal de una supuesta superioridad que consideran indudable. La literatura en la que se inician mezcla fanzines distribuidos en los parques y plazas de las grandes ciudades, letras de canciones en donde se relatan triunfos raciales o impresiones de portales de Internet en los que siempre hay enemigos dignos de ser golpeados o juegos donde las víctimas pueden ser gaseadas, exterminadas o humilladas públicamente.

Los grupos a los que consideran sus enemigos jurados son las minorías étnicas, religiosas o sexuales. De esta manera, relacionamente, creen que son superiores a alguien. Se sienten portadores de un lugar

Kaos

Acaso no recuerdas en el 77
A todos los skinheads en su máximo esplendor
Una mueca en su cara, buscando siempre lucha
Buscando siempre acción

Vuelven los skinheads, otra vez las botas
Y al que se nos cruce lo vamos a destrozar
Somos la vieja estirpe y os vamos a matar

Desde Londres la potencia resurgió
Y en todo el mundo el skinhead floreció
Orgullosos y honrados de su condición
Violentos y agresivos, luchando por la Oi!

Vuelven los skinheads, otra vez las botas
Y al que se nos cruce lo vamos a destrozar
Somos la vieja estirpe y os vamos a cojer
Somos la vieja estirpe y os vamos a matar

Skinheads! Skinheads!

Vuelve la banda, caos en la ciudad
Skinheads en todas partes, skinheads en el bar
Skinheads unidos, en las huelgas a luchar
Skinheads en paro, caos en la ciudad

Caos, Caos, Caos! Don't give a toast!

de preponderancia frente a los otros y “comprueban” que son alguien en el mundo. Desprecian intuitivamente toda diferencia y configuran el mundo como un lugar jerárquico donde hay dominantes y dominados, ubicándose ellos en el lugar supremo. Creen que la desaparición de las jerarquías y la aceptación de las diferencias constituyen un peligro indudable para su existencia social.

Los hechos recientes y la larga lista de violencias urbanas practicadas por estos grupos exigen en principio diferenciar las tribus y no culpabilizar a los jóvenes en

general de lo actuado por un grupo de ellos. Implica además cuestionar los discursos discriminatorios que no son sólo juveniles aunque utilizan como fuerza de choque a este grupo etario.

Supone, también, insertar dentro del sistema educativo y de los debates familiares el reconocimiento de las diferentes tribus juveniles, sus características y sus proyecciones, desmontando la creencia vulgar de que todo agrupamiento juvenil es de por sí peligroso. Así, es posible, al mismo tiempo, valorizar aquellos rasgos culturales que portan estandartes artísticos, solidarios y expresivos donde lo humanitario, lo equitativo, lo erótico y lo pacificador tienen un lugar, una proyección en los sujetos y una utopía de realización comunitaria.

Pero quienes se incorporan a los grupos *skin* demuestran que el reclutamiento de jóvenes a sus filas se produce como resultado de la carencia de referentes adultos confiables y creíbles; por la incapacidad familiar para generar un tránsito adecuado de la pubertad a la juventud; por la canalización de ideologías discriminatorias incorporadas durante la infancia, y por la necesidad de contar con un grupo de pares que brinde seguridad, confianza, respaldo y defensa frente a un mundo al que consideran violento y al que hay que –suponen– enfrentar con violencia.

El caso de los *skins* asume la particularidad de un colectivo que suele tener un programa de largo plazo, es decir un proyecto

de legitimación ideológica, evidenciado en cierta publicitación “militante” y en los lazos políticos regulares que desarrollan y explicitan orgullosamente. Esta valoración los enfrenta valorativamente al resto de las grupalidades: tanto los *punks* como los *hardcore*, *hippies*, reveros, cumbianteros, entre otros, desprecian las nociones de política y de futuro. Para estas dos últimas tribus, la utopía no puede ser algo construible sino sólo, y apenas, visible in situ.

Los placeres futuros están clausurados por la imagen especulativa (y matematizable) que acompaña toda búsqueda de proyecto. Son aspiraciones diferidas percibidas como una moratoria de los placeres, inscrita en una lógica quimérica y teorista alejada de lo vital, del presente. Los *skin* –partiendo de un binarismo descarnado– asumen el desprecio por el nihilismo inmediato como forma de reivindicar las jerarquías sin las cuales no les parece entendible el orden social. Entienden a la ciudad como un campo salvaje –como una selva urbana– de odios irreconciliables. Caricaturizan esa conflictividad en la presencia estética militarizada y en un culto esencializador de lo laboral, diferenciándose del resto de las tribus urbanas que ven en el

trabajo una de las instituciones más espurias y faltas de confianza.

El mercado tribal, sin embargo, no es fácilmente aprensible: junto a los *skin* aparece una versión estilística muy parecida –que cuenta con muy pocos seguidores en nuestro país–, conocidos como los SHARP, *Skin Heads Against Racial Prejudice*, que se diferencian en términos indumentarios por usar botas militares de color bordó o negras pero con cordones rojos o negros. Su política consiste básicamente en contrarrestar los actos de los skins racistas, a veces incluso empleando la violencia contra ellos. Existe una versión más radical, que no ha llegado a América Latina, que son conocidos como los *redskin* que usan tatuajes del Che Guevara en su hombro izquierdo y que tienen como función prioritaria “cazar” skins de “derecha”.

Skin Heads Against Racial Prejudice (Cabezas Rapadas contra el Prejuicio Racial, cuyo acrónimo SHARP es también un término inglés que significa “afilado”), es una agrupación de skinheads antirracistas creada a finales de los años 80 en Estados Unidos, con el fin de mejorar la imagen social del movimiento, perjudicada, según este movimiento, por los ultraderechistas de estética *skin*, llamados *Skinheads* Nacional Socialistas. La persona que lo introdujo en Europa fue Roddy Moreno, cantante del grupo musical de Oi!, The Opressed. El logotipo de SHARP contiene un casco de guerrero troiano, en alusión a la empresa discográfica Trojan Records, especializada en ska.

Artículo de Wikipedia: Skinheads Against Racial Prejudice, en http://es.wikipedia.org/wiki/Skinheads_Against_Racial_Prejudice

En la Argentina también han existido algunos, minúsculos, grupos de *redskin*. Cultivan el género musical jamaiquino ska. Suelen enfrentarse en espacios públicos con los *skin* fascistas. Tienen una ideología radical de izquierda. Han tenido contactos violentos en diversos puntos de la ciudad de Buenos Aires durante la década del 90.

El movimiento *redskin* surge en Europa sobre el año 1981, en respuesta a la manipulación que el Frente Nacional y los medios de comunicación estaban haciendo de la cultura *skinhead*. Los *redskins* se decantan claramente por reivindicar no sólo las raíces antifascistas y antirracistas del movimiento, sino que también añaden a estas reivindicaciones la justicia social y el internacionalismo. En sus orígenes este movimiento se localizó en tres sitios concretos: Euskadi, Inglaterra y Francia. En Euskadi, con Kortatu y toda la gente de su entorno, la Kortatu Power, que eran *redskins* encargados de que no se colaran nazis en los conciertos. En 1983 sale su primer disco con influencias de los Clash y un sonido cercano al ska.

El movimiento *redskin*, RASH Madrid: en <http://www.lahaine.org/index.php?blog=2&p=2872&more=1&c=1>

En la Argentina existe una “movida” *redskin*, reducida pero activa; algunas de las bandas, como Banda Bassotti, convocan a cientos de seguidores en ciudades como Córdoba, Mendoza y La Plata. Existen también fanzines e historietas que divulgan los postulados *redskin*. Dos de ellos son *Red-gap* y *Golpe justo*, cuyas letras reivindican la acción directa contra los *punks* y los *skinheads*.

Una derivación de los *punks* es la de quienes se asocian con los nuevaoleros o New Wave, denominación que se dio a una versión *punk* de fines de los años ochenta, más vinculada a lugares cerrados (ante la creciente persecución sufrida por los fundadores del movimiento), cultores de una estilística menos agresiva y más melancólica, comparada con la primera

versión *punk*. La nueva ola desarrolló más los aspectos pesimistas que los violentos y la crítica nihilista más que la anárquica o política inaugurada a mediados de los años 70 por los seguidores de grupos musicales como Clash o los Sex Pistols. Estos grupos se caracterizan por tener cadenas en el cuello, hojas de afeitar en brazaletes o aros, ropas oscuras y peinados con mechones

coloridos. Partidarios de una gestualidad ofensiva y obscena se rebelan contra la asociación entre felicidad y consumo.

Los góticos se sitúan en un lugar de hibridación entre las herencias del mundo *punk*, los nuevaoleros y las estéticas vanguardistas de fines de los años 80. Se los conoce también como “siniestros” o “*darks*”. Comparten la estilística pesimista, el romanticismo suicida y la poética de los escritores malditos. Su indumentaria es

barroca: peinados cuidadosamente descuidados, tez pálida, aspecto enfermizo y culto por los símbolos de la muerte. Su música era lúgubre y psicodélica, uno de los primeros grupos fue Siouxsie and the Banshees, al que siguieron bandas como Sister of Mercy.

El movimiento es denominado “gótico” por su homología estética con el período cultural nacido en Francia en el siglo XII y que duró cerca de cuatrocientos años, siendo tremendamente fértil en el campo de las artes en general y en la arquitectura. Fuertemente individualistas rinden tributo también a grupos como The Cure y al cantante Marilyn Manson. Suelen tener vínculos con la literatura romántica y pesimista del siglo XIX, sobre todo con los textos de Baudelaire y de Rimbaud. Tienen además una preferencia explícita por la mítica ligada a la autoflagelación religiosa, el dolor y los símbolos de la muerte. También son relacionados con toda la moda vampiresca.



La estética gótica –también conocida como “sinistra”– se define por la languidez depresiva y el culto a la oscuridad y el dolor.

El *hardcore* es una derivación del mundo *punk*. En el plano musical agrega velocidad a los ritmos mediante baterías rápidas y más agresivas. Guitarras distorsionadas, ejecutadas en permanente aceleración. El bajo, a diferencia de los modelos rockeros anteriores hace la misma nota del acorde de la guitarra (sin escalas, ocasionalmente con octavas) pero con un pulso excitadamente rítmico. Pero lo que caracteriza sin dudas al *hardcore* es la voz agrietada, cavernosa y sincopada del o de los cantantes que se expresan con alaridos vibrantes.

Este estilo, al igual que el género, se debe en parte a una derivación acelerada de algunos de los grupos originarios del *punk* como The Ramones, The New York Dolls y The Sex Pistols, quienes sentaron las bases de un estilo de protesta musical acompañada de piercing, tatuajes y mucha energía en los escenarios.

El grupo Black Flag introdujo los cambios de notas más rápidos y Bad Brains la velocidad en batería. En términos musicales el *hardcore* se difundió entre 1978 y 1979. Sin embargo, existe cierta confusión porque, a diferencia de otro tipo de música, no se puede decir exactamente dónde y con qué banda nació este estilo. La época en que más bandas habrían comenzado a tocar este estilo sería en el 79/80 con un epicentro en Europa y otro en California.

La cultura *hardcore* también se relaciona con los deportes de playa como el surf y

con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), siendo generalmente expertos en cultura digital. En su atuendo característico prevalece la camiseta blanca, la bermuda larga y los gorros con visera. Tienen tatuajes y llevan a cabo todo tipo de *body piercings*.

Su ideología es fuertemente apolítica e individualista y uno de los grupos más característicos de culto son los Red Hot Chili Peppers. En la Argentina, algunos de los grupos más relacionados con este estilo son los NBI (No te va a gustar) y Masacre Palestina.

Los *heavies* son una de las tribus más difundidas, aunque tal vez sea más correcto decir que es el estilo más difundido, sobre todo en las ciudades de provincia y en las clases populares. Vaqueros ceñidos, campera de cuero con tachas, muñequeras negras y remeras que llevan la imagen de su ídolo musical constituyen la vestimenta tradicional de esta tribu. No es necesario aclarar que la música que escuchan es heavy metal y que una de sus principales actividades es juntarse los fines de semana a escuchar música, tomar alcohol y organizar salidas colectivas en motos.

Los heavies tienen su origen en los países centrales, en la década de los 70. Se caracterizaban por llevar el pelo largo, los jeans apretados, chaquetas de cuero con tachas, musculosas con inscripciones de grupos de culto y una estrecha vinculación con el alcohol y, en ocasiones, con el mundo de las motos y de la mecánica

automotriz. Suelen tener mucha estabilidad filiatoria al grupo y contar con adscriptos de diferentes generaciones, lo que permite una amplia vinculación intergeneracional.

Es uno de los grupos que muestran mayor estabilidad en el tiempo y que permiten mayor contacto intergeneracional al contar entre sus miembros a actores de diferentes rangos etarios. Uno de los grupos fundadores de esta estética es Led Zeppelin y algunos de los más admirados son Metálica, AC/DC y Scorpions. A nivel local: V-8.



La estética *heavy* reivindica lo salvaje, el pelo largo, los “fierros”, la fortaleza física, la cerveza y las rutas.

El rap celebra el baile y la improvisación callejera. Sus letras reivindicaron el barrio, los graffiti y los colores brillantes.



Los raperos tienen origen en grupos afroamericanos del barrio neoyorquino del Bronx. Su ropa busca ser llamativa y se asocia a las estéticas del béisbol y del básquet. Suelen ejercitar la práctica de pintar *graffiti* en las paredes y se los reconoce por los pantalones y las camisetas amplias y de colores brillantes. Disfrutan de exhibir anillos en muchos de sus dedos y ejercitan una estética musical ligada al hip hop (heredera del *soul* y del *funky*), generando un tipo de danza -el *break dance*- de estilo cadencioso, rítmico, plástico y gimnástico.

Ligados a una poética discursiva provocadora, improvisada, en ocasiones racista (contra los “blancos”), machista y violenta. Por estar muy ligados al territorio, sus

enfrentamientos se relacionan con la ocupación simbólica de la ciudad: sus enemigos suelen ser los rockeros, *punks* y subgrupos latinos, además de disputarse en el interior de la propia subcultura, a veces en términos de violencia delictiva.

En la Argentina existen bandas de hip hop -que hacen rap- como La Plebe, Illya Kuriaky and the Valderramas, The Platform, Profethas, Monasterio, Clan Caraza, Sabios Escritos y Doble H, en la ciudad de Córdoba.

Los *skaters* nacen como tribu juvenil a principios de los años 80, en EE.UU. En este caso el *look* responde a la comodidad necesaria para jugar con el *skate* y se los reconoce por una indumentaria muy similar a los *hardcore* aunque con menos tatuajes y *piercings*. Usan unos pantalones enormes y camisetas holgadas, llevan gafas oscuras y realizan diferentes actividades al aire libre como el *snowboard* además de deportes de riesgo. La música se emparenta con el *hardcore* y tienen lemas individualistas muy internalizados que escriben en sus patines. En la Argentina, el grupo musical que más los representa es Los Natas.

El *rock* barrial es heredero de las mixturas musicales del *rock* nacional y de la neoterritorialización que implicó el confinamiento de amplias masas juveniles en los barrios populares. Así nació un movimiento híbrido, en los años 80, que mezcló tradiciones *punks* con murga rioplatense y folklore latinoamericano. Tanto los Redondos de Ricota, de la zona de La Plata, como Los Piojos, Ataque 77 o Bersuit Vergarabat configuran una escena local que es tributaria de la resignificación que se realizó en la Argentina de las diferentes corrientes estético-musicales llegadas de los países centrales.

Los raveros son los integrantes de las grupalidades que participan en fiestas donde la música *dance* y tecno tienen un rol fundamental. Dichos géneros son distorsionados, mezclados e interpretados por

disc jockeys que mixturán y mezclan los temas otorgándoles una impronta original a las músicas generalmente realizadas por compositores en formatos digitales mediante computadoras y no con instrumentos musicales. Los partícipes de las *raves* suelen bailar muchas horas y sus participantes pertenecen generalmente a los sectores medios. Suelen ser cultores de una corporalidad “brillante”, disfrutan de la cultura del *world urban* (tolerancia étnica, sexual y estética), del diseño, las TIC y las mezclas, hibridaciones y combinaciones. Las *raves* tienen su origen en Alemania, Holanda e Inglaterra y se desarrollaban durante los veranos (se las denominaba las “fiestas de los veranos de amor”, y algunos de sus participantes solían —o suelen— acompañar el baile con el consumo de drogas como éxtasis y abundante agua, gaseosas o alcohol.

En los *raves* se consumen bebidas inteligentes (*smart drinks*) hechas a base de jugos naturales a las que se les agrega fenilina, calcio, zinc y carbohidratos; también bebidas energizantes (*energy drinks*) a base de cafeína concentrada. La estética de preeminencia remite al mundo *fashion*. Usan anteojos de colores para ir a bailar, ropas de marcas reconocidas y reivindican la fiesta de la vida y la juventud. Comparten modismos andróginos y bisexuales, se identifican con diversas disciplinas artísticas, del diseño y de toda actitud que premie el formalismo. No consideran que lo superficial sea opuesto a lo profun-

do. Lo superficial, afirman, es la forma en que se puede presentar lo profundo.

Entre los ritmos más difundidos en la última década, el de la llamada música tropical —cumbia romántica, cuarteto y cumbia villera— es el que más ha acrecentado sus ventas y ampliado sus mercados. Los locales identificados con este género, que en 1980 no superaban la decena en la Capital y el conurbano, han alcanzado actualmente la cifra de 220 salones. Luego de la tragedia de Cromagnon, la cantidad de locales se ha reducido y se han multiplicado los bares con difusión musical en vivo que terminaron sustituyendo parcialmente a los grandes locales bailables.

El movimiento que aglutina al género tropical, y cuyos cultores son denominados bailaneros, cumbieros o villeros, tiene como origen la cumbia centroamericana hibridada con géneros folklóricos locales, como la polca. La denominación “cumbia villera”, por su parte, surge en nuestro país para identificar a una música cuyos intérpretes y letras pertenecen al mundo de las “villas de emergencia”, grupos poblacionales que se caracterizan por el bajo nivel socioeconómico y la marginalidad socioeconómica, cultural y educativa, acrecentada en los años 90, y articulada con los consumos adictivos.

Es un género musical que comienza a escucharse alrededor de 1996; sus primeros grupos fueron Amar Azul, Ráfaga y La Cumbia, con intérpretes como Gilda, entre otros. Pero es Pablo Lescano quien

aparece como el iniciador de la cumbia villera, siendo él mismo habitante de una villa. Fue integrante de Amar Azul y formó su propio grupo, Los Pibes Chorros, para describir el creciente contacto del mudo de la marginalidad con la cultura del delito, la cárcel y la violencia.

Así, compuso letras descarnadas y directas con la autoridad que le da ser parte activa de ese mundo. Su idea fue todo un éxito y cuenta en su haber con la creación de cuatro grupos musicales: Flor de Piedra, Damas Gratis (el único en el que canta), Amar y Yo y Jimmy y su Combo Negro. Después de la enorme repercusión que tuvo el estilo, surgieron muchos grupos más como Metaguacha, Jalá-Jal, Sacude, La Chala y Yerba Brava, entre tantos otros. Estos últimos le disputan la creación del género a Pablo Lescano.

Canción: Llegamo' Los Pibes Chorros.

Compositor: Pablo Lescano.

Disco: Sólo le pido a Dios.

Ellegamos los pibes chorros
queremos las manos
de todos arriba
porque al primero
que se haga el ortiba
por pancho y careta
le vamos a dar.

Aunque no nos quieran
somo' delincuentes
vamos de caño
con antecedentes
robamos blindados,
locutorios y mercados
no nos cabe una
estamo' rejugados.
Vendemos sustancia
y autos nos choreamos
hacemos de primeras
salideras en los bancos.

Somo' estafadores
piratas del asfalto
todos nos conocen
por los reyes del afano.



El capital de la autenticidad

*Cuatro ebrios se lo llevan al rockero,
otra vez ha fracasado el funeral,
en el barrio se relamen las pancartas,
avivando al modelo para armar.
Baila, baila, el boca en boca está de faso
pero esta vez el muerto regresó
y sentía que era extraño en esta orquesta
que aburría de sonar en Sol mayor.
¿Por qué, ese palo que te amasa,
que te afofa, que te aplasta,
vos lo usás para matar?
Después, cuando ya no queda nada,
no hay más ojos, no hay más manos,
lo querés acariciar...
No hay nada, lo amás
No hay nada, no queda nada...
Oficinas alistando predadores
en las radios incitando al festival,
que recuerda por primera a un hombre
que la gente hoy está queriendo más...
Con el tiempo se nos fue para la cresta
de una ola que no para de crecer
hoy tu cara está en todas las remeras
es un muerto que no para de nacer...*

Murguita del Sur

BERSUIT VERGARABATS

En el interior del campo de los agrupamientos juveniles rockeros de nuestro país, al igual que en las originales producciones de Gran Bretaña y Estados Unidos, existe una regularidad manifiesta en torno a la lucha por la nominación legítima de lo que es “verdaderamente rock” y lo que no lo es. Confrontaciones que remiten a una competencia por el dominio simbólico del mismo y a luchas que permiten ganancias diferentes.

Por un lado, acceso a identidades grupales que brindan seguridades imprescindibles para un adolescente, en el marco de una desconfianza de los adultos a su estatus de irresponsabilidad dentro de la sociedad. Por otro, el acceso real y/o simbólico a los medios de comunicación de masas, únicos agentes (para los propios integrantes de las tribus) instituyentes de identidad social.

Por último, la identificación y el arraigo a espacios urbanos –generalmente nocturnos– considerados propios en términos simbólicos y, como tales, “liberados” de los controles disciplinarios representados por las instituciones socializadoras de los jóvenes. Así, las disputas por el dominio del campo también suponen la lucha por la construcción de referencias que permitan modelar una brújula de sentido que se oponga a los mandatos familiares, laborales, a las reglas escolares, fundando, simultáneamente, una mitología urbana.

En las tradiciones juveniles otra de las características más evidentes radica en que estas luchas por quién es más rockero se entablan sobre la base de sistemáticas importaciones de fórmulas estéticas o musicales. Mecanismos con los que se pretende atestiguar la pertenencia a la modernidad juvenil y/o a un vanguardismo estético globalizado.

En ese marco de confrontaciones por ver quién es más auténtico y menos “careta” –terminología que instituye las fronteras entre lo auténtico y lo hipócrita– distintos grupos juveniles locales ponen en ejecución representaciones de culturas importadas, adoptando percepciones, códigos y signos distintivos para posicionarse ventajosa y orgullosamente dentro del campo juvenil. Posicionamiento

que se establece a partir de la posesión de un capital específico, capaz de ser exhibido como un bien: una posesión que será tanto más reconocida si es presentada de la manera más transgresora, rebelde, under e iconoclasta que sea posible.

Mediante diferentes importaciones de ritmos, formas indumentarias o léxicos excluyentes se busca consolidar las posiciones y se convoca al reconocimiento de todos aquellos que compiten por el prestigio de ser un verdadero rockero, emblema que además permite la justificación de una afirmación masculina y de una idiosincrasia distintiva. La ansiada conquista de la “personalidad”, mito del individualismo moderno, es aprehendida así mediante una oposición al racionalismo institucionalizado, contrastando lo espontáneo con lo causal, lo imprevisible y lo vertiginoso con las expectativas demoradas y lo dionisiaco con lo abstracto.

Al mismo tiempo, la controversia entre las tribus se da a través de mecanismos de estigmatización del resto de los grupos, privándolos de los atributos legítimos del rock cuando sustentan estilos diferentes. Tanto las bandas musicales como sus seguidores se encargan obsesivamente de juzgar quién es un auténtico rockero y quién no. Esta clasificación es homóloga a aquella que etiqueta como “caretas” a los que comercializan la música en vez de sonar –y de estar orientado– a los pequeños públicos que reivindican el verdadero espíritu original del rock.

En este proceso de fundación de capitales “propios” las tribus hacen de la volatilidad de determinados signos estéticos exteriores un principio de diferenciación recurrente. Conscientes de que la divulgación “vulgariza” (y termina impidiendo la distinción y la identificación exclusiva por la posesión original del estilo) recurren a su principio para alejarse de quienes usan sólo estéticamente dichos signos: pertenecer a una tribu juvenil implica, por lo tanto, un uso coherente de determinados emblemas.

No alcanza con su portación pública, se debe ser capaz de asociar un uso a una conducta, un comportamiento e incluso un lenguaje específico. Cuando las tribus perciben que se ha generalizado un estilo consideran a los recién llegados como advenedizos que sólo logran acceder a lo que no es esencial.³²

La búsqueda se restringe constantemente al uso de una estética revulsiva y salvaje, es decir, a la utilización de signos que posean el incuestionable poder comunicativo como para irritar o exasperar al sentido común. La exhibición de lo antiestético, sombrío o desagradable –inserto en la estetización creciente de la comunicación juvenil– plantea una ruptura con el sistema de la moda. Dicha lógica genera una confrontación entre lo que se debe usar y lo que es estigmatizado, es decir entre lo exclusivo y lo vulgarizado.

Los integrantes de las distintas tribus coinciden en postular lo salvaje como el espíritu que los moviliza y los diferencia del resto

³² La lógica de los procesos de diferenciación y distinción están explicados, tipologizados, descriptos y analizados en Pierre Bourdieu, *La distinción*, Taurus, Madrid, 1991.

de los jóvenes. Lo salvaje como pureza y naturalidad perdida detrás de los velos de la racionalidad, que la sociedad generaliza y exige. Esencia que implica una pureza coherente con la –supuesta– naturaleza animal del hombre, que el *rock* –o las distintas formas del *rock* cultivadas por estas grupalidades– supuestamente postula y evidencia.³³

En la mayoría de las tribus –salvo entre los raveros– lo rústico es postulado constantemente como un atributo constitutivo del ser de la barra. Lo salvaje es expresado al mismo tiempo como un posicionamiento frente a la falsa delicadeza de la sociedad y, por otra parte, como una simbolización de la masculinización requerida para sobrevivir “en la calle”.

Las distinciones de género son constitutivas de muchas tribalidades. El lugar de la mujer es diferente en cada uno de los grupos: en el caso de los *punk* locales –a diferencia de sus formas londinenses originales– las jóvenes ocupan un lugar subalterno. Entre los *skins* el machismo es parte del discurso autoafirmativo, por lo que las mujeres son asociadas a lo débil. Entre los *hardcore*, por ser una tribu más emparentada con los sectores medios, la periferia femenina tiene una centralidad mayor comparada con los grupos anteriores.

Lo salvaje es asumido como aquello que se opone frontalmente a la formalidad de lo que se considera la suavidad social, el mundo de las formas, las mediaciones del lenguaje

Por otro lado, las manifestaciones y expresiones de las jóvenes, en el plano cultural, social y de las relaciones interpersonales y grupales, tienden a estar cifradas por una visión masculina de poder, competencia, liderazgo, territorio, hegemonía. En este sentido, lo femenino no es constructor de nuevos sentidos sino que se mantiene en una posición subalterna y débil. Esto lleva, por un lado, a que las estructuras y formas de liderazgo y visibilización de las jóvenes adopten modelos que tienen mucho de masculino; y, por otro, a que en su mayoría las jóvenes aparezcan como complemento, compañía, mas no con un protagonismo, liderazgo o identidad propia, tanto en lo que tiene que ver con la expresión cultural como con la actuación política. Por supuesto, existen excepciones y avances en el camino hacia la equidad y la búsqueda de identidades de las mujeres. No obstante, estos avances son aún limitados y focalizados.

Alison Vásconez, en *Juntar piezas y completarnos: Ideas para la construcción de políticas para la juventud en Ecuador*, texto mimeografiado, investigación realizada en el marco del proyecto FLACSO Ecuador: “Diagnóstico de la problemática de niños y adolescentes en situación de riesgo”, realizada para el gobierno del Ecuador, 2002

enrevesado, etcétera. Lo salvaje –asociado a lo verdaderamente puro– se constituye, entonces, a partir de la música, de las posturas y de los rituales comunicativos en oposición a la delicadeza, reivindicando una estética de bravura primitiva que se opone (y rechaza) toda racionalidad, por hipócrita y engañosa.

Quienes se autoinstituyen como portadores de este “verdadero espíritu guerrero” suelen postular como usual aquello que es una literal provocación de la norma, una forma que “hace daño a los ojos”. Los tres grupos comparten este principio de transgresión indumentaria en sus representaciones sociales: visten comunicando una oposición y, sobre todo, buscando provocar una sensación imborrable en quien sea su espectador.

³³ Es indudable el parentesco de esta percepción con ciertos discursos ligados al “buen salvaje” rousseauiano.

Unos, los punks, mediante el culto de los harapos y el desprecio por la estética del orden; otros, los skins, a través de ropas paramilitares y de determinados tatuajes. Los hardcore, con sus uniformes de bermudas, gorros de béisbol, patineta, bicicletas de acrobacia, ropa holgada y recuperación de un candor casi infantil opuesto a una adultez ajena al juego y a la experimentación.

La teatralización de la carencia se expresa en diferentes formas del *body piercing*, que utilizan algunos jóvenes *punks* y *hardcore* como manifestación del resentimiento o el sufrimiento social intuitivo que comunican estéticamente.³⁴ Ambos grupos se presentan como los portadores más lúcidos de un orden social: unos, los *punks*, mediante una subcultura dispuesta a “despertar”, aunque sea mediante el asco, a los atónitos transeúntes con proyectos de futuro.

Otros, los *hardcore*, como representación estética, puramente vanguardista, orientada a indignar y a disputar una posición emergente dentro del campo juvenil. Al ser ésta una grupalidad más ligada a los sectores medios, su competencia con el lenguaje adulto exige un modelo de mayor autonomía frente a la culturas mediáticas. Lo *under*, de esta manera, aparece como una orientación de recono-

cimiento social postergado pero rodeado de pureza, y al mismo tiempo como refugio de creatividad emergente.

Las tribus comparten también un desprecio por lo que denuncian como pasividad y quietismo (o aburguesamiento), oponiéndole la excitación, el exceso, la velocidad, la emoción y el movimiento a un mundo de inmovilidad al que catalogan como aburrido y desganado. El culto de la aceleración, del que los altos decibeles rockeros son su expresión auditiva, rechaza lo que se supone como característico del *establishment*.

Desde esta construcción juvenil de significados se intentan diferenciar de aquellos a quienes consideran símbolos de esa sociedad inmóvil y discriminatoria: los padres, en ocasiones el propio barrio de proveniencia (como en el caso de los *skins* o los *hardcore*) y/o los portadores de las estéticas y estilos de lo que identifican como la cultura dominante. Esta búsqueda denodada por desmarcarse de toda integración explica el continuo mote de “traición” –por parte de los distintos integrantes de las tribus– a todos los jóvenes que juegan a la rebeldía momentánea, con fecha de finalización, inmóvil en lo que respecta al orden y cambiante en lo relacionado a las variaciones de lo banal.³⁵

³⁴ El *body piercing* consiste en la perforación de algunas partes del cuerpo para adornarlo con argollas, aros u otros objetos pequeños. Es usual entre las tribus *punk* y *dark* y en menor medida entre los *hardcore* locales.

³⁵ Esta “traición”, que implica el reconocimiento de que la moratoria es simplemente una etapa que debe ser evaluada indulgentemente, genera un mecanismo inmediato de rechazo entre los integrantes de las tres grupalidades relevadas. Esta crítica al estatus finito fue señalada por el compositor de *rock* Frank Zappa, quien sugirió en la década del 70 que el concepto americano de juventud presupone que “todos los rebeldes vuelvan tarde o temprano al redil, regresen al rebaño”. Extracto de la letra del tema *Mothers of Invention*, del disco del mismo nombre.

Jóvenes en disputa: maneras de nombrarse

Los modos de nominarse de los jóvenes entre sí se han multiplicado y diversificado asumiendo –bajo el amparo de algunas nociones que reivindicaban el “respeto a la diferencia”– formas de estigmatización, descalificación, simpatía paternalista o acrecentando las distancias étnicas, religiosas, culturales o estéticas. La creciente fragmentación social, por algunos confundida como la expresión del multiculturalismo, ha tribalizado los agrupamientos nocturnos.

Las distinciones “habladas”, es decir pronunciadas a través de etiquetamientos negativizadores, se sustentan en las “creencias” que las pretendidas diferencias culturales y de “estilo” ponen en ejecución. Acentos, palabras y pronunciaciones son planteadas como abismos entre quienes son partes de los distintos agrupamientos.

Durante décadas, en nombre de un discurso integrador y pretendidamente homogeneizante (aquel que caracterizaba a una racionalidad moderna) se disimulaban o encubrían muchas de estas parcializaciones negativizadoras bajo la atenta mirada condenatoria de un imaginario supuestamente universalista que “cuidaba” los peligros de exclusión al mismo tiempo que desconfiaba de toda diferencia.

Sin embargo, esos motes clasificatorios del estigma, tienen una larga existencia. Siempre colaboraron en la construcción de un “otro urbano” y por lo tanto un “nosotros”. Algunos de esos calificativos desvalorizantes fueron –y muchos de ellos continúan siendo– los siguientes: cabecita, finuli, caque-

ro, bienudo, groncho, descamisado, niño bien, negro, bolita, villero, villuca, grasa, aceitoso, motudo, etcétera. Designaciones que han buscado inmovilizar a un extraño considerándolo un inferior o, en el mejor de los casos, un subalterno simpático. De ahí que esa presencia haya sido catalogada, mediante innumerables metáforas –médicas, psicológicas, de normalidad y de anormalidad o de limpieza y suciedad–, como un peligro. Su cercanía podía ser entendida como un desafío a la distinción, a la singularidad, a la personalización, y como tal como un peligro latente de vulgaridad y de contagio: durante la noche también se ponían en funcionamiento, mediante originales formas de ejecución, las maquinarias del desprecio.

Desde este menosprecio es que se llega a justificar la “negación de persona”, la separación de aquellos que no son “los iguales”. La continua fragmentación social, expresada entre otras formas a través de una jerarquización creciente de los consumos de diversión nocturna –condicionados por la importante valoración que poseen estos rituales para los hábitos de la noche–, ha generado una rápida y constante devaluación de las palabras encargadas de calificar y/o descalificar a las diferentes tribus que pueblan la noche.

La segmentación de las prácticas –y con ella sus lenguajes– ha generado la proliferación de boliches cuyos mecanismos de exclusión, explícitos o tácitos, están dados por criterios de edad, de clase social, de etnia o incluso por opciones sexuales. La especialización de públicos ha llevado a cuidar el senti-



do común de cada uno de los grupos que concurren a los distintos géneros de diversión nocturna. Es decir, a proteger los significantes y los sentidos que de alguna manera colaboran en la función de poner a distancia a un otro que traería confusión acerca de cuáles son los criterios básicos y los denominadores comunes.

Esto hace que quien desconozca determinadas definiciones, gestos o palabras pueda ser considerado un extraño, un curioso o un advenedizo. Se garantiza así la lejanía —aunque sea simbólica— de aquel que de alguna manera pone en cuestión una versión (y explicación) adecuada del mundo nocturno, que amenaza con su sola presencia, con su léxico y con su acento una gramática considerada válida y “normal”.

Estas formas de enunciación diferenciadoras parten de lo que se denomina competencia lingüística, es decir la portación —o no— de estructuraciones del habla corriente que suelen descubrir e identificar a los agentes por el uso particular de una misma lengua o con un uso particular. Durante la noche son variados los ejercicios que buscan descubrir o poner en evidencia al advenedizo o al extranjero. Y son también manifiestos los intereses por identificar a quienes van a ser considerados pares. Las primeras preguntas acerca del trabajo, el estudio, la frecuencia de la concurrencia al boliche, el estilo musical predilecto y la zona de residencia son algunos de los pretextos para una ubicación social rápida del interlocutor.

En el caso de los locales tropicales y de los boliches de música tecno existen diferencia-

ciones no explicitadas que conminan a compartir reglas de competencia lingüística por las cuales se otorgan valores (“precios positivos”) a determinadas palabras o acentos, mientras que otras expresiones pasan a ser sospechosas, descalificadas o directamente rechazadas. Según la aseveración de diferentes habitués al tropical, es la cantidad de lo que se habla, el número de palabras que se pronuncian uno de los indicios que descubren y señalan al extraño. El volumen de lo dicho es lo que se expone como señal de una pertenencia distintiva. Sobre todo la magnitud de lo que hablan los varones —considerados extraños— a las mujeres asistentes del tropical.

El “cómo se dice” es básico al momento de elaborar una descripción ajustada sobre los otros. Dicha clasificación lingüística “separa” las modalidades del habla según una taxonomía previa. Hablar utilizando muchas palabras es el ejercicio de quienes buscan mostrar a través de un uso deliberado del lenguaje un posicionamiento social que los diferencia —y los valorice— frente a los otros. De esta manera creen obtener el beneficio simbólico de la admiración del otro mostrando una trayectoria donde las palabras, y no la actividad física, aparecen como lo central de su vida cotidiana. Los jóvenes asistentes a locales de cumbia villera juzgan como portadores de falsedad a quienes “no van rápidamente al grano”, es decir, a quienes acompañan lo que dicen con distintos tipos de giros estilísticos. Este hablar eufemísticamente —aquello que los sectores populares designan como el no decir las cosas directamente: “no

hablar de frente”–, es visualizado como abstracto, no preciso y por lo tanto como poco auténtico.

Este contacto asimétrico en relación a la palabra es sintomático de un posicionamiento social. Las explicaciones que los asistentes al tropical le otorgan a la desconfianza frente a la ostentación de la palabra remite, de alguna manera, al recelo que sienten por los lugares donde “la palabra” es dueña y poderosa, donde la materia prima es el lenguaje “que engaña, miente o no va al grano”.

El mundo del derecho y de la política es su paradigma más elocuente. A la vez que se sienten desamparados de esos lugares “movidos con palabras” se autoexcluyen de los mismos. En esos mundos la palabra es dominante y ante ella afirman sentirse inseguros y desprotegidos. La sospecha es la actitud que aparece ante la proliferación de la palabra y el silencio que provoca en quien escucha. Donde la proliferación de la palabra –no su rápido intercambio, entrecortado, referencial, característico de los intercambios en el tropical– se hace presente parecen justificados los reparos y las desconfianzas.³⁶

Esta percepción, que manifiesta una firme sospecha contra “los que charlan mucho” y “los que dan vueltas y no van al punto”, parece estar íntimamente relacionada con la

forma en que son percibidos los discursos y la lengua dominante, a la que caracterizan como redundante, metafórica, reiterativa, oscura y/o aburrida (“no dicen nada”; “de todas esas palabras no te queda nada”; “dice siempre lo mismo pero con palabras distintas”, etcétera). Imputaciones que se extienden, por contigüidad y analogía, a toda práctica lingüística que implique algún grado de ambigüedad y abstracción.

Por su parte, quienes asisten a las disco privilegian el acento y el reconocimiento de palabras clave más que el volumen de lo que se dice. A la hora de catalogar la proveniencia de un interlocutor indagan sobre el conocimiento o desconocimiento de algunos códigos compartidos o sobre el sentido correcto o incorrecto que le asignan a una palabra. La veloz y continua invención de modismos de grupo, que caracteriza a los habitués de las disco expresa, de alguna manera, una lógica estricta de distinción que tiene en la búsqueda de la singularización tribal su motivación básica: se trata de inventar palabras nuevas para poder diferenciar entre quienes las conocen y quienes no: alejarse de los neófitos que no forman parte del grupo y del sentido que el grupo le da a las palabras.

Se pretende esparcir vocablos que sean capaces de ser reconocidos por los iguales.

³⁶ Este recelo no es muy diferente del que se suele experimentar en relación a la exclusión que generan las jergas profesionales que imponen un terreno lingüístico exclusivo para alejar de ese modo a los no iniciados. En estos casos, como en muchos otros, el habla no funciona como comunicación “horizontal”, es decir, como vínculo carente de relaciones de dominación, sino como posicionamiento y advertencia de autoridad.

Mientras tanto, cuando llega el momento de que estos significantes han sido divulgados, y exceden por lo tanto las fronteras del grupo de referencia, se llega al momento en que deben dejarse de lado. Quienes ya no se sienten totalmente dueños de dichos términos ni de su control los abandonan por ser vulgares, comunes, masificados.³⁷ Esto es muy común entre las distintas configuraciones grupales juveniles que, además, elaboran constantemente acentos específicos: sonidos que funcionan como escudos heráldicos que pretenden sugerir un mundo de pertenencias, gustos y estilos.³⁸

La lógica de la distinción que guía toda acentuación o utilización terminológica, quizás se aprecie con mayor elocuencia durante la noche, donde la rápida obsolescencia de las palabras denuncia su objetivo proyectado en la defensa de la identificación: que las mismas no sean apropiadas por quienes son catalogados como inferiores en la jerarquía social. Cuando las palabras se “contagian”, se extienden por el uso de unos agentes “no autorizados”, deben ser abandonadas. Este es el caso de muchos vocablos como loco, copado, joya, zafado o los prefijos súper-, o re- que, al

generalizarse, han generado cambios entre sus usuarios.

Tanto los que concurren a los locales tropicales como aquellos que son habitués de las disco, identifican como “cerrado” el lenguaje de quienes se encuentran en el otro polo de la diversión nocturna. Unos afirman que a los bailareros “no se les entiende cuando hablan”, “que se comen las ‘eses’”, que “los bolitas hablan para adentro”, etcétera. Otros, en el marco de una versión más pedagógica, se defienden afirmando que “no se expresan bien...”. De todas formas, unos y otros catalogan al lenguaje del que está lejos en el espacio social como indescifrable. De este manera imputan al hermetismo algo que no está totalmente en la pronunciación sino en la distancia social.

La sensación compartida de lo “cerrado” que se desprende de repetidas percepciones –tanto de unos como de otros– parece ser el resultado de habitus no acostumbrados ni familiarizados con otras pronunciaciones ni modismos. Formas del habla que terminan siendo casi incomprensibles por distantes: son percibidos, en ciertas ocasiones, como dialectos distintos.

37 Obviamente que los “miedos de contagio” con lo vulgar están dirigidos –sobre todo en la noche– no a quien pertenece a otro y lejano espacio social sino a aquellos que “presionan en las puertas de la distinción”, es decir: a quienes, en el marco de una búsqueda denodada por desmarcarse, ensayan el travestismo social y tratan de utilizar las palabras (gestos, ropas, formas de pensar el mundo) del grupo al que quieren pertenecer. El uso exclusivista de palabras clave (joya, fue, dios, villa, etcétera) intenta evitar la amenaza que representa el contagio, la mezcla, la invasión. La unificación que implica un uso de algo en común: la palabra. Se trata siempre de que no sean empleadas por quienes no son similares a quienes las pronuncian para proteger y autorizar a quien es poseedor de ellas.

38 La intensidad de la pronunciación de la letra ese y la cerrazón de las vocales –en el caso de las mujeres que concurren a las disco– es una característica relevante de estas particularidades.

Bibliografía

- BENDIT, RENÉ, “Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea”, en Sergio Balardini (compilador), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, CLACSO, Buenos Aires, diciembre de 2000.
- FRANCO, BOLÍVAR E., “Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate”, texto mimeografiado, Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, 2005.
- BOURDIEU, PIERRE, *La distinción*, Taurus, Madrid, 1991.
- BRITO LEMUS, ROBERTO, “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”, en *Revista de Estudios sobre Juventud*, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud de México, cuarta época, año 1, n° 1, México, 1996.
- CALAFAT FAR, AMADOR, “Cultura de la diversión y consumo de drogas en España. Características diferenciales con Europa”, IREFREA, Comisión Europea, en <http://www.drogascadiz.es/AdminManLaJanda/UserImages/c1141e4c-946c-4bd5-a2ab-ff092c323e77.pdf>.
- CASTEL, ROBERT y COPEL, ANNE, “Los controles de la toxicomanía”, en Alain Ehremberg, *Individuos bajo influencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.
- CASTELLS, MANUEL, “Tecnología de la información y capitalismo global”, en Anthony Giddens y Will Hutton (editores), en El límite. *La vida en el capitalismo global*, Kriterion, Tusquets Editores, Barcelona, 2001.
- CRISANTE, SANTI, *La rivolta dello stile*, Editorial Franco Angeli, Milán, 1985.
- DAVIES, PETER, “Student retention in further education: A problem of quality or of student finance?”, en British Educational Research Association Annual Conference, University of Sussex at Brighton, 1999.
- DUBET, FRANÇOIS, “Los estudiantes”, en *Revista de Investigación Educativa*. Instituto de Investigaciones en Educación, Universidad Veracruzana. julio-diciembre, Xalapa, Veracruz, 2005.
- EFRON, RUBÉN, “Subjetividad y adolescencia”, en Konterllnik y Jacinto, *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, UNICEF/Losada, Buenos Aires 1996.
- ELBAUM, JORGE, “Abordajes de investigación orientados sobre la juventud”, documento de trabajo del Taller de Sociología de la Cultura, Instituto Gino Germani, texto mimeografiado, Buenos Aires, 1996, en <http://www.fes-web.org/revista/archivos/res03/05.pdf>.
- FEIXA PAMPOLS, CARLES, “De las bandas a las culturas juveniles”, en *Revista de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, ITESO, México, 1993.

- GARCÍA, SANTIAGO, “Nadar solo”, revista El Amante, en http://www.elamante.com/index.php?option=com_content&task=view&id=727&Itemid=64.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas*, Editorial Grijalbo, México, 1990.
- GUIDDENS, Anthony y HUTTON, Will (editores), en El límite. *La vida en el capitalismo global*, Kriterion, Tusquets Editores, Barcelona, 2001.
- GIROUX, HENRY, “Educación posmoderna y generación juvenil”, *Nueva Sociedad*, N° 146, Caracas, noviembre-diciembre 1996.
- GOFFMAN, IRVING, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1987.
- HALL, STUART y JEFFERSON, TONY, *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Hutchinson, Londres, 1993.
- HALLAM, SUSAN y CASTLE, FRANCES, “Reducing exclusion from school: What really works”, trabajo presentado en la Conferencia Europea de Investigación Educativa, Edimburgo, 2000.
- Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta nacional de juventud 2000*, Instituto Mexicano de la Juventud, Querétaro, primera edición, octubre 2003.
- “Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y el Caribe”, Primera Reunión Técnica Preparatoria, 22 al 25 de julio de 2003; “XII Conferencia de Primeras Damas, Esposas y Representantes de los Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas”, 15 al 17 de octubre de 2003, Santo Domingo, República Dominicana, preparada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).
- KLIKSBERG, BERNARDO, “Introducción. Hora de superar mitos”, en Dacil Acevedo, Marcelo Peralta, Valeria Tallarico y Marcelo Wiñasky (compiladores), Primer Foro de Jóvenes del Mercosur, Bolivia y Chile. Alternativas Frente al Desempleo Juvenil, INTAL-BID, 1998.
- KRAUSKOPE, DINA, “Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes”, en *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, GT Juventud CLACSO, Buenos Aires, 2000.
- LENGYEL, MIGUEL, *La organización moderna, más allá del fordismo*, Editorial Mercado, Buenos Aires, 2000.
- LIPOVETZKY, GILLES, *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona, 1990.
- MAFFESOLI, MICHEL, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.
- MARTIN, MARÍA JESÚS, *Violencia juvenil exogrupal. Hacia una construcción de un modelo causal*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 2005.

- MONOD, J., *L'Homme et la société, Revue trimestrielle internationale de recherche et de synthèse en sciences sociales*, París, 1970.
- ORTEGA, ANTONIO SANTOS, “Jóvenes de larga duración: biografías laborales de los jóvenes españoles en la era de la flexibilidad informacional”, en <http://www.fes-web.org/revista/archivos/res03/05.pdf>.
- PARSONS, TALCOTT, *Youth in the context on America Society*, en E. Erikson (editor), *Youth, change and challenge*, Basic Books, Nueva York, 1963.
- “Age and Sex in the Social Structure of the United States”, en *American Sociological Review*, vol. 7, nº 5, 1942.
- PONTES SPOSITO, MARILIA y CARRANO, PAULO, “Juventud y políticas públicas en Brasil”, texto mimeografiado, Observatorio Joven de Río de Janeiro, Río de Janeiro, 2003.
- ROCE, TRICIA y ROSS, ANDREW, *Microphone friends. Youth music and youth culture*, Routledge, 1994.
- RODRÍGUEZ, ERNESTO, “Juventud, desarrollo y democracia en América Latina”, revista *Nueva Sociedad*, Nº 200, Caracas, noviembre-diciembre de 2005.
- ROSZACK, THEODORE, *El nacimiento de una contracultura*, Kairos, Barcelona, 1973.
- SPERGER, IRVING, *The youth gang problem. A Community Approach*, Oxford, 1994.
- TRASHER, F. M., *The Gang*, University of Chicago Press, Chicago, 127.
- VÁSCONEZ, ALISON, *Juntar piezas y completarnos: Ideas para la construcción de políticas para la juventud en Ecuador*, texto mimeografiado, investigación realizada en el marco del proyecto FLACSO Ecuador: “Diagnóstico de la problemática de niños y adolescentes en situación de riesgo”, realizada para el Gobierno del Ecuador, 2002.
- WHYTE, WILLIAM FOOTE, *La sociedad de la esquina*, Diana, México, 1971.

